FRANCIS DELAISI

Contradicciones del mundo moderno

Traducción
de
Adriana Ponce

EDICIONES
EXTRA

FRANCIS DELAISI

CONTRADICCIONES DEL MUNDO MODERNO

Traducción de ADRIANA PONCE

«Existe una ciencia de la guerra; ahora hay que fundar una ciencia de la paz».—
OWEN D. YOUNG.

EDICIONES
EXTRA

Impreso en los talleres de la Emp. "Zig-Zag"
Santiago de Chile — 1933

CONTRADICCIONES DEL MUNDO MODERNO

SANTIAGO DE CHILE

INTRODUCCION (1)

LA GUERRA DE LAS IDEAS CONTRA LOS HECHOS (1918-1925)

¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa?

No existe ciudadano, en los dos hemisferios, que no se formule con angustia esta pregunta.

Generalmente, queda sin respuesta.

La espantosa conmoción de la guerra mundial ha desquiciado nuestra civilización y trastornado sus principales rodajes. Seis años después de la catástrofe, no ha vuelto a encontrar su ruta ni el funcionamiento normal de sus engranajes. Y nadie prevé aun por qué medios lo logrará.

---

(1) El original de este libro tiene en francés 560 páginas.

La primera parte, titulada "Esbozo de una mitología política" y que comprende los capítulos I, "La palanca de comando de los espíritus"; II, "La propagación y la defensa del mito" y III, "Grandeza y decadencia de los mitos", ha sido traducida íntegramente.

De la segunda parte, "La realidad presente: la interdependencia económica", se ha hecho un resumen que conserva fielmente las doctrinas del autor.

La tercera y cuarta partes, "El mito nacional" y "El mito contra la realidad", escritas teniendo en cuenta especialmente la situación política francesa, han sido suprimidas en esta versión castellana.

El epílogo, como la primera parte, ha sido traducido íntegramente.

(Nota de los Editores).

La incertidumbre, la obscuridad, son más grandes que en lo más arduo de la guerra.

En aquel momento al menos, los pueblos tenían una idea clara que los guiaba. Se la imaginaban como una operación quirúrgica que desembarazaría al organismo mundial del peligroso tumor provocado por el imperialismo alemán. Les parecía que, extirpado el tumor, después de un corto periodo de fiebré, debido al choque operatorio, el mundo iba a recuperar su equilibrio y a lanzarse con una fuerza acrecentada hacia una era de prosperidad nueva.

El Tratado de Paz, después de hecha la ablación, debía practicar las suturas necesarias. La Liga de las Naciones daría el medio de reglamentar pacificamente todos los conflictos futuros. Y por fin, en la seguridad conquistada, los pueblos, liberados de las dinastías y de las diplomacias secretas, darían libre curso a la democracia universal, única capaz de asegurarles el bienestar y la libertad.

De este modo el terrible esfuerzo de los combatientes tenía un sentido, y sus sacrificios, una compensación.

Pero hoy, después de años de espera y ensayos caóticos, no se ha alcanzado el objeto y éste parece más lejano que en el primer dia.

El Tratado de Versalles que debía dar a Europa su carta, rechazado por los vencidos, es impugnado por los vencedores; y aun aquéllos que piden su estricta aplicación empiezan por declararlo detestable.

La Liga de las Naciones, donde dominan los victoriosos, se ha convertido en una especie de juez de paz con competencia muy limitada, a quien las grandes naciones no confían sino causas de poca importancia, reservándose al mismo tiempo la ejecución de las sentencias. Todo el peligroso juego de los tratados secretos y de la "diplomacia de gabinete" continúa imponiendo a los pueblos las mismas cargas militares, los mismos riesgos de inseguridad que antes de la guerra.

En cuanto a la Democracia, que aseguraría en el mundo entero el equilibrio social y la paz exterior, había derribado apenas los últimos tronos, cuando sufría la más violenta crisis.

DICTADURAS PROVISORIAS

Inmediatamente libertados del yugo de las dinastías, los pueblos vencidos, exasperados por el sufrimiento, y viendo la impotencia de la libertad para darles pan, se lanzaban impetuosamente a las dictaduras.

El advenimiento de los Soviets en Moscú suscitaba en todas partes revoluciones análogas. En Budapest, Viena, Sofía, Münich, Berlín: el movimiento ganó la Italia, donde los obreros se apoderaban de las fábricas; provocó sacudidas en Francia y en Inglaterra, y agitó al otro lado del Atlántico las masas de inmigrantes mal asimiladas aun en los Estados Unidos de América.

Entonces, ante este imperialismo de las clases populares, las acaudaladas reaccionan con

violencia: fácil triunfo del fascismo de Mussolini en Italia; dictadura de generales en España y en Grecia; dictadura también, bajo formas más o menos constitucionales, del almirante Horthy en Hungría, de M. Bratiano en Rumania, de Stambouliski en Sofía.

En Alemania, detrás de Ebert y Stresemann, aparece la sombra silenciosa de von Seeckt que domina a la vez comunistas y fascistas. Aun en Francia, hace poco tiempo, algunos agitadores evocaban la sombra de Sila.

¿Acaso la Democracia, capaz de hacer la guerra y de vencer, sería incapaz de organizar su victoria? ¿Y hay que admitir, con algunos, que debe ser relegada, como un ideal caduco, en el Panteón de los Dioses muertos?

Sin embargo, no. Pues, en ninguna parte la dictadura se presenta como un régimen definitivo. El general Primo de Rivera se dió públicamente seis meses para restablecer el orden y desaparecer del mismo modo que los dictadores romanos. Mussolini se constituye en salvador de la patria, y blande en toda ocasión el hacha de su *fascio;* pero no ha roto sus relaciones con la dignidad real constitucional, ni con el parlamentarismo, y todo su esfuerzo tiende visiblemente a hacer entrar su poder — sin perder nada con ello — en los marcos legales y tradicionales.

Los generales griegos han entregado el gobierno a una República constituida regularmente, Bratiano, Horthy, von Seeckt respetan las formas parlamentarias.

Todos presentan su poder personal como una medida de salvación pública, exigida por una situación excepcional que debe desaparecer con ella.

Ninguno se ha atrevido a decir que fundaba un régimen nuevo.

Unicamente la dictadura bolchevique se ha constituido como una institución definitiva, en franca ruptura con todas las formas antiguas. Tiene la ventaja de apoyarse en una ideología particular, una doctrina que le da una especie de fundamento racional y de legitimidad; condición esencial para transformar el esfuerzo de un conspirador feliz en un régimen permanente. Es esto lo que hace su prestigio universal ante las masas y le da una fuerza de expansión que los otros "fascismos" no han conocido.

Pero la prueba de la experiencia le ha sido cruel. El sistema de los Soviets y de los trusts colectivistas encontró a Rusia en un estado de desorganización económica incontestable; pero en lugar de aminorarlo, lo agravó. Ante el agotamiento creciente del país, los mismos jefes bolcheviques tuvieron que tolerar una vuelta parcial a la economía individualista — lo que significa una confesión de su derrota. Pero la N. E. P. (1), después de un breve auge de la producción rural, no ha logrado sino sobreponer al centralismo, paralizando algunos trusts socialistas, los vicios de la especulación burguesa. De tal manera que des-

(1) Así se llama, por abreviación, la Nueva Política Económica.

pués de siete años de ensayos y de tanteos, el Sovietismo se ha mostrado incapaz ya sea de volver a levantar la Rusia por su nuevo sistema, ya sea de volver al antiguo. Para poner de nuevo en marcha el organismo agotado, sus jefes se han visto obligados a pedir a los antiguos Estados burgueses el concurso de sus capitales.

Entonces, desde todos estos desgraciados países llevados de la dictadura del proletariado a la dictadura conservadora — es decir, de una violencia a otra violencia—, las esperanzas se vuelven hacia las tres únicas grandes naciones que han conservado su estatuto de antes de la guerra. ¿Vendrá acaso de allí la salvación?

DEMOCRACIAS IMPOTENTES

¡Ay! la democracia británica está en lucha desde hace más de seis años con dificultades que van agravándose. La libra esterlina amenaza sus bancos, porque se deprecia demasiado; a sus industrias, porque no se deprecia bastante; a su comercio le faltan mercados; a sus capitalistas les abruman los impuestos, a sus obreros los agota la cesantía. La muchedumbre, que ha perdido la confianza en su profeta Lloyd George, oscila entre el conservador Baldwin y el laborista Mac Donald o entre Mac Donald y Bonar Law; y el pueblo inglés siempre tradicionalista, constata la impotencia de su vieja máquina constitucional, sin imaginar una nueva.

Francia se ha jactado, no sin razón, de ser

el país socialmente más estable del mundo. Durante años abusó de esta estabilidad para postergar todas las soluciones, con la esperanza de imponer por agotamiento sus exigencias tanto a sus antiguos aliados como a sus antiguos enemigos. Encerrada en su derecho estricto, contraria a toda transacción, ha tenido que vivir de su propia substancia por el sistema de empréstitos continuos. Actualmente su economía ya no da más. Cogida entre una deuda flotante interior de más o menos sesenta billones, y de una deuda flotante exterior de 12 a 15 billones, está a merced del menor choque que venga de afuera o de adentro. Una violenta crisis del cambio y el aumento brusco de los impuestos le revelaron recientemente la extrema fragilidad de su posición. La opinión ha reaccionado vivamente. Pero es un problema saber si los partidos de izquierda sabrán imponer tanto a los grandes consorcios como a los pequeños burgueses los sacrificios y los renunciamientos necesarios.

En su lejano continente, los Estados Unidos, después de una corta guerra de la cual no conocieron en un comienzo sino los beneficios, restablecieron su equilibrio económico y de finanzas. Pero han sufrido a su vez por su exceso de riquezas. Bajo pena de vender a menos del precio de costo o cerrar una parte de sus industrias, han tenido que exportar a la vez mercaderías, materias primas, productos elaborados y capitales, pues de todo tuvieron en exceso. Desde este punto de vista, necesitan del restablecimiento de Europa y están

listos para contribuir a ello. La necesidad los obliga a salir de su "espléndido aislamiento".

Pero "el hombre de la calle" no subscribirá empréstitos europeos mientras no tenga la certidumbre de que Europa va a dedicarse por entero y en paz al trabajo, que será lo único que le permitirá pagar sus cupones, comprar las conservas de Chicago y el algodón de Nueva Orleans. Mientras tanto, el Congreso teme verse cogido en el engranaje de intrigas diplomáticas del Viejo Mundo, el cual por su parte, teme sufrir la hegemonía americana.

En suma, la democracia no ha resuelto nada, el sovietismo fracasó; el fascismo no es sino un expediente provisorio.

En todas partes no hay sino deseos opuestos, soluciones bastardas, improvisaciones aventuradas, indecisión, inseguridad.

DETERMINAR POR CALCULO LA SITUACION

El mundo ofrece el aspecto de un navío tumbado por una violenta tempestad, donde los pasajeros se levantan, se agitan al azar, chocando unos contra otros, sin visión clara de su situación, y sin plan. Al mismo tiempo que gritan muy fuerte una advertencia, y atropellan al vecino, todos, desde el capitán hasta el más humilde marinero, piensan con inquietud en el fondo de ellos mismos: ¿A dónde vamos?

Cuando el marino, perdido en un mar sin costas, busca su ruta, se preocupa ante todo, de de-

terminar el lugar exacto del planeta en que se encuentra. Para esto, no mira cuál es el color de las olas a su alrededor, la dirección de los vientos y de las corrientes. No es en la vecindad inmediata, en perpetuo movimiento donde puede encontrar el punto de referencia deseado. Es en los espacios lejanos del cielo. Calcula la altura del sol a las doce por encima del horizonte, lo que le da la latitud; armado de un cronómetro, cuenta la diferencia de su hora con respecto a la del meridiano de Greenwich, lo que le da la longitud; el punto donde estas dos líneas se cortan en el mapa indicará la posición exacta del barco. Son dos observaciones astronómicas, sin relación alguna con la maniobra de las máquinas, lo que le permite volver a encontrar su ruta. Esto se llama *determinar por cálculo la situación de un barco.*

Es tiempo ya que nuestros jefes de Estado, *determinar por cálculo también su situación.* En verdad, no parecen hasta aquí haber pensado en ello.

Muy hábiles pilotos para la mayoría, tienden la vela y manejan el timón lo mejor posible, según los golpes de viento y el ángulo de las corrientes. Y las muchedumbres aplauden un instante su destreza; pero en este juego el azar los lleva y el puerto no aparece nunca.

Sería necesario que consintiesen en buscar, muy por encima de las contingencias superficiales, en las lejanías del espacio y en la observación del pasado, las *coordenadas* que le permitan fijar su ruta.

Unicamente el estudio atento de la historia puede ayudar a establecer estas coordenadas. Pero pocas personas piensan en ello.

En nuestro mundo moderno, en que los cambios son tan rápidos, se acostumbra vivir al día. Rarísimos son aquellos que fundan un establecimiento destinado a durar más que ellos.

El hombre de negocios, preocupado del vencimiento de fin de mes, prevé apenas más allá del balance de fin de año; y su horizonte no sobrepasa nunca el cuadro de amortización de sus capitales.

Cosa más grave, los gobiernos, cuyo papel esencial es prever, han tomado las mismas costumbres. En nuestras democracias inestables, el hombre político apenas mira más allá de las próximas elecciones. Todas nuestras empresas públicas y privadas están en la escala de una vida humana. En cambio, la evolución de las sociedades se hace con un ritmo mucho más lento. Un acontecimiento como la guerra mundial tiene repercusiones que se propagan lentamente, y sus efectos más graves, que sólo empezamos a notar, se desarrollarán, sin duda, durante varias generaciones.

No es raro que un hecho inadvertido por los contemporáneos aparezca en toda su importancia sólo uno o dos siglos después (1).

---

(1) Podríamos citar — entre otros cientos — el ejemplo de la ordenanza llamada Paulette. Cuando, bajo Enrique IV, el financista Paulet decidió que los magistrados darían en pago al rey un derecho anual que los hacía propietarios de su cargo, no se vió sino un medio destinado

Cuando se quiere comprender los hechos sociales, hay que mirarlos, pues, con la perspectiva de la historia. El presente que nos lleva no es sino un barco liviano arrastrado por una corriente profunda cuya dirección es dada por los siglos pasados. Es hacia las fuentes del río donde hay que mirar para saber a dónde vamos. Pero apenas se piensa en eso.

Aquí reside tal vez la causa principal del malestar actual. Viene de un error de método.

LA DIFICULTAD ESTA EN NOSOTROS

Cuando un sabio, operando con datos exactos y completos, con un método seguro, llega a resultados absurdos, declara: *el problema está mal planteado*.

Se remonta entonces a los principios mismos sobre los cuales había basado su razonamiento, y sin respeto por la auteridad que se le atribuye, los somete al análisis más agudo a fin de desenredar la partícula de error que puede haberse deslizado.

Es esta una empresa difícil, y audaz, generalmente mal recibida por las muchedumbres, y aun por los especialistas cuyas costumbres viene a trastornar. Sin embargo es fecunda.

La inmovilidad de la tierra fué durante si-

---

a procurar inmediatamente dinero al Tesoro. Pero desde ese momento, los hombres de Justicia se encontraron prácticamente independientes del rey que no podía revocarlos. Cuando, dos siglos después Turgot, para salvar a la Monarquía, quiso suprimir numerosos privilegios, el Parlamento opuso a las reformas una fuerza de inercia que el rey "absoluto" no pudo romper. Y la dignidad real pereció por efecto de una medida cuya importancia había visto durante cien años.

gios, para todos los hombres, no solamente un he-
cho de experiencia, sino una necesidad para el
valor de sus observaciones. Nadie dudó hasta fi-
nes del siglo XVIII que el fuego fuese un "elemen-
to" simple e irreductible; y sin embargo, Lavoi-
sier fundó la química moderna partiendo precisa-
mente de la hipótesis contraria. Nuestros espíri-
tus no están habituados todavía a la idea de la pesantez de la luz; sin embargo, el hecho de que la haya podido desviar la vecindad de un planeta, está modificando toda nuestra concepción del universo.

Hay así postulados, considerados por todos como evidentes, que son falsos, en todo o en parte. Sin embargo, nos apoyamos en ellos para resolver los problemas que nos plantea la vida. Lejos de aclararlos, los enredan al agregar a la obscuridad de los hechos el error que le es propio. Si se encuentran hasta en las ciencias exactas, con mayor razón dificultan las ciencias económicas y sociales. El canciller Bacon (que fué tanto hombre de Estado como filósofo) los llamaba: los "Idolos de la plaza pública" (Idola Fori). Idolos venerados, fantasmas tanto más temidos cuanto que para la mayoría de los hombres representan los más sagrados intereses sociales.

Y ciertamente, hay que respetarlos siempre que su visión sea más o menos exacta. Pero puede suceder — hasta sucede necesariamente—, que con la evolución incesante de las sociedades, concluye la coincidencia aproximativa entre la realidad social y los principios por medio de los cua-

les se la interpretaba. Resulta de aquí una confusión tanto más inextricable cuanto que ella reside menos en los hechos donde se la busca que en los espíritus que pretenden esclarecerla.

En la crisis mundial actual — que el foro no logra resolver, — las dificultades más graves no vienen de los hechos: *las dificultades están en nosotros*.

Es una ley muy conocida que las ideas marchan ordinariamente con menos rapidez que los hechos. Los pueblos como los individuos, carecen de fantasía: con frecuencia es necesario que transcurra una generación antes que una "élite" haya podido formarse una visión de conjunto del grupo y de sus funciones. Y aun es necesario otra, antes que esta representación sea aceptada por todos. Pero entonces las condiciones han cambiado. De suerte que generalmente se acepta como cierta sólo una doctrina política o social en el momento en que ha dejado ya de ser exacta. Pero se necesita más tiempo aun para que los pueblos se den cuenta de ello. Continúan pensando el presente en términos del pasado. Por eso no hay tarea más difícil que "determinar por cálculo la situación".

Sin embargo, a través de los años, la diferencia entre la realidad moviente y su rígida interpretación va acentuándose. Cuando el desajuste es considerable, la confusión llega a ser extrema, y las dificultades insolubles.

Por eso, periódicamente las sociedades se ven obligadas a hacer una revisión de sus principios.

Así lo hicieron los "filósofos" del siglo XVIII y los "humanistas" del Renacimiento.

La inextricable confusión en que se debate el mundo actual parece indicar que hemos llegado a uno de esos periodos críticos.

Tenemos que proceder a una confrontación general de las realidades con las concepciones admitidas; sólo entonces, por una serie de ajustes, se podrá hacer cesar el divorcio mortal entre los hechos y las ideas.

PRIMERA PARTE

BOSQUEJO DE UNA MITOLOGIA POLITICA

CAPITULO PRIMERO

LA PALANCA DE COMANDO DE LOS ESPIRITUS NECESIDAD DEL MITO

La civilización moderna presenta siempre al observador un contraste singular. Ofrece a la muchedumbre, para la satisfacción de sus necesidades, innumerables aparatos muy complejos: todos se sirven de ellos, pero salvo algunos especialistas, nadie conoce su funcionamiento.

Cada día millares de personas circulan en los tranvías eléctricos; ¿cuántas, entre ellas, sospechan la ley de las corrientes de inducción que mueven los carros? Nada más fácil que telefonear; nada menos familiar al público que la teoría del teléfono. Y es muy raro que aquéllos que gozan con la audición de un concierto de radio, se hayan preguntado seriamente lo que es la onda hertziana. Nuestra vida transcurre en hacer cosas sencillas con ayuda de mecanismos muy

complicados y de los cuales no entendemos nada.

Esta ignorancia paradojal es más palpable aun si se considera la vida social.

Está reglamentada por una serie de instituciones económicas, jurídicas, fiscales, políticas, etc.... Millares de especialistas se ocupan de estudiar, perfeccionar o hacer mover los rodajes. Basta al profano lanzar una ojeada sobre un Código, una cotización de cambio, o una simple hoja de contribuciones, para darse cuenta de la espantosa complejidad.

Pero el público no experimenta ninguna necesidad de penetrar en estos arcanos; se contenta, como respecto del tranvía o del teléfono, con algunos datos prácticos sobre la manera de utilizarlos, sin preocuparse de conocer el mecanismo.

Por lo demás, si lo intentase, le sería necesario — fuera de dones especiales de inteligencia y una sólida cultura previa — un esfuerzo de trabajo tal que para dedicarse a él no tiene ni el tiempo ni los medios necesarios. Es, pues, imposible al hombre moderno concebir una idea científicamente exacta de la sociedad en que vive.

Sin embargo, exacta o no, es menester que la posea. Pues el grupo social no puede subsistir sin imponer al individuo límites a su libertad, y deducciones sobre el producto de su trabajo.

Y, ¿cómo consentiría el ciudadano estos sacrificios si no tuviese una representación aproximativa del grupo y de los servicios por los cuales su interés particular se encuentra ligado al conjunto?

Puesto que no puede pedir esta representación al estudio científico, *él la imagina*. Según la tendencia que tenemos todos *al egocentrismo*, la construye ampliando las nociones de su vida familiar a las dimensiones del grupo social.

Si por ejemplo es un campesino propietario, concibe la Nación sobre el modelo ampliado de su bien raíz; será para él un territorio limitado por linderos inviolables, poseído por hombres de la misma sangre, que lo heredaron de sus antepasados y quieren transmitirlo a sus hijos. Y esto bastará para hacerle comprender que, si la frontera es violada por un vecino ávido, debe tomar las armas para la defensa del bien común. Es esta seguramente una representación esquemática que no tiene nada de científico, obtenida por la proyección de nociones familiares por el hombre de la calle y puede ser muy diferente de la realidad. Propiamente es una ficción, o como lo ha dicho, por primera vez creo, Georges Sorel: un *mito* (1).

Y ciertamente si la realidad social y la idea convencional que el público se hace fuesen igualmente inmutables, esta representación mítica no tendría sino ventajas. Sólo que cada uno sabe que las instituciones políticas, sociales y económicas evolucionan continuamente bajo la acción de las innovaciones técnicas y de mil accidentes que registra la historia. En cambio, la representación que se hace el vulgo, — precisamente porque no

(1) Ver por ejemplo: "La ruina del Mundo antiguo", y "Reflexiones sobre la violencia".

procede de la observación científica, — se modifica con mucho más lentitud.

En consecuencia, dos casos se producen necesariamente. Si el mito da, en conjunto, una imagen aproximada de la realidad, nada vendrá a turbar la conciencia del individuo; comprenderá desde el primer momento la relación que une su interés privado al del grupo y obedecerá sin dificultad a las disciplinas sociales. Pero si, por el contrario, aparece una diferencia considerable entre la realidad y su representación mítica, entonces nacerán en el individuo inquietud, desconfianza, desafección con respecto al régimen; o bien al contrario, tratará de imponer a la realidad cambiante los rasgos de la ficción que él desea inmutable; y de aquí contradicciones, desórdenes, violencias y ruinas.

Este elemento ideológico — que brota de la psicología de las multitudes—juega un papel en extremo importante en la vida de las sociedades.

Desgraciadamente, historiadores y economistas lo consideran muy a menudo como un fenómeno aparte.

Unos le dan un lugar dominante y atribuyen la evolución de las sociedades a la influencia exclusiva de las *ideas*.

Otros, al contrario, le consideran como despreciable — porque no es materia científica, — y lo apartan desdeñosamente para no tomar en cuenta sino instituciones y hechos.

Son estas dos tendencias extremas igualmente

generadoras de errores. En realidad, mitos e instituciones son elementos esenciales en la vida de las sociedades. Se han constatado con frecuencia su oposición o su armonía. Pero parece que no han tratado de determinar la ley de sus relaciones.

Intentemos señalar el papel de cada uno de estos elementos y sus diferentes velocidades de evolución.

Tal vez aquí encontraremos la clave de las contradicciones actuales.

LA CONSTANTE SOCIAL

Se pueden distinguir tres elementos en la vida de los pueblos: *las necesidades permanentes* que provocan la constitución de las sociedades y aseguran su conservación; *las instituciones variables* destinadas a satisfacer estas necesidades; y el concepto que las masas se forman de estas instituciones y de estas necesidades.

A partir del momento en que un hombre funda una familia y toma la responsabilidad de una empresa, se empeña en una *operación a plazo* cuyos resultados no puede ver antes de un tiempo muy largo. Generalmente necesitará varios años de esfuerzos antes que su empresa esté a punto; varios años aún antes que le asegure un mediano bienestar; deberá esperar largos años antes que sus hijos estén *establecidos* a su vez y puedan en caso de necesidad venir en su ayuda; y solamen-

te en su vejez — si ha tenido éxito, — será cuando encontrará la amortización de los capitales comprometidos o de los esfuerzos que ha tenido que hacer para crear su empresa.

De este modo todo establecimiento supone la seguridad y la estabilidad. Son las dos garantías esenciales que el ciudadano establecido exige del grupo social.

En verdad, en todas las sociedades, hay hombres no establecidos. Tenemos primero los jóvenes; mientras no afrontan ni la responsabilidad de una familia ni la de un negocio, son muy accesibles a las ideas de cambio; el sentimiento de su fuerza joven, una generosidad natural, la impaciencia de las disciplinas familiares, los llevan sin tropiezo hacia las ideas nuevas, las fórmulas absolutas, y las soluciones de fuerza. Entre ellos se reclutan siempre los partidos extremos, tanto socialistas como reaccionarios; y no ha sido por casualidad por lo que Mussolini ha dado como canto de guerra al fascismo un himno a la juventud: *Giovinezza*...

Junto a ellos se colocan los hombres sin posición, ya sea que no la hayan tenido nunca (proletarios) sea que la hayan perdido *(déclassés)*.

El conjunto de estos tres elementos constituye en el interior de cada grupo social una *fuerza de movimiento* que se yuxtapone, y a veces se estrella contra la *fuerza de inercia* de los hombres de posición.

En tiempos normales todo el esfuerzo de estos últimos tiende a reducir, a dividir o a reprimir

estas fuerzas de movimiento, o a lanzarlas sobre los grupos extranjeros, para mantener la estabilidad interior y el orden social.

Pero si llega a suceder que la organización social se muestra incapaz de afianzar la seguridad exterior de las empresas o si les impone cargas destructivas (fiscalización extrema, confiscaciones arbitrarias, veremos a los hombres de posición dejar de sostenerla, y hasta algunos de ellos unirse a las fuerzas de movimiento.

Entonces éstas se lanzarán al asalto del edificio social, y por la violencia se apoderarán de la dirección del grupo. La emplearán en satisfacer sus impulsos generosos, sus necesidades y sus odios. Todas las agrupaciones humanas sin excepción han conocido estas revoluciones.

Pero la violencia no es un estado durable: implica demasiados riesgos, no solamente para los que la sufren, sino aun para los que usufructúan de ella. Al cabo de algún tiempo, generalmente corto, las fuerzas de movimiento, por el efecto mismo de su éxito, tienden a la inmovilidad. En realidad la mayoría de los partidarios del cambio no son tales sino porque, no estando establecidos, quieren llegar a estarlo.

Tan pronto como obtienen la posibilidad, los nuevos afianzados se prendan tanto de la estabilidad como los viejos. Un acercamiento se opera poco a poco. Si, por una serie de transacciones, los vencedores son bastante hábiles para devolver la seguridad a las empresas, los vencidos se adhieren gustosos al nuevo régimen. Solamente los des-

poseídos son empujados nuevamente hacia las fuerzas de movimiento.

Por lo tanto, los cambios sociales se efectúan generalmente por hombres sin posición, pero no se consolidan sino cuando los aceptan los hombres de posición.

Los mismos conquistadores extranjeros no se sostienen sino cuando obedecen a esta necesidad.

Todas las sociedades humanas, sin excepción, han conocido este doble ritmo. En todas las que han vivido, la revolución o la conquista no fueron sino accidentes. Para todas, la estabilidad y la seguridad de las empresas fué la ley misma de la vida. Es, si se quiere permitirnos este término matemático, *la constante* de las sociedades humanas.

LAS VARIABLES

Desde este punto de vista, el jefe de empresa, el hombre de posición aparece como el elemento típico de la agrupación social: la sociedad es un agregado de instituciones, cuya célula viviente es la familia, a la cual la empresa sirve de soporte material. Estas empresas forman la *infraestructura económica* de la agrupación.

Por otra parte no constituyen un elemento inmutable. Varían en el espacio según las condiciones de suelo y clima, y en el tiempo según los progresos de la técnica.

En verdad, durante siglos, estos han sido extremadamente lentos, y resultaba de ello una

especie de inmutabilidad de tipos sociales. Una tribu marroquí de hoy, que apacenta sus corderos en las altas mesetas del Atlas, se parece mucho, por la organización y las costumbres, a las tribus de Israel en tiempos del rey David. El género de vida de un pequeño propietario que trabajaba bajo Luis Felipe no difiere gran cosa del de un ciudadano del Lacio en la época de Catón el Viejo.

Por eso la evolución económica escapó casi completamente a la atención de los hombres de Estado y de los historiadores. Se consideraron las diversas empresas privadas como elementos estables; y las concepciones políticas y sociales, construidas sobre estos datos, aparecieron como dogmas intangibles, fundados sobre decisiones de la sabiduría divina, o sobre los postulados invariables de la Razón.

En vano, la transformación técnica, empezada en Inglaterra en el siglo XVIII, y tan prodigiosamente fértil en la segunda mitad del siglo XIX, ha venido a trastornar todas las condiciones de la vida en los dos tercios del planeta.

En ese entonces, hasta 1830, en toda la Europa, la empresa-tipo era la empresa agrícola, fuente principal de las rentas, y sostén de todas las otras industrias. En cambio, actualmente, en todas las grandes naciones occidentales, Inglaterra, Alemania, Bélgica, y aun Francia, la mitad o los dos tercios de la población trabajan en fábricas, viven del canje de sus productos con pueblos lejanos, y han reducido la agricultura al

papel de industria accesoria, si no al estado de recuerdo.

Sin embargo, esta prodigiosa revolución realizada en los hechos no ha traido consigo aún una correspondiente revolución en los espiritus. Desde hace cincuenta años, todos los esfuerzos de los hombres de Estado se gastan en tentativas desesperadas para encajar las nuevas empresas en antiguos marcos. Aun en la actualidad en que estos cuadros revientan por todas partes, no nos resignamos todavía a construir nuevas instituciones. Teóricamente se concibe, pero no se admite aún en la práctica, que la infraestructura económica sea una *variable*.

Por lo demás, cualquiera que sea la naturaleza de las empresas (pastoriles, agrícolas o industriales), el objeto esencial del sistema social es el mismo: afianzar su seguridad y su estabilidad.

Para protegerlas contra las violencias de fuera, crea una aparato militar (caballeros de tribus, bandos feudales, ejércitos de mercenarios, conscripción, etc...)

Para procurarles la estabilidad interior, organiza instituciones de policía y de justicia. Algunas veces se preocupa de facilitar el desarrollo de empresas particulares para el establecimiento de un utillaje (1) común (caminos, puentes, acueductos, etc...), posee entonces un servicio

(1) Es necesario emplear este galicismo, que por lo demás figura en los diccionarios, para designar el conjunto de útiles, herramientas, maquinarias e instalaciones necesarios para el funcionamiento de una empresa o fábrica. (N. del T.).

de trabajos públicos. Y como todos estos organismos traen consigo gastos, impone su costeamiento a los que se sirven de ellos, ya sea personalmente por prestaciones y trabajos, ya sea materialmente por descuentos sobre el producto de las empresas (impuestos).

Estos instrumentos de defensa, policia, justicia, trabajos públicos y finanzas se unen estrechamente a las empresas privadas, en el sentido que las protegen y viven de ellas.

Naturalmente, deben adaptarse a sus necesidades y evolucionar con ellas. Sin embargo, como su objeto mismo es conservar, no se adaptan sino con lentitud, y no sin resistencia. En tanto que la empresa-tipo fué la agrícola, los métodos administrativos apenas cambiaron. Los principios enseñados en nuestras Escuelas de Derecho son aún los de los romanos.

A decir verdad, desde que los métodos industriales dominan la actividad económica, el legislador ha tenido que modificar poco a poco las instituciones, mientras que los juristas se han esforzado en conservar viejos principios. Resulta de esto una casuistica muy curiosa, al mismo tiempo que una gran confusión en los espiritus y en los hechos (1).

Más valdría admitir que las instituciones, aún en sus reglas esenciales, evolucionan. Forman la *superestructura administrativa* de la Sociedad.

Sin embargo, para que estos organismos fun-

---

(1) Lo que ha demostrado muy bien un sabio profesor de Derecho: el señor Morin, en su libro "La rebelión de los hechos contra el Código".

cionen, es necesario que alguien asuma la dirección, tome decisiones y las haga ejecutar. De esta manera se impone la necesidad de un *gobierno*.

¿Quién lo ejercerá? ¿Un solo hombre, jefe de tribu, rey tirano? ¿O un grupo de jefes? ¿O una asamblea popular? Este papel lleva anejas y pesadas cargas, pero también beneficios considerables; pues da el poder de disponer en cierta medida de los bienes y de la actividad de los miembros de la comunidad; ofrece al que la ejerce la riqueza y el poder.

Por eso suscita siempre ardientes ambiciones entre los hombres más audaces, más enérgicos o más ávidos. Sus luchas por lograr el poder, o sus abusos cuando lo han alcanzado, pueden llegar hasta comprometer la seguridad y estabilidad de las empresas encargadas a su custodia. Interesa, pues, fijar limites precisos a su autoridad, y determinar tan claramente como sea posible las reglas de acceso al poder.

Este es el objeto de las Constituciones, tradicionales o escritas. Determinan el *régimen político* que es el órgano motor del conjunto social. Por esta razón está sometido a todas las influencias internas y externas. Es por esencia el elemento *más variable* del sistema.

Hasta aquí los historiadores han abrumado con detalles sobre las luchas a que ha dado lugar; clasificaron cuidadosamente los menores cambios de gobierno; los hombres y los acontecimientos que los causaron fueron descritos en innumerables volúmenes; no se permite siquiera que los niños de la más humilde aldea ignoren la

existencia de Carlos el Calvo o el nombre de Madame de Maintenon.

En cambio se muestran mucho menos prolijos cuando se trata de describir el mecanismo de las instituciones administrativas, jurídicas, fiscales o militares que forman la estructura del edificio social. En verdad, a ellos se han dedicado los juristas, desde hace más o menos un siglo, pero el gran público desconoce aún los frutos de sus trabajos.

En cuanto a las condiciones de la producción y de los cambios, a los problemas monetarios que promueven tantas dificultades, a las relaciones entre propietarios y explotadores, al régimen de transportes... en resumen a todo lo que constituye el objeto de la actividad cotidiana de millones de hombres, y el fundamento mismo del edificio social, todas, cuestiones capitales, apenas si han llamado la atención de algunos eruditos.

Extraño método que consiste en describir minuciosamente la veleta del campanario, en dar algunas indicaciones sobre los muebles, y que olvida casi completamente los muros y los materiales del edificio.

LA FUNCION ESENCIAL DEL MITO CREA LA OBEDIENCIA CONSENTIDA

Es, sin embargo, por lo que actualmente tendríamos más interés. Pues todos estos elementos: empresas económicas, marcos administrativos, régimen político han ido complicándose. En un principio, los encontramos confundidos entre

las manos de un solo hombre: el *paterfamilias* es a la vez jefe militar, juez y administrador de todos los bienes de la comunidad. Pero, a medida que, impulsado por la necesidad de defensa, el grupo va ensanchándose, de la *gens* a la tribu, luego a la ciudad, en seguida a la nación y al imperio, los órganos sociales se diferencian y se especializan. La empresa privada llega a ser distinta del dominio propio del príncipe o del Estado, al cual ya no lo liga sino el lazo fiscal. Entonces hay que reglar las relaciones entre los bienes y las personas, y la tarea se hace más y más compleja a medida que el individuo conquista una autonomía más grande.

Paralelamente, el mecanismo judicial se complica; el fisco también; el ejército adquiere un armamento cuyo manejo exige un largo aprendizaje, una disciplina y jefes. Por su parte el régimen político diferencia sus órganos; comprende todo un sistema de consejos, o de Asambleas electivas, de poderes separados que se equilibran y se supervigilan según fórmulas más y más sabias.

De esta manera, por la fuerza de las circunstancias, la administración de la cosa pública se ha concentrado en las manos de un número restringido de especialistas (funcionarios o políticos). Por su tecnicismo escapa cada vez más a la comprensión del vulgo.

Y aquí se plantea el problema más delicado tal vez que tenga que resolver una sociedad civilizada.

Tomemos un campesino, un artesano, miembro ignorante, pero célula esencial del cuerpo so-

cial. Periódicamente la agrupación va a pedirle una parte de su tiempo (prestaciones, trabajos, servicio militar, etc...), o de sus rentas (impuestos); le impone en todo momento miles de obligaciones (reglamentos de policía, decretos municipales, etc...). Lo obliga a obedecer a una cantidad de personas que no conoce (agentes de policía, jueces, recaudadores), en virtud de reglamentos que con frecuencia ignora. Y si sucede que esos desconocidos le infligen una confiscación parcial o total de sus bienes o de su libertad (multa o prisión), la ley quiere que se someta sin resistencia. ¿Cómo obtener de buen grado estos sacrificios?

Sin duda, pueden imponerse por la fuerza. Y ciertamente, es necesaria para asegurar la estricta y rápida ejecución de las funciones sociales. Pero reducida a sí misma, no es más que un expediente provisorio y singularmente frágil. Pues exige una tensión continua, tan molesta y peligrosa para el que la ejerce, como para el que la sufre. La agrupación no puede durar, no puede dar a sus miembros la seguridad y la estabilidad que son su razón de ser, sino cuando los mandatos de la fuerza son aceptados de buena voluntad. De este modo surgió la noción de *autoridad*: que implica obediencia voluntaria que reemplaza a la violencia y suprime la rebelión.

¿Cómo crear la autoridad?

¿Cómo obtener de millones de hombres su consentimiento espontáneo para constantes sacrificios, y a veces muy pesados, en beneficio de una institución cuyo mecanismo desconoce?

Es este un curioso problema de psicología colectiva. Es esencial, pues, sin él, no puede haber agrupación estable, ni por consiguiente civilización. Todas las sociedades lo han resuelto; si los sistemas empleados son diversos, y han variado mucho en el curso de los siglos, todos se han construido por el mismo tipo; nacen, se propagan y mueren según las mismas leyes.

EL MITO POLITEISTA

El hombre antiguo, en medio de las fuerzas de la naturaleza, imagina tras ellas — siempre por proyección y ampliación — *seres semejantes* a él con las mismas pasiones, pero más hermosos, más fuertes, invulnerables, inmortales. Les atribuye la dirección de las fuerzas que los aplastan; el trueno (Zeus), la tempestad (Poseidón). Les reconoce un poder superior, una majestad (mujus=más grande), que implica el respeto y la sumisión: es esto propiamente lo que constituye lo divino.

Pero el mito no es solamente una fe, es también una esperanza.

Desde el momento en que el Dios impera sobre las fuerzas naturales, puede a voluntad poner en juego las *posibilidades favorables* o desfavorables a cada uno. Si se le antoja, puede desviar el granizo del campo de éste, triturar contra un arrecife el barco de aquél. Por lo tanto tiene importancia ponerse en contacto con él y granjearse sus favores: inventan nombres, fórmulas, plegarias, sacrificios para hacerlo propicio. Natural-

mente estas fórmulas son misteriosas e inexplicables, puesto que participan de la *majestad* del Dios, que por definición sobrepasa lo humano El ser que (por adivinación, revelación, transmisión) posee aquel secreto se encuentra investido de un poder formidable, al cual ningún creyente se atrevería a resistir.

Mientras se limite a su papel de intermediario con la divinidad, (hechicero, sacerdote, adivino, sibila o pitia), no tiene importancia política.

Pero supongamos que el secreto de los ritos pertenezca a un jefe de familia, *paterfamilias*, ya investido, por la voluntad de los antepasados, de las funciones sociales en el seno de la *gens*, o de la ciudad; inmediatamente su autoridad toma un vigor centuplicado. Desde el momento en que el jefe de guerra es al mismo tiempo sacerdote, es decir que conoce el secreto que permite leer en el hígado de los pollos si los Dioses son favorables al ataque, puede enviár con una sola palabra sus hombres a una muerte casi segura: ningún soldado se atreverá a negarse, pues se expondría a la cólera implacable de los Dioses, que en todas partes podrían alcanzarlo mucho mejor que la hacha del lictor.

Y como la cólera de los Dioses — por un singular pero muy útil desafío a la justicia distributiva — hace responsable desde luego a todo el grupo de las faltas de uno solo, el soldado que se negara a obedecer se expondría a ver en el acto a todos sus compañeros pronunciar la terrible fórmula: *¡sacer esto!*, lo que quiere decir: la muerte.

Es la sanción mítica, infinitamente más eficaz que la vindicta del magistrado.

Por eso todos los esfuerzos de los jefes consisten en identificar al magistrado con el sacerdote. La unión se hace en el *imperium* que es el derecho de mandar en nombre de los Dioses. Desde entonces los ritos e insignias religiosas se confunden con las insignias de mando. Aún cuando existen también magistraturas púramente civiles, como el tribunado, únicamente las que revisten el carácter religioso (*imperium*) son obedecidas sin discusión. Basta que un cónsul, un pretor que tenga derechos de auspicios, declare que divisa signos en el cielo (*servare de coelo*) para que la Asamblea popular más apasionada se disuelva sin discusión. Y es conocido el infortunio de aquel general romano, que, seguro de la maniobra que debía darle la victoria, hizo lanzar al agua los pollos sagrados que daban presagios desfavorables. Cada soldado creyó haber perdido con este sacrilegio las posibilidades propicias de que disponen los dioses, y al primer encuentro fueron derrotados.

Por eso sólo el mito crea la *autoridad*: es decir la obediencia consentida. No descansa sobre la noción que el interés general es la suma o la mediana de los intereses particulares, simple concepción de la inteligencia, incapaz de inspirar en el individuo el espíritu de sacrificio. Por la virtud del mito, el hombre más inculto y más egoísta, se siente ligado al conjunto del grupo por un lazo religioso (religare-ligar), por una responsabilidad personal y directa completada por una

sanción implacable. De este modo, la solidaridad echa sus raíces en lo más profundo del egoísmo individual.

Tal es el papel esencial del *mito*.

Las sociedades humanas no son mecanismos, sino organismos vivos compuestos de millones de células de las cuales cada una tiene su vida independiente, solidaria, sin embargo, con la vida de todas las otras. Entre estas células que evolucionan de distinta manera, solamente algunas llegan a la conciencia clara; la gran mayoría permanece en un estado de subconsciencia, más o menos obscura. Sin embargo, aún la más modesta, siente, como un bienestar o una molestia confusa, los efectos de las directivas que le son impuestas, y reacciona a su manera.

Con frecuencia obedece a ciertas órdenes de los centros nerviosos con una facilidad que va hasta el automatismo. Pero sus resistencias se traducen en sueños, malestares, fiebres que sacuden a veces todo su ser. No hay ningún médico que niegue la influencia del subconsciente, ni hombre de Estado que no deba tener en cuenta los "imponderables".

El mito social crea la conciencia colectiva, porque todos lo comprenden, especialmente si escapa a los datos de la razón analítica.

Es la palanca de mando, con ayuda de la cual los gobernantes se imponen a los egoísmos individuales para forzarlos a la acción colectiva.

Toda la ciudad antigua ha reposado sobre el mito politeísta del presagio favorable o desfavo-

rable acordado por los dioses (1). Ha dado durante seis siglos la forma y la disciplina al mundo greco-romano. Y la historia le debe una de las más bellas civilizaciones.

Desde hace veinte siglos, Europa ha visto nacer y morir muchos mitos, todos han llenado la misma función.

EL MITO CRISTIANO (2)

El imperio romano, al subyugar todas las ciudades, redujo a poca cosa la importancia de las magistraturas y de los ritos municipales. Su sentido escapó cada vez más a los ciudadanos a medida que su utilidad se borraba. La multitud de esclavos, de proletarios y aún de pequeños terratenientes, rápidamente expropiados por una fiscalización excesiva, se encontró, en el sentido propio de la palabra, sin religión. Entonces llegaron de Oriente los grandes *misterios*, que aceptaban entre sus iniciados a todos los hombres sin distinción de ciudad, de fortuna o de condición social. Una preocupación a la vez nueva y muy antigua los animaba: la preocupación del individuo por escapar a la muerte, o por lo menos a los peligros obscuros de ultratumba, el deseo de no morir, o por lo menos de resucitar. Preocupación que

(1) Ver Fustel de Coulanges: "La cité antique".
(2) No hay para qué decir que no considero aquí el dogma cristiano desde el punto de vista de su verdad esencial, sino solamente en sus relaciones con las instituciones variables de la sociedad. Por lo demás, los teólogos han admitido siempre que, salvo el caso excepcional de los milagros, Dios conduce a los hombres por medios humanos.

se puede juzgar racionalmente absurda y anticientífica, pero que hunde sus raíces en lo más profundo de la voluntad de vivir y en consecuencia proporciona al mito un fundamento a la vez individual y común a todos los hombres.

Ritos nuevos, iniciaciones, sacrificios, aparecen en todas partes (mito de Cibeles, la diosa madre, de Mitra, de Atis, etc...). Flotan en estado de supersticiones, sin ninguna influencia.

Pero he aquí que uno de ellos lanza esta idea nueva: la vida feliz de ultratumba no puede ser obtenida sino como una recompensa del bien hecho a los otros hombres: la *caridad*. A causa de esto adquiere un valor social y moral. Las pequeñas comunidades judías, abiertas a todos los desheredados, se constituyen en sociedades de socorros mutuos; cosa desconocida hasta entonces en el Imperio donde las ciudades eran todas aristocráticas. Tienen bienes comunes, lugares de reunión, administradores, diáconos, sacerdotes, obispos. Ofrecen al hombre abrumado por la pesada máquina romana el culto de un Dios pobre, perseguido como él, pero resplandeciente de una bondad y de una caridad supernatural. Esta creencia se impone a las imaginaciones por el doble drama a la vez humano y divino de la crucifixión y de la resurrección. Se forman ritos, nacen *sacramentos*, que aseguran a los fieles la salvación, y al sacerdote la obediencia de los fieles.

De golpe, el mito encontró la *institución*; el rito se convierte en un instrumento de mando de los espíritus. El Imperio tan acogedor para todas las supersticiones, no puede admitir esta compe-

tencia. Es la guerra, guerra no entre dos concepciones religiosas, (el politeismo era por definición muy tolerante), sino entre dos sistemas de gobierno.

Después de tres siglos de persecución en que el Imperio debilitó las sociedades cristianas sin fortalecerse, se llevó a cabo una transacción: el pacto de Nicea. El Emperador va a reconocer la existencia legal de las comunidades cristianas, respetará y aún protegerá sus ritos y sus costumbres; sus jefes, sacerdotes y obispos serán tratados como funcionarios imperiales. En cambio, los obispos aceptarán la sociedad romana fundada sobre la esclavitud y la propiedad privada, y predicarán la resignación ante las desigualdades de este mundo, como condición de igualdad en el más allá.

La adaptación del mito cristiano a la institución romana fué hecha, no sin desgarramientos, por los que los cristianos llaman con justicia los "Padres de la Iglesia".

Entonces la imagen del carpintero galileo apareció bajo la cúpula de Santa Sofía, revestida de insignias imperiales.

Para los más desgraciados de los esclavos la obediencia a las órdenes del Emperador llegó a ser una cuestión de *salvación* personal. Y durante diez siglos más, el Santo Imperio impuso la disciplina y la cultura de una civilización aristocrática aún a los bárbaros que lo invadían por todas partes.

El mito cristiano de *salvación* ha devuelto al Occidente la conciencia colectiva que el mito pa-

gano de la *suerte* (felicidad o desgracia a la voluntad de Dios), le había hecho perder (1).

EL MITO FEUDAL

En el siglo V el Imperio de Occidente se derrumba bajo el lento empuje de los bárbaros.

Bandas de aventureros se alistan para seguir hasta la muerte al jefe que han elegido, bajo la condición de un reparto equitativo del botín. *El homenaje* que une *el antrustión* al jefe de la *trustis* es un compromiso sagrado; la felonía es la descalificación suprema. De este modo aparece el sentimiento nuevo del *honor* que hace al hombre noble, y forma el lazo social en todo el Occidente, en la edad feudal.

Pero esta es una doctrina de conquistadores. Para obtener la obediencia consentida de las masas conquistadas, la única que asegura el poder durable, los nuevos amos adaptan la psicología cristiana de los vencidos. El jefe bárbaro, hijo de Meroveo o de Pepino, se hace "consagrar" por el obispo cristiano. El acto del *homenaje* se convierte en un *juramento* de fidelidad prestado ante los Evangelios. Luego la Iglesia por su parte trata de conquistar a su huraño vencedor: el caballero debe velar sus armas ante el altar; el sacerdote bendice su espada: jura servirse de ella

---

(1) He tratado de analizar después de tantos otros, esta adaptación del mito cristiano a las instituciones romanas en un pequeño libro que se titula: "La Iglesia y el Imperio Romano"; Del pesebre de Belén a la catedral de Santa Sofía".

para proteger a los oprimidos y defender la Fe común contra los infieles.

Es una especie de "sacramento" que confiere al señor una autoridad útil para sí y para la comunidad. El mito bárbaro se confunde con el mito cristiano. Y esta unión íntima basta, a pesar de las continuas guerras contra fortaleza y fortaleza, para mantener durante cinco siglos, en todo el Occidente, el régimen feudal.

EL MITO PAPAL

Sin embargo, después el abuso de las guerras privadas hace sentir universalmente la necesidad de una autoridad superior que discipline y utilice estas energías batalladoras.

En el siglo X, los monjes de Cluny, que lograron centralizar bajo un solo abate innumerables y ricos conventos, de la Romania a la Irlanda, y de España a Polonia, imaginan constituir la cristiandad en un cuerpo único bajo la conducta de un jefe a la vez político y religioso, igual que el Islam. Como su reglamento les prohibe la acción sobre la Iglesia secular, buscan un punto de apoyo en el episcopado. Descubren en Roma la tumba de San Pedro, cuyo recuerdo había perdido la tradición cristiana; organizan peregrinaciones venidas de todos los países donde tienen sus conventos. Esto les permite establecer sobre el "Tú eres Pedro", del Evangelio la primacía del obispo de Roma sobre todos los otros obispos. Luego pretende éste ser el único que puede dar la investidura. Dotado por Dios del poder de "atar y desatar en

la tierra y en el cielo", puede relevar a los caballeros de su *juramento* de fidelidad hacia sus soberanos, sean reyes o emperadores. De este modo llega a ser jefe supremo de la jerarquía laica como de la religiosa. E inmediatamente, se sirve de esto para lanzar a los barones batalladores a la "guerra santa", la cruzada para rescatar el Santo Sepulcro.

El mundo cristiano aparece entonces ante los fieles como una teocracia en que el Papa es el jefe de guerra y juez supremo al mismo tiempo, soberano de los reyes como de los obispos, coronado con tres coronas, y que hace llevar ante él las llaves y la espada, insignias de los dos poderes espiritual y temporal. El asegura la paz interior y la defensa contra los infieles. Es el Vicario de Dios sobre la tierra cristiana, igual que el Califa, sucesor de Mahoma, es el "lugarteniente" de Alá para la defensa y el gobierno del Islam (Islam-fe).

Durante tres siglos, de Hildebrando a Bonifacio VIII, el mundo occidental estuvo dominado por este mito. Fué lo que suscitó el prodigioso movimiento de las cruzadas.

Desgraciadamente, el mito clunisense contenía una contradicción intrínseca: era difícil hacer un jefe de guerra del sucesor de San Pedro a quien Jesús dijo: "Pedro, vuelve esa espada a su vaina, pues quien hiere con espada, a espada muere". A pesar de su esfuerzo por crear una milicia de monjes guerreros (Templarios, caballeros de San Juan, etc.), el Pontificado no logró convertirse en una fuerza militar. Además se estrellaba contra otro mito, más antiguo y del mismo

origen: el del Emperador cristiano, protector de la Iglesia, nacido con Constantino durante el pacto de Nicea, ilustrado por Teodocio, continuado por Carlomagno, y del cual el Santo Imperio Romano Germánico, por muy débil que fuera, conservaba aún la tradición viviente.

En seguida, una parte de los obispos, para escapar al dominio de la Santa Sede, que les parecía una novedad, aceptaron la investidura del Emperador; mientras que muchos feudales, por temor a la dominación imperial, se colocaron tras el Papa.

Entonces se vió, con iguales apariencias de legitimidad, a los Papas excomulgar a los Emperadores, a los Emperadores deponer a los Papas, hasta el día en que el mundo cristiano contempló con horror a tres Papas y dos Emperadores disputarse su obediencia con todas las armas de la tierra y del cielo. Finalmente la masa de fieles se separó al mismo tiempo del mito imperial y del mito papal. Y la inmutable aspiración de los pueblos a la seguridad y a la paz se volvió hacia los *reyes*.

EL MITO MONARQUICO

El mito real se construyó poco a poco en el alma de las muchedumbres, como un ingenioso convenio, una conciliación preciosa entre los mitos precedentes.

El Rey, en virtud del *homenaje* feudal, es el jefe incontestado de la jerarquía de barones, condes, marqueses, duques; dispone en los límites del pacto de vasallaje, del poder militar. Pero ade-

más es el "ungido del Señor". Para el Capeto se inventó un sacramento especial: la *Consagración* que por la unción de la Ampolla Santa, y el poder milagroso de sanar las lepras, le confiere la investidura directa de Dios. Representa, pues, un poder, no sólo laico, sino religioso: a este título interviene naturalmente en la protección de las Iglesias y en el nombramiento de los obispos; y un nieto de San Luis podrá, sin escándalo, hacer abofetear a un Papa, resistir con la aprobación unánime de los fieles a sus excomuniones, embargar sus rentas y hacer trabajar en beneficio propio a los tribunales de Inquisición.

Cuando las necesidades de la guerra de Cien años le dieron recursos fiscales fuera de su propio dominio, y el medio de formar un ejército extra-feudal, apareció como el único capaz de imponer a los grandes barones la paz, tan cara a los burgueses. Cuando hubo copiado en su Parlamento y en sus Cortes de Justicia, los tribunales de la Iglesia, apoyándose en el Derecho romano venido de los Emperadores, reunió en su persona todas las funciones de defensa, de justicia, de policía que aseguran la paz exterior e interior, y todas las concepciones míticas que las legitiman.

Las mismas necesidades imperiosas y la voluntad de vivir de los pueblos — a pesar de todos los errores de los mismos reyes —, han impuesto esta lenta evolución simultáneamente en Francia, España e Inglaterra, desde el siglo XIV al XVI. Entonces los teóricos y los juristas diseñaron con nitidez para el vulgo el mito de la monarquía absoluta.

Dios, creador del mundo, lo dividió en reinos, y dió cada uno de ellos a un monarca para que él y sus descendientes, mientras fuesen gratos a su Providencia. El príncipe es propietario *eminente* de todos los bienes. Los que poseen sólo los tienen por su delegación, y él puede volver a tomarlos. Asimismo, es el amo de las personas, y todos los súbditos le deben obediencia sin restricción. Aún los bienes de la Iglesia y la persona de los sacerdotes están sometidas a él. En cambio de su protección, nombra los obispos y dispone de los beneficios eclesiásticos. Sin duda, para comodidad suya y de sus pueblos, garantiza algunos privilegios a los nobles y al clero, ciertas costumbres a los burgueses y villanos, y es tradición que los respete y defienda. Pero haga lo que haga, no es responsable sino ante Dios. Por muy graves que sean sus faltas, no pueden tener otras sanciones que las desgracias enviadas por Dios, que es el único que "destruye los Imperios" y sabe arruinar los designios de un príncipe impío, no sin hacer soportar a los pueblos el peso de las faltas de su amo.

En esto estamos lejos del mito feudal: ya no hay pacto entre el soberano y el vasallo.

Ya no hay obligaciones recíprocas entre el gobernante y el gobernado. El Rey no depende de nadie; tiene todos los derechos, nadie los tiene sobre él. La Monarquía es *absoluta*.

Parece extraño a un ciudadano de hoy que tal concepción haya podido ser aceptada por los hombres. Sin embargo, durante varios siglos fué la doctrina oficial enseñada por los teólogos y

los juristas, en todos los grandes países de Europa, y aceptada piadosamente por millones de súbditos en Francia, Inglaterra, España, Alemania y hasta en Rusia. No es verdad que estuviese fundada en razones: pues ¿cómo admitir que la omnipotencia divina pueda ser delegada en un rey loco, en una reina ignorante o en un niño menor? Tampoco está fundada en los hechos; pues los orígenes históricos del poder real son muy diferentes de estas fantasmagorías. Sin embargo, ha sido hasta una época muy cercana a la nuestra, la fe común de nuestros padres.

Es que respondía exactamente a las dos condiciones necesarias y suficientes que hemos planteado como fundamento de todo mito.

1.— Era una *representación ampliada* de lo que el más humilde palurdo veía a su alrededor; un propietario que dispone por herencia de sus bienes y de su ganado y gobierna a su familia bajo la única responsabilidad de su salvación ante Dios.

2.— Correspondía a una *utilidad* vivamente sentida: pues la monarquía se había mostrado la única capaz de asegurar la defensa exterior contra el extranjero, la seguridad interior contra los desórdenes de la feudalidad y las guerras de religión.

EL MITO DEMOCRATICO

Desgraciadamente se lanzó a su vez en guerras dinásticas y en una fiscalización tan ruinosa, que terminó por llegar a ser tan universal-

mente odiada como había sido universalmente adorada.

Entonces, por una audaz transposición del mito real, se transfirió la soberanía del monarca al pueblo mismo. Pareció que desde el momento en que el poder fuera ejercido por aquellos que lo soportaban, los individuos obtendrían, por fin, el máximo de seguridad en el máximo de estabilidad.

La verdad, es una paradoja audaz hacer ejercer el poder a un soberano con diez millones de cabezas. Fué necesario inventar todo el mecanismo de la *representación* cuyas modalidades han variado hasta el infinito; elecciones de uno o dos grados, Asamblea legislativa única o Parlamento con dos Cámaras, Presidente encargado del Ejecutivo o que sirve de árbitro entre los ministros y los partidos; se ha tenido que reglamentar la separación de los poderes, sus relaciones entre ellos, con los funcionarios, con los partidos, la prensa y la opinión.

Todos los esfuerzos políticos del siglo XIX se agotaron resolviendo estos problemas. La sorprendente diversidad de las soluciones según los países, y sus variaciones en un mismo país, ponen de manifiesto cuán difícil era la realización del mito democrático. (1).

Sin embargo, no se puede negar que su flexibilidad facilitó grandemente la revolución industrial realizada en el curso del último siglo. Iden-

---

(1) M. Seignobos en su "Historia política de Europa contemporánea", y Lord Bryce en su gran obra "Las Democracias modernas" han descrito las innumerables experiencias hechas en este dominio y sus resultados.

tificar al súbdito con el soberano pareció el ideal de gobierno.

Sin duda, no pudiendo nunca estar de acuerdo millones de ciudadanos, la soberanía se halla en realidad ejercida por el grupo más numeroso. Pero la ley brutal de la mayoría (que no es más que una expresión de la fuerza) está limitada generalmente por una Declaración de los derechos imprescindibles del individuo, y atenuada por la libertad de opinión, gracias a la cual cada uno puede esperar cambiar la mayoría que le molesta.

De este modo se puede considerar la ley como la expresión de la voluntad de todos. Y desde ese momento ya no se concibe ninguna resistencia: el problema esencial de la obediencia consentida está resuelto, en cierto modo, por definición. En realidad, nunca bajo ningún régimen de monarquía, dictadura o tiranía se ejerció sobre el individuo, su persona, su familia o sus bienes, su actividad económica o intelectual, un poder tan amplio como dentro del Estado democrático moderno. Y nunca ninguno ha sido mejor obedecido. Al identificar al soberano con el súbdito, el mito democrático ha realizado el máximo de autoridad. Ha sido hasta hoy día la palanca de comando más poderosa y más perfecta.

EL MITO HACE LA LEGITIMIDAD

En suma, en sesenta y cinco generaciones, el mundo europeo ha cambiado siete veces por lo menos las ideas esenciales sobre las cuales fun-

dó sus instituciones. Siete veces en veinte siglos, ha quemado sus ídolos y erigido nuevos. Cada vez el nuevo mito le pareció intangible y sagrado, y le inspiró una fe absoluta. Pero las creencias están fundadas mucho más sobre la utilidad que sobre la razón o la ciencia, cuyos métodos son inaccesibles para el vulgo. Por eso sería insensato atribuir a estas ficciones, por muy respetables que sean, un valor absoluto y una existencia definitiva. Construidas por la imaginación popular, no tienen sino un valor de símbolo, sacan su carácter sagrado de su utilidad, y mueren, a la larga, cuando aparecen perjudiciales.

Su valor es muy relativo y transitorio. En el dominio de la historia, menos que en otra parte, no hay nada absoluto ni inmutable.

Por lo demás, el mito solo no bastaría para mantener la cohesión en el agregado social. La armadura está constituida por los aparatos de defensa: policía, justicia y finanzas que, apoyadas sobre los sistemas económicos, se alimentan de ellos y los protegen. Forman el esqueleto, los músculos, los nervios, los órganos de nutrición y de movimiento que el cerebro, representado por el gobierno político, dirige. Pero este último no sería obedecido sin resistencia, molestia o revueltas, si cada célula no tuviese el sentimiento confuso de su lugar en el conjunto y de la utilidad que deriva de obedecer. Esta es propiamente la función del mito. Hace fácil la obediencia, a tal punto que alcanza a veces al automatismo de los reflejos; reduce el uso de la violencia; es la mejor aplicación de la ley del menor esfuerzo.

Por eso toda la ambición de los conquistadores y dictadores una vez dueños por la fuerza del gobierno, ha tendido siempre a transformar su

poder de hecho en un poder de derecho en virtud de la investidura del mito.

El Imperio Romano, después de haber subyugado las ciudades, trató de superponer al culto de los dioses locales el culto de Augusto y de los emperadores muertos (divi); y Diocleciano revistió la persona misma del Emperador que vivía, con todos los atributos de una divinidad pagana.

Los jefes de las bandas bárbaras, en el apogeo de su poder, se hicieron *consagrar* por los obispos a fin de aparecer como jefes legítimos a los más humildes de los siervos que no comprendían la ideología feudal. De Hugo Capeto a Carlos X, la Santa Ampolla reviste al Rey de un poder sagrado.

Napoleón I, aunque investido del poder absoluto por los delegados de la Nación, según los ritos democráticos, se hace consagrar por el Papa, para obtener la adhesión de corazón de las masas, fuertemente impregnadas aún por el mito cristiano.

Y cuando el mito democrático triunfa a su vez, Napoleón III, después de haber dispersado a balazos la asamblea popular, hace legalizar su esfuerzo por un plebiscito de sufragio universal.

En todas las épocas y en todas las partes, el poder *de hecho* no se convierte en poder *de derecho* sino por la investidura del mito reinante. *Sólo el mito da la legitimidad.* En consecuencia, debe tener un lugar junto a los otros órganos en el sistema administrativo que hemos levantado por encima de la infraestructura económica. Y es así cómo al lado del Ejército, de la Policía, de la Justicia, del Fisco (y eventualmente de los trabajos públicos), la enseñanza del mito ha llegado a ser un asunto de Estado.

CAPITULO SEGUNDO

LA PROPAGACION Y LA DEFENSA DEL MITO

Desde el momento en que la autoridad procede del mito, la propagación y la defensa de este mito se convierte en una cuestión de primera importancia. Naturalmente, no podía tratarse — al menos en su origen — de una enseñanza dogmática y abstracta, ya que el mito tenía como objeto principal impresionar a las muchedumbres donde dominan los iletrados y los ignorantes.

El mito se presentó, pues, bajo la forma de relatos legendarios apropiados para impresionar la imaginación de las masas. Los actores del drama, dioses, héroes, santos, o grandes hombres, son movidos por las mismas pasiones que los auditores (amor, avaricia, venganza, abnegación, etc...), lo que los hace comprensibles e interesantes. Pero están revestidos de una fuerza superior y misteriosa, que los torna más grandes que el vulgo y los convierte en dueños del destino de los simples mortales. Por esto, el mito obra y crea la autoridad. En suma, es una transposición ampliada y maravillosa de la vida corriente.

El mito toma, naturalmente, en las sociedades primitivas las formas de la epopeya, (*Iliada, Canciones de Gesta*, etc...).

LA EPOPEYA Y EL TEATRO GRIEGOS

El *aeda* que canta en la plaza de la aldea la cólera de Aquiles el Peleo, o la venganza de Poseidón, «que conmueve la tierra», inspira tanto a labriegos como a pescadores la admiración por los grandes jefes de guerra, y el temor a los dioses

cuyas voluntades expresan los magistrados-sacerdotes. Por eso es recibido con deferencia en la mesa del Rey Alcinoo, «de gran corazón».

Poco a poco las leyendas dispersas se reúnen y se ordenan. Los *rápsodas* las "hilvanan"; los *diaskevastes* las arreglan y forman con ellas un conjunto armonioso. Los cantos de la *Ilíada* y de la *Odisea* son escritos y esparcidos en todas las ciudades. En los manuscritos de estos poemas el niño griego aprende a leer. Se entretiene con ellos como con la lectura de un hermoso cuento de hadas; pero al mismo tiempo aprende los nombres y la historia de todos estos dioses y héroes cuyas estatuas y templos llenan la ciudad; comprende el sentido de las procesiones (teorías), de los ritos y sacrificios que hacen la vida pública una perpetua representación; y otorga a la vez su respeto a los sacerdotes que dirigen estas ceremonias y a los magistrados que dirigen la ciudad.

Además, la epopeya homérica le enseña la unidad de su raza, y cómo todos estos pequeños pueblos, constantemente en guerra unos con otros, están, sin embargo, compuestos de hombres de la misma sangre, solidarios ante el bárbaro.

De este modo pudieron realizarse las grandes treguas que periódicamente reunían a todos los griegos en los Juegos Olímpicos o Piticos. ¿Sin el recuerdo de las grandes guerras de Troya, la unión de las ciudades griegas habría podido hacerse para luchar contra la Persia?

Naturalmente, las imágenes de los dioses y de los héroes se fijan en el mármol de innumerables estatuas; sus aventuras se inscriben en bajorelieve en los frontispicios de los templos, en dibujos sobre las ánforas y vasos.

Tal mito no podría ser el objeto de una enseñanza racional: depende únicamente, como diríamos hoy, de la Literatura y de las Bellas Artes. Y fué justamente por eso, porque la ciudad an-

tigua dió tal importancia a su desarrollo. Si vemos a la Atenas de Pericles y de Fidias acumular en la Acrópolis y en los Propileos las maravillas de sus templos y de sus estatuas, no es solamente para afirmar su amor por la belleza y el fasto de su poder. Se trata, sobre todo, de manifestar el reconocimiento de la ciudad hacia los dioses que la han hecho tan poderosa, y, de rebote, inspirar en el pueblo el respeto por los magistrados que hablan en su nombre.

El teatro antiguo permite una enseñanza del mismo orden. Cuando durante tres días consecutivos, bajo la presidencia del sacerdote de Dionisios, el pueblo ateniense veía desarrollarse ante sus ojos el horrible destino de los Acridas o de Edipo, ¿qué impresión recibiría sino que ningún mortal logra escapar a la voluntad de los dioses? Y, por lo tanto, ¿qué sumisión no guardará respecto de los que hablan en su nombre?

Así lo entienden los jueces del concurso: coronan al poeta que ha sabido suscitar mejor el terror religioso, y no al más gran artista. Eurípides fué juzgado severamente por una parte de sus contemporáneos y rara vez coronado, por haber dado mayor importancia a las pasiones humanas.

Llegado a este punto de utilitarismo, el mito se vió promovido a la dignidad de servicio público. Puesto que comprometía a las instituciones esenciales de la ciudad, no se permitió ya atacarlo.

Sin duda, todos sabían que estas leyendas no tenían ninguna verdad histórica, ni ningún apoyo racional. Los mismos griegos los llaman oficialmente mitos (fábula, ficción).

Por otra parte, convenían gustosos en que todos estos relatos, llenos de crímenes, raptos, robos y violencias eran muy poco edificantes.

La religión antigua no implicaba ni un dog-

ma ni una moral; y por eso se la destruyó tan fácilmente el día en que entró en lucha con la filosofía griega por una parte y con la moral cristiana por otra. Era, si se puede decir, una religión puramente *cívica*. No tenía otra justificación que su utilidad para el gobierno de la ciudad. Pero por esta misma razón debía aparecer intangible.

Cuando Sócrates, bajo la forma prudente y peligrosa a la vez de la ironía, se atrevió a demostrar lo absurdo de estas leyendas, y su inmoralidad, todos los hombres de ingenio rieron al principio. Pero cuando Atenas sufrió los terribles desastres de Sicilia y de Egos Pótamos, cuando una guarnición espartana instalada en la Acrópolis la precipitó bruscamente del pináculo del poder a la ignominia de ciudad sometida, entonces el pueblo se persuadió de que las burlas del filósofo habían acarreado sobre la ciudad la cólera de los dioses. A su vez, los hombres de Estado, estimaron que su racionalismo significaba el relajamiento de las disciplinas necesarias a la prosperidad de la República. Y todos estuvieron de acuerdo en hacer beber la cicuta al inventor de la crítica filosófica.

De este modo, un mito, aún reconocido absurdo e inmoral, desde el momento en que aparece como el timón de los espíritus, y el instrumento esencial del gobierno, no tolera ya discusiones.

Todo mito que ha llegado a ser el apoyo de la conciencia del grupo, es intolerante. (1)

---

(1) Lo más curioso es que Platón parece haber admitido esta tesis. En el "Critón", Sócrates, a quien le ofrecen
evadirse para escapar a la sentencia de muerte, demuestra
durante largo rato a sus discípulos que las leyes de la Ciudad deben ser obedecidas, aún cuando sean absurdas e
inicuas. Y la última palabra del filósofo es un acto de sumisión (irónica) a los dioses que él ha burlado y que lo
matan: "Critón, no olvides sacrificar un gallo a Esculapio".

Esta ley se verificará constantemente a lo largo de la historia.

EL IMPERIO ROMANO Y LA ORTODOXIA CRISTIANA.

El Imperio Romano, después de haber impuesto por la fuerza su hegemonía a todos los pueblos mediterráneos, se preocupó de asegurar su legitimidad por medio de los mitos religiosos. Al mismo tiempo que en cada ciudad superponía a todos los cultos locales el culto de Augusto y de los Emperadores difuntos (divi), acogía a los dioses nacionales en su Panteón, y les daba en cierto modo el derecho de ciudadanía romana. Cuando supo que un nuevo dios había aparecido en Judea, se apresuró a poner la estatua de Jesús junto a las otras en el templo construído por Agripa.

Pero la nueva secta afirmó que su Dios era el único «verdadero Dios», negó los otros mitos; negó el incienso a las estatuas de los Emperadores; en consecuencia, sus ritos y sus asambleas escapaban al control de las autoridades oficiales. Entonces el poder castigó con severidad: no ciertamente por el fanatismo religioso— Marco Aulelio que firmó el primer edicto general de persecución, era el hombre menos apegado a las supersticiones — sino porque la negación de los dioses paganos minaba el fundamento mítico de la autoridad imperial. El Imperio castigaba a los cristianos por razones de orden público.

A pesar de la sangrienta represión, el mito cristiano se propagó rápidamente en todo el mundo latino. Los relatos de la vida y milagros de Jesús se extendieron por todas partes bajo la forma de Evangelios. Llenos de detalles de una vida humilde y familiar, los iluminaba lo maravilloso de los milagros, y los animaba una llama de bon-

dad y de caridad que el mundo antiguo no había conocido. Ejercieron sobre los humildes, los que sufrían, y los débiles, aplastados por el yugo romano, una prodigiosa fuerza de atracción. Leídos con las Epístolas, Los Actos de los Apóstoles, el Apocalipsis, en las reuniones secretas, comentados por los antiguos, enseñados a los iniciados, se propagaron con una sorprendente rapidez.

En verdad, no se transmitían sin deformarse. Cada uno por necesidades de propaganda, agregaba algo suyo. Por eso se vieron ciertas ideas de la filosofía alejandrina, ciertos ritos de misterios rivales aglutinarse al mito nuevo. A fines del siglo II, las comunidades cristianas presentaban la más extraordinaria diversidad de doctrinas filosóficas y morales — a tal punto que a veces un cristiano, al pasar de una comunidad a otra, no reconocía ya a *sus* hermanos. Los concilios regionales se esforzaban por poner un poco de orden en todas estas creencias; pero cada fiel conservaba una gran libertad en la interpretación de los textos, y no había otra sanción contra los propagandistas de doctrinas absurdas o inmorales que la expulsión de la comunidad (excomunión).

Pero a partir del Pacto de Nicea todo cambia.

Constantino no había reconocido el culto cristiano sino para hacer entrar en los marcos del Imperio a las masas populares, que huían hacia el Dios nuevo. Creía reforzar la autoridad de sus prefectos con la de los obispos. La unidad de doctrina era, pues, necesaria. Por eso, el Concilio ecuménico de Nicea redactó el famoso *símbolo o credo*, que debía fijar *ne varieteur* las creencias comunes a todos los cristianos. Por este medio, la unidad del mito cristiano universal (católicos-universal), venía a reforzar la unidad de la institución del Imperio, dándole un poder sobre la conciencia moral de todos, ciudadanos o esclavos. En

adelante, los fieles no podrían desobedecer las órdenes imperiales sin arriesgar su *salvación* en este mundo y en el otro. Se establecía la soldadura entre el individuo y la institución política.

Precisamente por esta razón, muchos obispos y fieles se negaron, sin embargo, a seguir a sus perseguidores de la víspera. Pusieron en duda ciertas proposiciones del símbolo de Nicea. Estas querellas intestinas, estas disidencias teológicas, que sostenían que el mito cristiano no era oficial, amenazaban la autoridad imperial. No podía tolerarlos. Era un asunto de orden público. Los Emperadores persiguieron entonces a los cristianos heréticos, exactamente por las mismas razones que perseguían en otro tiempo a todos los cristianos. Desde el momento en que el Emperador castigaba a los herejes, los herejes trataron de ganarse el Emperador. Algunas veces lo lograron. La persecución cambiaba de campo; eran los discípulos de Arrio quienes perseguían a los discípulos de Atanasio, hasta que un cambio de reinado desplazase de nuevo la ortodoxia. Los concilios daban ocasión a luchas ardientes en que las diversas tendencias libraban rudos combates para disponer de la vindicta imperial en su favor o en contra de sus adversarios. El destierro, la prisión y a veces la muerte eran el destino ordinario de los vencidos. De esta manera, el cristianismo se hizo intolerable desde el día en que participó del poder público. Castigaba a sus disidentes exactamente por la misma razón que Atenas había castigado a Sócrates. El Imperio Bizantino se agotó defendiendo así su unidad moral contra las herejías que renacían sin cesar.

EL MISTICISMO EN LA EDAD MEDIA: PEREGRINACIONES, RELIQUIAS Y CABALLERIA.

Sin embargo, el mito cristiano continuaba ejerciendo su poder de difusión en las multitudes. Mientras que Constantinopla se dilapidaba en estas querellas, los misioneros de Oriente, conducidos por los santos Cirilo y Metodio, conquistaban a los eslavos y a los búlgaros; los monjes irlandeses de San Colombano, llevaban la fe romana hasta el Elba y las montañas de Sajonia.

Con estos bárbaros, las sutiles discusiones teológicas no eran posibles. El mito cristiano se adaptó, pues a la ignorancia y a la rudeza ambientes. La idea de salvación se atribuyó a reliquias de santos: Un diente de San Juan Bautista, un hueso de Santa Genoveva, tuvieron la virtud de liberar de los pecados y de sanar las enfermedades: aseguraban la salud en esta vida, la salvación en la otra. Las peregrinaciones a los sepulcros de Santiago de Compostela, de San Pedro en Roma, y naturalmente al Santo Sepulcro, llegaron a ser los actos piadosos por excelencia. Los poseedores de reliquias milagrosas lograron riquezas considerables, regalos de objetos preciosos, de tierras, etc. Se vió a las ciudades, a los conventos, a los señores disputarse a estocadas y en guerras sangrientas, la cabeza de San Juan Bautista, o un cabello del Niño Jesús.

Pero estas supersticiones, por muy ingenuas que fueran, no tuvieron menos utilidad social. A falta de policía, fueron un freno poderoso contra la brutalidad y la ambición de los jefes bárbaros. Hay que leer en Gregorio de Tours las terribles venganzas perpetradas por San Martín contra los

que no respetaban las reliquias, los bienes de su abadía y la vida de sus monjes.

La danza macabra pintada en los muros de las iglesias, el espantajo del infierno, ponían una rienda a las pasiones de los rudos barones; y el «Dies irae» hacía sonar en sus oídos la terrible trompeta del Juicio Final.

Hubo aquí un facto incontestable de disciplina social.

Entonces se realizó un curioso ajuste entre el mito y la institución feudal. Se ha visto cómo se formó el mito caballeresco. Las *Canciones de Gesta* son a la vez el Evangelio y la epopeya. El *juglar* que, como el aeda homérico, declama los romances en las aldeas y en los castillos propaga un ideal nuevo: el del caballero defensor de la fe, protector de las viudas y huérfanos, y gran enderezador de entuertos. Al contacto de la idea cristiana, la idea feudal se espiritualiza más y más hasta producir ese curioso ciclo de los Caballeros de la Mesa Redonda, que buscaban el Santo Graal.

Maravilloso esfuerzo místico para purificar la autoridad brutal de los barones, asociándola a las más necesarias y más altas aspiraciones de los pueblos hacia la justicia y la santidad. Este mito, si no ha tenido un gran efecto en las costumbres, ejerció un poderoso atractivo sobre las imaginaciones populares. La novela de caballería ha sobrevivido muchos siglos a la institución feudal. Fué necesaria la carcajada de Ariosto, y la maravillosa caricatura de «Don Quijote» para matar su prestigio en las clases elevadas. La historia de los «Cuatro Hijos de Aymon» se conservó como el tipo de tal literatura popular hasta el advenimiento de la novela folletinesca.

LA DEFENSA DEL MITO: LA INQUISICION

Con el siglo XII, bajo la influencia de Cluny y de las Cruzadas, el mundo cristiano trató de organizarse sobre el modelo del Islam. La cultura antigua reaparece a través de las traducciones árabes, y vemos nacer las Universidades (Salerno, Bolonia, Le Becq, París, Salamanca, etc)

El mito cristiano se intelectualiza de nuevo. Santo Tomás de Aquino lo ajusta a la filosofía de Aristóteles; todo un sistema teológico, filosófico, moral, jurídico se codifica en la famosa Suma. Las Universidades proporcionan a la vez a las iglesias, a los conventos, a los Papas, a los Emperadores, a los Reyes, la justificación de su poder y su personal de gobierno.

En la época del gran Cisma, se verá a la Universidad de París pretender erigirse en árbitro entre los tres Papas y los dos Emperadores. Extraño fenómeno: simples clérigos sin armas y sin tierras, pretenden disponer de las coronas, porque, depositarios del mito, pueden decir quién es el legítimo soberano. Aquí se advierte la acción del mito en estado puro, como instrumento de mando de los espíritus.

Sólo que esta potencia completamente ideológica, sin apoyo material, es frágil. El Papa y el Rey terminan por ligarse contra ella: los Capetos, sea que apoyen a la Universidad contra el Papa, y la colmen de privilegios materiales, sea que se hagan conceder por el Santo Padre una supervigilancia espiritual sobre la Universidad, terminan por dominarla completamente. Ella pierde, entonces, poco a poco su influencia universal para no ser más que un almácigo (plantel) de obispos para uso de la Iglesia de Francia.

La Inquisición marca una evolución del mis-

mo género. Desde el momento que el cristianismo se intelectualizó de nuevo, que el mito llegó a ser el fundamento de las instituciones políticas o sociales, toda variación en el dogma ataca a las inssituaciones mismas. Cuando los *Cataros* albigenses sostienen que el hombre puede alcanzar la *pureza* (catharos-puro) sin la ayuda de los sacramentos, se hace evidente que ya no se necesita una clase de *clérigos* para administrarlos ni bienes eclesiásticos para mantenerlos. Teoría particularmente seductora para los campesinos y burgueses del Sur, oprimidos por los tributos (diezmos), y también para los señores feudales que codiciaban la vuelta de estos dominios inmensos y ricos bajo su soberanía. Para salvar los «beneficios», hay que destruir la herejía. Los grandes beneficiarios, reunidos en el Concilio de Letrán, organizan los tribunales de la Inquisición, y encargan la policía de los espíritus a la ardiente milicia de Santo Domingo. El mito, concebido otra vez como un servicio público, vuelve a tomar su carácter de intolerancia. Y durante siglos, vemos las hogueras, los suplicios, el auto de fe y el *in pace* trabajar en asegurar la unidad del mito por la supresión del hereje.

Todas las crisis que sacuden la Europa en el siglo XIV, XV y XVI presentan el mismo proceso.

Juan Huss, al permitir la comunión bajo *las dos especies*, Lutero al negar la *presencia real*, Calvino con su teoría de la gracia, ponen en discusión los bienes de la Iglesia. Perjudican los intereses materiales, suscitan ambiciones y desencadenan guerras terribles; porque el mito religioso está tan profundamente ligado a los espíritus, a las instituciones, que no se puede modificar una concepción teológica sin desencadenar crisis políticas y sociales. Las instituciones damnificadas se defienden. Y la intolerancia aparece como defensa del orden público.

Por lo demás, ésta es tan grande en los innovadores como en sus enemigos. Lutero predicará la cruzada contra Juan de Leyde, el profeta anabaptista; hará aplastar a los campesinos bávaros sus discípulos, que niegan los derechos feudales, bajo pretexto de que no están inscritos en los Evangelios. Y habiendo establecido Calvino sobre su dogma de la gracia el gobierno de Ginebra, quemará a Miguel Servet por las mismas razones de orden público que el Parlamento de Enrique II quemó al presidente Dubourg o al impresor Etienne Dolet.

LA INTOLERANCIA ES UNA NECESIDAD POLITICA

Sólo que este método de conservación del dogma por la violencia no está exento de peligros. Para asegurar la ejecución de sus sentencias, el Tribunal de la Iglesia está obligado a recurrir al brazo secular. Este, al servirlo, trabaja por dominarlo. Los Capetos se aprovechan de las confiscaciones pronunciadas por los Tribunales de la Inquisición para extender su soberanía sobre todo el sur de Francia; y logran dominar de tal modo la milicia dominicana que la esgrimen contra la misma Iglesia: Felipe el Hermoso, liquida sus deudas con los Templarios haciendo enviar al Gran Maestro Jacques Molé a la hoguera como herético.

Felipe II se sirve de la Inquisición para destruir las libertades castellanas (1)

Enrique VIII, so pretexto de ser «defensor de la fe», se proclama jefe único de la Iglesia angli-

---

(1) No permitiéndole los *fueros* prohibir las exportaciones, la Inquisición bajo su orden intentaba hacerle un proceso por herejía a cualquiera que dejase pasar caballos a Francia.

cana; los principes alemanes se declaran igualmente jefes de las iglesias luteranas; y los reyes de Francia, al mismo tiempo que combaten el protestantismo, se hacen pagar sus servicios por concordatos que los hacen dueños del clero en el reino (Galicanismo).

De tal modo que en el siglo XVII, en todas partes, las Iglesias se confunden con las monarquías. El mito real y el mito cristiano se unen a tal punto que hacen del primero un *absoluto*. Desde entonces el Rey no puede ya admitir disidencia religiosa. Para Luis XIV, el estatuto acordado a los protestantes por Enrique IV, no podía aparecer sino como una anomalía impuesta a su abuelo por el infortunio del tiempo pasado. Humillar al papa y expulsar a los protestantes eran las dos fases de una misma política. La revocación del Edicto de Nantes y las declaraciones galicanas de 1684 consagraban definitivamente la unidad del timón de mando de los espíritus en manos del rey.

En toda Europa, el mito cristiano está así estrechamente asociado a las instituciones monárquicas. Después de su caída, ha quedado ligado a las instituciones nacionales. Aún la perfecta unidad del dogma establecido por el Vaticano, desde la proclamación de la Infalibilidad Papal, no ha podido triunfar de esta situación de hecho.

De 1914 a 1918, los obispos católicos alemanes han predicado la guerra contra Francia con el mismo ardor con que los obispos católicos franceses han predicado la guerra contra Alemania. La Santa Sede no ha podido tomar partido ni imponer la neutralidad a sus fieles.

En la asociación del mito y de la institución, es la institución quien lleva la ventaja; lo divino no es más que un auxiliar.

Una ley nueva se desprende de esta experiencia de treinta siglos. Se atribuye generalmente al

fanatismo religioso las perturbaciones sangrientas que tantas veces han desolado al mundo. Es un error. Los mitos religiosos al nacer son en extremo variables, multiformes, y, por consiguiente, tolerantes. Sólo aspiran a la unidad invariable cuando han llegado a ser el fundamento ideológico de la institución política o social. Entonces, toda disidencia en el dogma ataca a la institución. Es la institución la que se defiende por la persecución. La intolerancia no es derivada del mito mismo sino de su función política.

La prueba es que, tan pronto como esta función desaparezca, se torna tolerante. Consideremos los grandes Estados laicos modernos: el mito de la *salvación* ha conservado para la inmensa mayoría de sus ciudadanos toda su importancia. Pero ellos no lo asocian ya a tal o cual institución política o social. En consecuencia, no les parece ya necesario que todos los demás ciudadanos profesen la misma *fe*; les basta que el Estado les asegure el libre ejercicio de su culto. Todas esas sectas que antaño emprendían guerras terribles unas con otras, viven hoy en paz, sin que se pueda decir que la fe de sus adeptos se haya enfriado. Para obtener la tolerancia recíproca, bastó que cada uno considerase que la salvación es un asunto privado, que tiene interés para la conciencia de cada particular y no para la vida del grupo social. En donde quiera que esta disociación se ha producido, las Iglesias viven y se desarrollan en medio de la mayor tranquilidad.

A decir verdad, en algunos países donde los católicos forman la gran mayoría, el clero romano no ha admitido esta tesis que la religión es un asunto privado. Allí la Iglesia romana se conserva unida a ciertas formas de gobierno y a ciertas instituciones. Allí también, como en Francia, Italia, España, se ha desarrollado un anticlericalismo vivaz, y la paz religiosa no ha podido con-

seguirse. Para destruir el fanatismo, basta disociar el mito de su función política.

Esta ley se aplica, por lo demás, tanto a los mitos laicos como a los mitos religiosos.

INTOLERANCIA DE LOS MITOS DEMOCRATICOS Y REVOLUCIONARIOS

En el siglo XVI, la represión de las herejías había terminado por comprometer el estatuto social a fuerza de querer consolidarlo. El mito cristiano pagó entonces el precio de las violencias cometidas en su nombre. El escepticismo de Montaigne engendró una legión de «espíritus fuertes» y de «libertinos» que, respetuosos bajo Luis XIV, desencadenaron en el siglo XVIII el movimiento de los «filósofos». Se llegó a concebir un Estado que, no sin ligarse a ningún culto, asegurara a todos la independencia, impidiéndoles combatirse unos a otros. La libertad de opinión y la libertad religiosa fueron inscritas en el número de los derechos imprescriptibles.

Juan Jacobo Rousseau construyó el mito del Estado laico, al dar como fundamento a la sociedad no ya un acto de la voluntad divina, sino un «contrato social» libremente pactado entre los ciudadanos.

Este mito, que transfería la soberanía del monarca al pueblo, pareció en un principio la garantía suprema contra toda opresión, puesto que la persona que ejercía el poder se confundía con la que lo soportaba.

Sobrevino la revolución. La burguesía que derribó la dignidad real por medio de la sublevación del pueblo, quiso legitimar su poder de hecho, apoyándolo sobre el mito rusoísta de la soberanía popular. La Constituyente primero, luego la Convención, lo inscribieron en la Carta Fundamental.

A partir de este momento, se convirtió en el fundamento de la *autoridad*. Lo que hasta entonces sólo había sido objeto de discusión entre filósofos, llega a ser de pronto un dogma intangible y sagrado. *La República una e indivisible* envió a la guillotina a los heréticos no juramentados, que se permitieron negar la nueva fe. Y el terror inscribió en sus banderas esta extraña divisa: «Libertad, Igualdad, Fraternidad *o la Muerte*». El mito laico había llegado a ser tan intolerante como el mito religioso. Por idéntica razón, ciertamente. Se trataba de salvar la *institución* social cuya base formaba el mito. Era una cuestión de *salvación pública*. Y con toda naturalidad se llegaba a suprimir la libertad en nombre del mito *libertad* (1).

Las democracias modernas no han escapado a esta necesidad.

En Francia, la República puso entre los derechos imprescindibles la libertad de opinar y la libertad religiosa. Sin embargo, prohibió toda mención de la palabra Dios en las escuelas del Estado. No por espíritu de secta, como se cree generalmente en el extranjero. Unicamente porque, en realidad, el clero católico, amo de la enseñanza religiosa, está aún en actitud de guerra con la República (no ha aceptado la ley de separación de la Iglesia del Estado) y temen que se sirva de la idea de Dios contra el mito republicano.

---

(1) Cuando la Convención, impulsada por las terribles necesidades de la guerra civil y de la guerra extranjera, estableció la dictadura del Comité de Salvación Pública, no dejó por ello de votar la Constitución más liberal que se conozca. De este modo, se encontraba en plena contradicción. Robespierre salió de esto, como los teólogos, proclamando el *misterio* de la "Autoridad en la Libertad". Hay que recordar que Juan Jacobo Rousseau era partidario de una religión de Estado; esta religión, desde el momento que la mayoría la aceptaba, debía ser obligatoria para todos los ciudadanos; toda disidencia sería considerada como ruptura del pacto social, y punible con el destierro.

En el extremo contrario de la oposición, la misma República ha hecho leyes de excepción contra las «intrigas anárquicas»; prohibió en particular la propaganda antimilitarista. Así, aun un régimen fundado sobre la libertad no puede admitir la libertad contra sí mismo.

Por lo demás, ésta no es una hipocresía propia del mundo «burgués», como la proclaman con frecuencia los oradores socialistas. La manía de excomunión, que domina en sus agrupaciones, muestra claramente su intolerancia. Al tomar el poder los bolcheviquistas rusos, suprimieron inmediatamente la libertad de prensa. Detalle significativo: la Tcheka deja a la Iglesia ortodoxa celebrar sus ceremonias y desarrollar sus procesiones en el corazón mismo del Kremlin; pero persigue, aprisiona, deporta y fusila con tétrica energía todos los disidentes socialistas-revolucionarios. Y es que ni los popes ni su enorme clientela de mujiks iletrados tienen influencia en la organización de los Soviets, cuyo gobierno soportan sin participar en él. Mientras que la menor disidencia en el personal bolchevique pondría en peligro la «dictadura del proletariado».

En suma, estén dirigidos por reyes, papas o emperadores, puritanos o patricios, burgueses o socialistas, todos los regímenes son intolerantes. Ninguno puede admitir la libertad contra sí mismo. Esta es la constante enseñanza de la historia.

EL MITO CONTRA LA EVOLUCION

Sin embargo, el mito oficial no logra extraer todo su valor de la fuerza pública, puesto que tiene, precisamente, por función conferir la autoridad. No puede crear la obediencia consentida sino cuando tiene la adhesión espontánea de las inteligencias.

Debe, pues, presentarse no como una ficción útil, sino como una *verdad*.

Tarea singularmente difícil, puesto que, por sus orígenes, no es más que una representación nacida de la fantasía popular.

Durante los siglos de ignorancia, en que la noción abstracta de lo «verdadero» casi no existía, no se necesitó hacer ningún esfuerzo de demostración. La intervención de la divinidad manifestada por los cataclismos, los oráculos, los milagros, bastaba para probar la realidad del mito. El poder de Apolo estaba claramente establecido por las predicciones de la pitonisa, y las curaciones inesperadas, por simple aplicación de reliquias, atestiguaban la verdad de los dogmas cristianos.

Pero a medida que el trabajo del pensamiento filosófico desprendió los caracteres abstractos de la verdad y del error, se obligó a que el mito presentase sus «pruebas».

Mientras se admitió que conocíamos la verdad gracias a la revelación divina contenida en los libros santos, bastaba demostrar que los datos del mito reinante estaban conformes con las indicaciones de las Escrituras. Resultó de esto un inmenso trabajo de exégesis en que los Padres de la Iglesia, Santo Tomás, Bossuet, etc., trataron de apoyar, uno después de otro, el poder de los emperadores, los papas o de los reyes en textos de la Biblia o de los Evangelios curiosamente interpretados.

Pero también se puede alcanzar la verdad por la **razón**...

¡Poco importa! En innumerables tratados de filosofía política, se demuestra alternativamente, *more geométrico*, que la Monarquía, el Imperio, el Despotismo o la Democracia están conformes con los postulados esenciales de la Razón.

Gracias a este poderoso trabajo intelectual, ca-

da mito ha sido considerado como *verdad*, en su ocasión.

Pero la verdad tiene otro carácter esencial: ser inmutable. Ha sido ésta una creencia común a todas las filosofías hasta nuestra época. Nació de la influencia de la geometría, cuyos teoremas abstractos, escapan por definición a todo cambio, y también a un estudio insuficiente de la astronomía; pues las revoluciones regulares de los planetas y la inmovilidad aparente de las estrellas fijas dieron la impresión de leyes naturales inmutables (1).

La ciencia y la filosofía modernas tienden a destruir esta noción. Lo inmutable ha desaparecido de la naturaleza desde Darwin; fué rechazado del cielo desde que se comprobó el desplazamiento de los sistemas solares, la vida y la muerte de las nebulosas y de las estrellas. Por fin, fué rechazado del pensamiento mismo, desde que, con Henri Poincaré, lo que se llamaba «verdades científicas» o «leyes inmutables» no son consideradas ya por los sabios sino como hipótesis, válidas mientras sean fecundas, caducas tan pronto una experiencia las contradiga — y en suma, siempre provisorias.

Pero el gran público no está familiarizado aún con esta idea nueva del relativismo universal. Cree siempre en las «verdades inmutables».

En consecuencia, a partir del momento en que el mito reinante aparece fundado en ciertos «principios inmortales», parece participar de su perennidad.

Y esto es muy grave.

Porque las sociedades humanas se modifican continuamente bajo la acción de los descubrimientos técnicos o de los acontecimientos políticos: las instituciones deben ser adaptadas perió-

(1) Ver Julio Sageret: "La revolución filosófica y la ciencia".

dicamente a las nuevas condiciones; y puede suceder, si ello no se hace a tiempo, que el sistema político llegue a ser completamente peligroso.

Cambiarlo sería cosa bastante sencilla si su existencia no se justificase sino por su *utilidad*. Pero desde el momento en que el mito tiene sus fundamentos en las «verdades inmutables», no se podrá ya modificar. Pretender substituirlo por una ideología nueva, es querer reemplazar la verdad por el error, es echar por tierra los principios sobre los cuales descansa no solamente la sociedad, sino la moral, la ciencia, etc... es el retorno a la barbarie.

La resistencia será tanto más grande cuanto los espíritus sean más cultos. Cada partido, cada época tiene sus *doctrinarios*. Su dominio sobre los espíritus es particularmente fuerte cuando sus razonamientos y sus sistemas coinciden con intereses precisos. Entonces, los accesos de egoísmo toman forma de abnegación por la cosa pública; el sentimiento recibe la investidura de la razón, y le da su impulso apasionado. Llegado a este punto, el individuo se ve poseído por una *convicción* que domina todo su ser; no tolera ningún argumento contrario; desde el fondo de su corazón, cree en la mala fe o en la ruindad de los que no piensan como él. No puede cederles nada. El hombre que posee la *verdad* se convierte fácilmente, según las circunstancias, en un verdugo o en un mártir. Y el dogmatismo intelectual produce estas explosiones de fanatismo, que a veces sublevan a las masas.

Ahora bien, cuando el mito tomó de la *verdad* su carácter inmutable, lo transmite a la institución de la cual es la base. Estando esta, en adelante, fundada en razones no puede ya cambiar. El mito da a la institución su fijeza dogmática; el Estado por su parte da al mito la fuerza del

"brazo secular", para repeler a sus contradictores. Y así se obtiene el máximun de resistencia para cualquier cambio.

Esto parece, por lo demás, excelente, mientras las instituciones administrativas están suficientemente adaptadas a las necesidades de las empresas. Pero en cuanto es necesario modificarlas, estalla el conflicto. De muy buena fé, los "conservadores" pretenden obligar a la realidad moviente a que permanezca en los marcos inmutables del mito. *La utilidad* entra en lucha contra la *verdad*.

Resulta de esto toda clase de medidas contradictorias, confusiones y violencias.

El dogmatismo mítico es el obstáculo más temible a la evolución necesaria de las sociedades.

CAPITULO III

GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS MITOS

Sin embargo, a pesar de ello, las sociedades humanas evolucionan. El mito termina siempre por ser vencido. Pero sólo después de una larga resistencia, acompañada siempre de perturbaciones sociales y políticas que se deben, en gran parte, a una verdadera crisis de la conciencia pública.

Si queremos comprender su ley, conviene averiguar cómo nacen los mitos, cómo se propagan, y cómo se mueren.

EL AJUSTE DEL MITO A LAS INSTITUCIONES

Si se consideran los cuatro elementos esenciales de toda sociedad: el sistema económico, el

marco administrativo, el régimen político y el mito, se observa que están en continua evolución, pero por causas diferentes y a velocidades variables. Y de aquí los ajustes y cambios, cuyas peripecias más o menos dramáticas forman la trama de la historia.

El papel de los políticos que retienen el poder consiste esencialmente en hacer estos ajustes. Pero no son nunca desinteresados. Obligados a apoyarse en una casta, una dinastía, un partido o en una clase social, no pueden mantenerse en el poder sino trabajando en beneficio de esa casta o de ese partido. Aún los monarcas más absolutos están obligados a ello, bajo pena de verse expuestos a las intrigas de los que lo rodean. Se ha podido decir de los primeros Césares o de los Zares rusos, que representaban un "poder absolutó, moderado por el asesinato".

A veces los gobiernos modifican las instituciones, económicas y sociales, judiciales, militares o fiscales, en beneficio de la casta dirigente hasta comprometer la seguridad y la estabilidad de las empresas particulares, que resisten. A veces, al contrario, es la empresa particular quien, habiendo evolucionado bajo la influencia de algún descubrimiento técnico, reclama una modificación en los marcos administrativos, que el gobierno le niega.

Sin cesar parten movimientos de arriba o de abajo; pero nunca llevan el mismo ritmo, y rara vez coinciden, y por poco tiempo. Para que el ajuste se hiciera sin choques, entre intereses tan complejos y tan numerosos, sería necesario que cada ciudadano tuviese un conocimiento preciso de las necesidades del conjunto, la clara comprensión de los medios de satisfacerlas y la voluntad de emplearlos. Sería necesario a la vez inteligencia, instrucción y energía. Ahora bien, es

las diversas cualidades, rara vez se encuentran reunidas. Si en las multitudes, los imbéciles son menos numerosos de lo que se cree ("el espíritu de Dios sopla donde se le antoja", dice la Biblia), no es menos cierto, que los hombres inteligentes forman la minoría; entre éstos, sin embargo, los más no tienen sino una instrucción muy limitada; y entre los que poseen a la vez inteligencia y cultura, muchos prefieren aprovecharlas para sus intereses privados, sin correr los riesgos de las luchas sociales.

Es, pues, en todos los tiempos, y bajo todos los regímenes, un puñado de hombres inteligentes, instruidos y enérgicos quienes guían los negocios. Pero la acción de esta "élite" será fácil o difícil, según que las masas la acojan con entusiasmo, pasividad o resistencia.

Y es aquí donde conviene examinar las posiciones sucesivas del mito en sus relaciones con la "élite" dirigente.

EL PASO DEL MITO ANTIGUO AL MITO NUEVO

En sus orígenes, mientras está aún en período de formación espontánea, el mito aparece a las hombres sérios como un conglomerado de supersticiones groseras (fué así como durante mucho tiempo los patricios romanos juzgaron el cristianismo), o como una utopía de soñadores algo locos (todo hombre de genio es considerado en un principio como insensato). Pero pronto sucede que *los sin situación*, los jóvenes, los proletarios, los "déclassés" reúnen allí sus aspiraciones rechazadas o sus intereses burlados. La superstición o la utopía, en un principio simple representación del espíritu, se convierte en una idea-fuerza, y crea un "movimiento *social*".

Este movimiento despierta pronto una viva desconfianza en las personas de situación — menos por la novedad de sus principios que por la calidad de sus adeptos. Los hombres de gobierno, apoyados por las *personas de posición*— que forman en todas partes necesariamente el partido de "conservación social" —, lo condenan y lo persiguen. Rara vez logran destruirlo, pero con frecuencia consiguen neutralizarlo.

Sólo que sucede a veces que las instituciones en vigor funcionan mal, y que, por ejemplo, en lugar de proteger eficazmente a los hombres de situación, disminuyen su número.

Fué esto lo que se produjo especialmente en el Imperio romano.

Por no haber organizado un sistema fiscal racional, se tomó la costumbre de tasar en conjunto las provincias, y se encargó a los propietarios de bienes raíces repartir y recaudar el tributo, haciéndolos responsables de la totalidad de los fondos. A partir del siglo II, las exigencias de los emperadores — obligados a comprar el Imperio a los soldados por el *donativum* —, llegaron a ser tales, que los pequeños propietarios tuvieron que vender sus tierras a sus colegas más ricos. Este sistema tuvo como efecto hacer desaparecer lentamente la clase media en todo el Imperio. Los pequeños propietarios desposeídos se encontraron privados de sus derechos políticos. Descontentos con justa razón, se incorporaron a la clase de los sin situación, y se afiliaron en gran número a las comunidades cristianas. Llevaron allí un elemento nuevo: la instrucción y el sentido de la administración, que faltaban a los esclavos y a los adeptos de los primeros tiempos.

Naturalmente formaron el estado mayor de las agrupaciones. En el siglo III, la Iglesia reclutó de entre ellos la mayoría de sus obispos, de

sus diáconos, de sus apologistas. Fueron ellos quienes fijaron la doctrina, la moral, y la jerarquía. De esos grupos de analfabetos hicieron una fuerza organizada, capaz de resistir al poder y de discutir con él. Poco a poco, con la ayuda del sistema fiscal, las adhesiones de esta clase instruida se multiplicaron. El Imperio, por una especie de *exosmosis*, fué perdiendo su personal de gobierno, hasta el día en que se vió arrinconado en esta alternativa: integrarse él mismo en el nuevo mito o perecer. Y este fué el Pacto de Nicea.

Un movimiento análogo se diseña a través de toda la historia moderna. A partir del siglo XIII el restablecimiento de las grandes rutas comerciales a través del continente y del Mediterráneo, las ferias de Lyon, Beaucaire, etc., trajeron el desarrollo de una burguesía que no encontró ya en la institución feudal sus marcos y su seguridad. Se unió primero al mito papal, que por la institución de los "tonsurados" le daba acceso a los tribunales de la Iglesia, y la seguridad del *derecho escrito*. Fué ella quien hizo del Papado, bajo Inocencio III, el gran tribunal de apelación del mundo cristiano. Pero a este tribunal le faltaba fuerza para imponer sus sanciones.

Los Capetos se dieron cuenta de ello y lo aprovecharon. El título de "burgués del rey" daba a su poseedor derecho de acceso ante los tribunales del monarca, cortes prebostales, parlamento, cuya jurisprudencia uniforme y sanciones más seguras, hicieron una competencia victoriosa a los *consejos eclesiásticos*. Desde entonces el rey apareció ante la burguesía como el mejor protector de sus bienes y de su actividad. Ella lo sostuvo constantemente, tanto contra los barones como contra la Iglesia. Fué ella quien aseguró su triunfo. Le pareció que nunca un poder tan benéfico llegaría a ser demasiado absoluto. Y lo que ado-

ró bajo el emblema del Rey-Sol, fué este "reinado de vil burguesía" que desagradaba tanto al duque de Saint-Simon.

Sin embargo, como sucede siempre, al suprimir el monarca todo control, abusó del poder. Los gastos de la Corte y de las guerras dinásticas llegaron a ser excesivos, mientras que la multiplicación de "tierras nobles" y de los bienes de la Iglesia (exentos de impuestos) echaba sobre los plebeyos cargas siempre crecientes.

La burguesía francesa se volvió entonces contra su ídolo, hasta el día en que, habiendo decapitado a Luis XVI, estableció su propio reinado bajo la defensa del mito democrático.

Pero sea que el movimiento parta de arriba o de abajo, el advenimiento de un mito nuevo no se hace nunca sin luchas. Fueron necesarios dos siglos de persecuciones inútiles antes que los *curiales* del Imperio comprendiesen la necesidad de reglamentar las comunidades cristianas. Y fueron necesarios dos siglos para que éstas a su vez consintiesen en transigir con las instituciones imperiales.

Fueron menester Cromwell, la decapitación de Carlos I y la caída de Jacobo II para que los partidarios de la monarquía absoluta y los representantes de la burguesía inglesa consintieran en aceptar la monarquía constitucional de Guillermo de Orange. Y fueron menester las sangrientas luchas del Terror y el despotismo de Napoleón para que los adversarios extenuados, aceptasen la carta de Luis XVIII que habría podido dictarse fácilmente desde 1792, si unos y otros hubieran escuchado a Mirabeau.

"En realidad, desde el momento en que dos mitos — y no ya únicamente dos intereses de clase —, están en presencia, un acuerdo se hace casi imposible; y la armonía no se logra sino con

la desaparición de uno de los dos, al menos como medio de gobierno.

TRIUNFO Y DIFUSION UNIVERSAL DEL MITO NUEVO

Pero desde el momento que se hace el ajuste del mito triunfante con las instituciones antiguas, inmediatamente el cuerpo social, hasta entonces dividido y debilitado, toma un vigor y una actividad inesperadas. Habiéndose realizado la conciencia colectiva, se establece una disciplina entre las células; obedecen sin resistencia a los impulsos de los centros nerviosos, y se obtienen resultados magníficos.

Considérese el feudalismo europeo en el siglo XI. Es una especie de polipero, donde los barones turbulentos, absortos en sus querellas vecinales o hereditarias, en guerra continua de castillo en castillo, viven cada uno para sí, negándose a seguir a su soberano a más de dos días de marcha de sus torreones. De pronto los monjes de Cluny levantan por encima de esta batahola el mito del Soberano Pontífice, vicario de Dios, y Urbano II predica la cruzada. Inmediatamente se ve a estos barones egoístas apartarse de sus dominios y de sus querellas, enajenar sus bienes y partir a combatir y morir en países desconocidos por la salvación de su alma y el rescate del Santo Sepulcro.

A pesar de los repetidos descalabros, las muertes y las ruinas inútiles, durante seis generaciones sucesivas, el Papado volverá a dar la misma orden, y ocho veces será obedecido.

Ahora bien, esto no es un fenómeno único ni específicamente religioso. No se puede imaginar un Estado más débil de lo que era la Francia en 1791, con su Tesoro vacío, sus nobles y sus bur-

gueses divididos, su rey desacreditado, su ejército de mercenarios batallando con el pueblo hasta en las gradas del Palacio. En todas las Cortes de Europa, los prudentes diplomáticos suponían que el poder francés había terminado, se ocupaban en repartir el Oriente sin él, y aún pretendían llegar hasta París para restablecer el orden (proclama del duque de Brunswick).

Pero he aquí que surge el mito de la Nación liberta de los privilegios feudales, libre y soberana. Inmediatamente un millón de campesinos se levanta para defenderla. Sin sueldo, sin zapatos, a menudo sin pan, derrotan a los ejércitos de los "tiranos". Se harán diezmar en todos los campos de batalla de Europa; sufrirán la violenta dictadura de Napoleón, la fiscalización y la conscripción, sin murmuración ni revueltas, mientras crean amenazadas las "conquistas de la Revolución".

Los sacrificios que se pueden lograr no son imaginables, desde que han adquirido la conciencia colectiva que les da el nuevo mito. Es el período heroico de la vida de los pueblos.

Cuando un feliz concurso de circunstancias ha realizado en algún punto del globo esta fusión del mito y de las instituciones, se desprende de esta unión una fuerza expansiva que sobrepasa con exceso el campo estrecho en que se ha consumado.

Un mito no es solamente una *fé*; es también una esperanza. Existen siempre en las masas aspiraciones rechazadas, intereses no satisfechos que suscitan obscuros deseos de cambio. Mientras que ninguna fórmula permite expresarlos, permanecen en estado latente. Pero tan pronto se levanta en el horizonte lejano la imagen de un mito triuhfante, en el acto los espíritus se apoderan de la fórmula nueva, los deseos y las as-

piraciones se polarizan hacia ella, como las limaduras de hierro bajo la acción del imán.

Por eso, durante todo el siglo XVIII, el triunfo del parlamentarismo inglés hizo soñar a los "filósofos" franceses con la igualdad civil, la tolerancia y el control político.

Hecho realidad por la Revolución, este régimen excitó a su vez los deseos de los pueblos de Europa Central. Durante cincuenta años, cada vez que un motín en París marcó un nuevo paso hacia la democracia, en 1830 y 1848, motines y revoluciones sacudieron todo el continente, desde los Países Bajos a la Hungría, de la Polonia a Italia o a España.

Y por fin, ¿no hemos visto recientemente los efectos de la revolución rusa en los espíritus? En 1917 la idea revolucionaria parecía adormecida: todos los partidos socialistas habían seguido dócilmente a sus diversas burguesías en la guerra del "Derecho"; el socialismo parecía definitivamente integrado en la Democracia. De pronto, se sabe que Lenin ha tomado el poder en Moscú. Inmediatamente el mito marxista de la lucha de clases agita de nuevo los espíritus. La realización inesperada en la lejana Rusia, de una "dictadura del proletariado" exalta en la Europa entera el misticismo revolucionario que la guerra parecía haber ahogado.

Sin duda todos esos obreros, esos intelectuales, esas personas con aspiraciones generosas y confusas, todos los "sin posición" que se declararon de pronto "bolcheviques" ignoraban completamente las circunstancias de la revolución rusa, y sobre todo sus realidades. No era el método de Lenin o sus resultados lo que los atraía: era el mito latente en sus almas, que se despertaba bruscamente bajo la acción de un éxito aparente.

Y esto nos permite plantear esta ley:

Todo mito, a partir del momento en que se integra, por muy pequeño que sea en la realidad, adquiere una fuerza de expansión casi ilimitada. Su acción no se reduce nunca al lugar de su triunfo; se propaga en los espíritus a través de las fronteras y de los obstáculos materiales, igual que la onda hertziana a través de los cuerpos sólidos.

De aquí que veamos a todos los pueblos inclinarse en las mismas épocas hacia idénticas fórmulas. A pesar de las grandes diferencias de raza, de lengua, de costumbres, la Europa entera adopta la solución cristiana desde el siglo I al VI; luego, en el siglo X, la fórmula feudal; la doctrina teocrática domina en el siglo XII; las monarquías absolutas se constituyen en todas partes en el siglo XVI, y el XIX vió el triunfo universal de la democracia.

Hasta los movimientos nacionales que oponen los pueblos unos a otros, obedecen a un ritmo internacional. Cuando los alemanes y los italianos quieren escapar a la hegemonía de Francia o del Austria, toman prestada de la misma Francia su idea de las nacionalidades, a Inglaterra su concepción del régimen parlamentario.

Y es así cómo aparece el doble aspecto, a la vez realista e idealista, del mito, cualquiera que sea. Mientras no entra en contacto con las instituciones de ningún pueblo, no es más que un ideal vago, una superstición popular, un postulado utópico, sin efecto social práctico. Desde el día en que en cualquier punto se integra a las instituciones, les da una fuerza nueva, crea una realidad. Pero esta realidad no es para él sino un punto de apoyo, como la antena desde la cual parten las ondas que se propagan hasta el infinito.

LOS GRANDES SIGLOS

Ahora bien, sucede que después del período de lucha por la integración, y del período febril de irradiación y expansión, las cosas poco a poco se asientan: se establece un estado de equilibrio entre las empresas particulares, las instituciones y las ideas ajustándose unas a otras según un ritmo casi perfecto. Entonces es cuando se realiza a la vez la prosperidad de los particulares, el poder del Estado y el más brillante desarrollo artístico.

Durante veinte años, Pericles ejerce en Atenas la "dictadura de la persuación". La democracia ateniense, gobernada por hombres de "élite" cuyo poder se basa en la confianza que inspiran, adicta a sus dioses, dócil a sus magistrados, da el más bello ejemplo de disciplina social; alcanza el máximum de potencia exterior y de riqueza, y ve florecer el arte colectivo más hermoso que ha visto el mundo.

Bajo los Antonios, el Imperio realiza un milagro semejante cuando da al mundo mediterráneo la "paz romana"; multiplica por todas partes los caminos, los acueductos, los baños y los teatros, devuelve a las provincias en servicios públicos los tributos que de ellas extrae, y hace que los pueblos adoren a los emperadores filósofos como dioses benéficos.

Igual cosa sucede en tiempos de Inocencio III, cuando el mundo cristiano, pasando por encima de la brutalidad feudal, ve levantarse sobre el trono de San Pedro el árbitro supremo tanto de las querellas entre los particulares como entre los príncipes, el dispensador del perdón y el defensor contra el Infiel.

El mismo caso durante el apogeo de Luis XIV, cuando la monarquía absoluta impone una feliz disciplina a la nobleza turbulenta y favorece de tal modo el desarrollo de las empresas burguesas que, durante el siglo siguiente, todos los gobiernos de Europa se esfuerzan por copiar a Versalles.

Y, por fin, en el siglo XIX lo que los ingleses llaman con todo derecho *"la era victoriana"*: cuando el Imperio británico logró un equilibrio tan perfecto entre la aristocracia terrateniente de los lores y la burguesía de los negocios, entre los patrones y las sociedades obreras, entre la Inglaterra industrial y los Dominios agrícolas, que Londres dió modelo y forma a las aspiraciones de todos los pueblos.

Todos estos hermosos períodos tienen como carácter común la armonía entre la organización económica, la institución administrativa, el régimen politicó y el mito reinante. Es el ajuste casi perfecto de estos cuatro elementos el que lleva al grupo social al máximum de poder, de bienestar y de civilización.

Es la condición necesaria y suficiente de los "grandes reinados" y de los "grandes siglos". Marca los puntos culminantes de la historia humana.

DECADENCIA

Desgraciadamente, este equilibrio — precisamente porque no es sino un equilibrio entre fuerzas siempre en movimiento — es inestable y precario. Después de un período de lucha, y luego de uno de expansión, no hay mito que no conozca un período de decadencia.

¿Cómo se produce?

Aquí hay que considerar la calidad de los

hombres que dirigen los Estados; varía particularmente según las épocas.

Mientras el mito en sus comienzos combate a la vez contra las instituciones y las ideas reinantes, los hombres que lo propagan asumen una tarea singularmente difícil y peligrosa. Por lo general están expuestos a la incomprensión y al desprecio de las muchedumbres, a la desconfianza de las personas de situación, a las persecuciones del poder. Los hombres de sangre fría, prudentes y avisados — y con mayor razón los *"arrivistas"* — evitan empeñarse en estas disputas donde sólo se reciben golpes sin provecho visible. Para correr tales riesgos, se necesitan almas sencillas o corazones escogidos, sostenidos por una *fe ardiente*, y capaces de hacer por su ideal todos los sacrificios.

Es la era de los *místicos* y de los *mártires* — pobres infamados por sus contemporáneos, tachados de locos, de comunistas, de visionarios, a quienes más tarde se levantarán estatuas, y a quienes los hijos de sus verdugos llamarán héroes, santos, precursores, etc....

Luego, triunfa el mito: se trata entonces de ajustarlo a las antiguas instituciones, modificando a la vez los dos factores. Aquí la tarea cambia, exige otras cualidades; pero no por eso es menos difícil. Porque aquellos que adhieren al nuevo mito tienen la intención de conservar todas las ventajas de su antigua preponderancia; mientras que los vencedores piensan realizar plenamente su ideal. Todo sacrificio exigido a los primeros les parece una injusticia; toda concesión solicitada a los segundos, una traición. Para esta tarea necesaria de ajuste y de arreglo, los místicos no sirven. Se necesitan hombres de sangre fría, inteligentes y conocedores de las realidades, capaces de hacer la separación entre lo que

se puede conservar y lo que hay que destruir, bastante enérgicos para imponer sus propósitos, bastantes ágiles para no coaligar contra ellos las tendencias contrarias. Es la era de los *políticos*: espíritus amplios, caracteres firmes, realistas y, sin embargo, adictos a un gran designio: son los verdaderos hombres de Estado, los constructores de Imperios. Se llaman Pericles, Augusto, San Ambrosio, Inocencio III, Guillermo de Orange, Richelieu, Washington, Talleyrand, Disraeli, Bismarck.

Pero cuando el ajuste ha terminado, cuando el régimen está definitivamente establecido, cuando todo el mundo se ha unido a él y cuando no existe ya o casi no existe oposición, entonces para ejercer el poder no hay necesidad de cualidades excepcionales. La máquina marcha, por decirlo así, sola. Los riesgos que corre el piloto son débiles, la tarea fácil y las ventajas considerables. Entonces llega la multitud de mediocres, ambiciosos vulgares y ávidos, que buscan las responsabilidades del poder, no para asegurar el triunfo de una gran causa o la realización de un gran designio, sino por las ventajas de vanidad o de dinero.

Para alcanzar el poder y mantenerse en él, a falta de superioridad personal, no tienen sino un medio: asociarse a otras vanidades y a otras ambiciones. Forman así coaliciones de intereses, pandillas, verdaderas bandas agrupadas alrededor de un jefe para la repartición de los honores y de los beneficios.

Desde ese momento aparecen los abusos y se multiplican con tanta mayor facilidad cuanto que el mito que los cubre, es más respetado.

Es la era de los politiqueros y de la corrupción, que todos los regímenes prósperos han conocido. Es el demagogo Cleón, que adula al pueblo

ateniense para repartir con una pandilla los beneficios de las funciones públicas. Son los patricios romanos, que se hacen dar preconsulados para saquear las provincias; son los generales del Imperio, que lanzan a sus soldados sobre Roma con el sebo del *donativum*. Son los barones que distribuyen los obispados a sus bastardos para apropiarse de las rentas episcopales. Son los papas del siglo XV que reparten entre sus sobrinos las rentas de San Pedro. Son los favoritos, los ministros y las queridas de los reyes, que organizan, de acuerdo con los arrendadores de rentas y contribuciones, el pillaje de las finanzas.

Son, en fin, en nuestras democracias, los jefes de grupo a sueldo de hombres de negocios, que practican la política de clientela.

Ningún régimen establecido sólidamente escapa a esta ley de corrupción —, corolario de su mismo éxito.

Todo esto sucede al abrigo del mito reinante, so capa del Rey, del Emperador o del Pueblo soberano. Y en un comienzo nadie se inquieta por eso. Si se ve a los ministros, a los favoritos acumular fortunas enormes, parece esto una compensación a las cargas del poder, y la recompensa de los servicios prestados al régimen. Si algunos críticos se atreven a levantar la voz, se les hace callar, dándoles una parte del botín, y así los abusos crecen con el número de los beneficiados.

Sucede también que los poderosos confunden de buena fe sus intereses particulares con aquellos que administran. Luis XIV, a fuerza de oírse decir que había recibido de Dios pleno poder para disponer de los bienes y de las personas de sus súbditos, terminó por creerlo: cuando comprometió los últimos recursos de la monarquía en la loca guerra de la Sucesión de España, fué con

la convicción plena que el interés de Francia no se diferenciaba de la gloria de su dinastía. Pensaba con Bossuet que no debía rendir cuentas sino a Dios. Aún exclamaba en el más fuerte de sus reveses: "Debería Dios acordarse de lo que he hecho por él". De este modo el mito mismo da una especie de legitimidad a los abusos que encubre.

Sin embargo, llega un día en que la diferencia entre la idea que las muchedumbres se han formado del mito benéfico y el uso que se hace de él, ha llegado a ser tan grande, que el divorcio aparece ante los ojos menos precavidos. Entonces la crítica aparece a la luz pública.

Primero, bajo la forma prudente de la burla.

Aristófanes, en las *"Avispas"*, se atreve a presentar al pueblo ateniense la caricatura de sus jefes.

Después de haber idealizado el feudalismo, los juglares hacen la parodia de sus propias *canciones de gesta*, en el Roman du Renard, y los romances vengan al villano de los abusos del poder de la Iglesia y de los señores. Rabelais en su *"Pantagruel"*, arriesga una sátira chancera sobre el Papado, sobre las Universidades y aun sobre la Corte. Y Beaumarchais pasea irreverentemente la navaja de Fígaro sobre la cabeza de los privilegiados.

Burlas llenas de verba con las cuales todos se divierten en un principio, aun aquéllos que ridiculizan. Sin duda Cleón era el primero en reír con las bufonadas de Aristófanes; Francisco I recompensó con un curato la inspiración de Rabelais, y el conde de Artois ofrecía a sus invitados la primicia de la obra de Beaumarchais.

Pero cuando el pueblo empieza a burlarse de sus dioses, el mito se ve amenazado.

DE LA REFORMA A LA HEREJIA

Y los "reformadores" aparecen casi inmediatamente. Lo que se proponen en un principio, no es derribar el régimen, simplemente quieren corregir los abusos. Lejos de acusar al mito mismo, pretenden, al contrario, defenderlo.

Esta actitud, conservadora en el cambio, se presta mucho para provocar la unión de todos los descontentos: tanto de los que no tienen una situación o la han perdido, como de los que, teniendo la temen por sus bienes o por su seguridad. Se convoca al mito a reformarse a sí mismo.

Sólo que esta posición presenta un grave inconveniente. Los dos partidos, el de la reforma y el *statu quo*, hablan en nombre del mismo mito. Ahora bien, los dueños del poder, que se benefician con los abusos, tienen la ventaja de la posesión. Los reformadores se ven obligados a defender la autoridad del mito contra los que llevan la investidura. Posición falsa: ¿qué puede valer la palabra de un monje que critica al Papa? ¿la de un Parlamento de Francia, que resiste al rey, cuyo cargo tiene? El poder legal tiene libre juego para lanzar sobre los reformadores, sobre su indisciplina o su impiedad, la responsabilidad de los males que sufre el público.

Lógicamente, la oposición llega a negar al grupo dominante, el derecho de obrar en nombre del mito. Se levanta entonces contra el Papa, un antipapa; contra el Emperador güelfo, el Emperador gibelino; el delfín contra el rey; el segundón contra el primogénito, etc. Es el cisma. En un principio no se pone en juego la existencia del mito mismo; al contrario, puesto que los dos partidos se declaran igualmente hijos de su autoridad. Por eso las masas no se sienten inquietas, y

la lucha se limita generalmente a las clases dirigentes.

Pero sucede que la lucha queda indecisa, precisamente porque la masa no puede distinguir claramente donde está la legitimidad. La oposición es llevada a modificar el mito mismo. Declara que si hay abusos perjudiciales al interés público, no sólo es culpa de los hombres que están en el poder, sino que el mito mismo está corrompido. Es necesario darle su pureza primitiva. Entonces para suprimir por ejemplo los bienes del clero, cuyo desenvolvimiento ha llegado a ser excesivo, se niegan los sacramentos, (como los Albigenses), o se niega la presencia real en la Eucaristía, (como Lutero), etc. En otro momento se opone la República "una e indivisible" de la Montaña al "Federalismo" girondino, etc. Es la herejía. Tiene esto de cómodo, que a partir de ese momento, los dos partidos tienen ideologías distintas: cualquiera que acepte una no puede ya reconocer las autoridades que hablan en nombre del régimen contrario. Ya no hay confusión posible. La escisión (airesis) se ha consumado.

Pero al mismo tiempo la unidad moral que hacía la conciencia colectiva del grupo social se ha roto.

Para restablecerla, el partido que está en el poder, condena y castiga a cualquiera que se aparte de la ortodoxia; la Inquisición escudriña las conciencias para buscar allí las tesis heréticas, y levanta sus hogueras; el Comité de Salvación Pública exige el certificado de civismo y levanta la guillotina.

La oposición responde a la violencia por la revuelta. Esta se hace legítima desde el momento en que el insurrecto se propone la restauración del mito, corrompido por el adversario.

LA CONCIENCIA COLECTIVA SE HA ROTO

Entonces una clase nueva entra en escena. Mientras se está aún en el período del cisma, y mientras la unidad teórica del mito permanece intacta, las muchedumbres rara vez toman parte en la lucha. El conflicto se circunscribe a los círculos profesionales (clérigos, políticos, etc.). Pero a partir del momento en que la escisión ideológica se ha consumado, las masas entran en juego. No olvidemos que el más ignorante de los fieles, el más humilde de los ciudadanos ha sido educado en la idea de que el mito (religioso o político) es la garantía suprema de su seguridad o de su salvación. La noticia de que el mito está amenazado los conmueve hasta lo más profundo de su ser.

En 1879, ante la noticia que el pueblo de París había echado por tierra el poder del Rey, un verdadero pánico se apoderó de las provincias francesas. En todas partes corrieron a las armas, se organizaron batallones de defensa. En ninguna parte se veían los enemigos; pero a todos les parecía que siendo atacada la autoridad del mito, la sociedad entera iba a desplomarse en la anarquía. Fué el período del "gran miedo" tan bien descrito por Taine (1).

A partir de este momento ya no hay indiferentes: desde el más rico al más pobre, desde el más sabio al más ignorante, cada uno está convencido que sus intereses vitales (materiales o

(1) El mismo fenómeno se produjo, con las mismas proporciones, en 1848, ante la noticia de la entrada de los obreros a la Comuna. Y nosotros hemos tenido un eco reducido recientemente cuando, en las elecciones de 1919, un partido aprovechó la inquietud provocada por el éxito de la Revolución rusa, para levantar el espectro del "hombre con el cuchillo entre los dientes".

morales) están en juego: todos toman partido con una violencia extrema.

Los jóvenes, los hombres sin posición se enrolan de preferencia en el partido de la reforma. Entre los hombres de situación, los que sufren particularmente de cierto abusos los siguen.

Pero muchos otros se niegan. Consideran que perturbar los fundamentos del orden social para corregir algunos excesos es una política peligrosa; que más vale soportar algunos daños que lanzarse "en lo desconocido"; toman resueltamente la defensa del orden tradicional; y no les faltan medios como reclutar partidarios, aún entre los jóvenes, los "declassés" y los pobres.

De este modo unos se encuentran en la posición de defender los abusos en nombre del orden; y otros parecen suscitar un desorden peor que los abusos que quieren corregir.

En los dos campos, las clases sociales se han mezclado: las familias se dividen, los amigos riñen; todo acuerdo, aun toda discusión, se hace imposible. Las peores violencias se justifican por el carácter sagrado de los principios que se invocan de una y otra parte.

Finalmente, la acumulación de los crímenes y de las represiones sobrepasa con exceso los daños que ha provocado la crisis.

Aquí la intervención del mito, lejos de remediar los males primitivos, sólo consigue acrecentarlos, agravando la confusión y generalizando los odios.

Es el espectáculo que durante un siglo nos ofrecieron las "guerras de religión", y, durante diez años, las guerras civiles de la Revolución francesa (1).

---

(1) La última crisis de este género, que han conocido nuestros contemporáneos, fué el Proceso Dreyfus. A propósito de la condena de un capitán acusado de espionaje se

EL FIN DEL MITO: ESCEPTICISMO Y TOLERANCIA

Sin embargo, los excesos mismos de la lucha traen una reacción. La humanidad no puede soportar indefinidamente un estado tan violento. La fatiga, a la larga, se apodera de los adversarios, y las ruinas calman las intransigencias. Una nueva generación parece preguntarse si conservadores y reformadores no son idénticamente peligrosos, y si los principios en nombre de los cuales se lucha no son más perjudiciales que útiles. Entonces el mito está en discusión. Se averiguan sus fundamentos racionales. Y naturalmente no los encuentran. Un Montaigne, un Bacon, se divierten, mostrando las contradicciones del espíritu humano. Erigen el catálogo de los fantasmas (idola) a los cuales dan una engañosa realidad.

En consecuencia, ¿cómo pueden batirse por principios cuya base es tan incierta? Descartes, rechazando el método de autoridad, abre la vía al racionalismo que poco a poco arruinará en mu-

---

había p'anteado en un principio la cuestión muy sencilla del respeto de las formas legales. Pero siendo judío este capitán se puso en juego el mito religioso; luego fué el principio de la supremacía del poder civil sobre el poder militar: siguió una lucha entre el mito democrático y el mito patriótico. Entonces todos tomaron partido y cada uno declaró a Dreyfus cu'pab'e o inocente, según que colocara uno de estos mitos por sobre el otro, los confundiera o los opusiera. Fueron necesarios seis años de lucha, en que la República casi zozobró, para imponer un juicio de casación que una hora de defensa hubiera podido obtener — y que por lo demás no satisfizo a nadie. La nueva generación no comprende cómo un asunto tan sencillo haya podido suscitar tanta pasión. Por la misma causa, no comprendemos la violencia con que los hombres del siglo XVII, disputaron sobre la "gracia santificante" y sobre el "poder próximo". Los mitos han cambiado.

chos espíritus las bases mismas del mito cristiano. El escepticismo se propaga. Luego se atreven a decir muy alto, y aún a escribir en estilo claro, lo que los metafísicos escribían primero en lenguaje hermético, sólo para los iniciados. Los filósofos del siglo XVIII lanzan una palabra mágica: tolerancia. El público, cansado de querellas, la acepta y la impone al poder.

¡Momento decisivo! En cuanto el pueblo se acostumbra a no unir más la idea del mito a las instituciones que aseguran su seguridad, el papel político del mito termina. Sin duda, no muere a causa de esto. Continúa dando su forma a las aspiraciones de millones de almas cuyo espíritu y corazón satisfacía por la transposición ampliada de sus esperanzas y de sus necesidades. Pero se convierte en un asunto privado.

Otro mito toma poco a poco su lugar como sostén ideológico de las instituciones, instrumento de conciencia colectiva y palanca de comando de los espíritus. Y será él quién recorra a su vez las tres etapas: de lucha mística, de ajuste y de prosperidad, de abuso y de decadencia.

LOS INCONVENIENTES DE LO ABSOLUTO

De esta historia demasiado larga — o demasiado corta — se desprende una ley: todo mito es alternativamente benéfico o peligroso. Es benéfico en cuanto da a las instituciones un fundamento ideológico que las hace comprensibles para todos, crea la obediencia consentida y decuplica también la potencia del grupo social.

Es peligroso cuando, al corromperse las instituciones por culpa de los hombres, continúa prestándoles su autoridad, permite a los que benefician de los abusos cubrirse con él, obliga a los reformadores a negarlo, y transforma así las

más justas reformas en guerras imperdonables.

En suma, su principal defecto es su rigidez. A partir del momento en que se ha adaptado a las instituciones, toma el valor de una verdad, no tolera ya la discusión ni el cambio. Es un *absoluto*. De ahí que inmoviliza las concepciones, en un mundo donde todo evoluciona. Al cabo de ciertas generaciones, no hay ya acuerdo entre la realidad y la imagen que los hombres se hacen de ella. Pero las ideas rehusan ajustarse a los hechos; pretenden, al contrario, obligarlos a entrar en los marcos tradicionales establecidos por el pasado. El mito agrega a las dificultades que provienen de los acontecimientos la confusión que reina en los espíritus; y las soluciones más sencillas se hacen imposibles.

¿Se quiere un ejemplo?

En 1791, los abusos de la monarquía condujeron el Tesoro real a la quiebra. La Asamblea Constituyente comprobó que el único medio de restablecer el crédito del Estado era la venta de los Bienes del Clero. Estos habían sido dados a la Iglesia para obras de beneficencia (ella misma llamaba las rentas episcopales *el bien de los pobres*). Pero su fin había sido desviado casi totalmente, puesto que sus rentas no servían sino para mantener el lujo de los prelados, abates y otros dignatarios, de los cuales muchos no eran ni siquiera miembros del clero (1).

La Constituyente, al mismo tiempo que empleaba el producto de la venta en amortizar la deuda, tomaba a cargo del Estado los servicios del Culto y de la Beneficencia. Restablecía así el fin primitivo de los bienes de la Iglesia, a la vez

---

(1) Los "abates comendatarios", eran, como se sabe, laicos, a quienes el rey daba el usufructo de las rentas de una abadía, mientras que monjes y sacerdotes reducidos a la "porción *congrua*", hacían el servicio del culto.

que resolvía el problema financiero planteado por la bancarrota del rey. Solución sencilla, práctica y justa, que fué aprobada por la gran mayoría del clero.

Pero los altos dignatarios protestaron, naturalmente, y, poderosos en su autoridad de obispos o de abates, prohibieron a sus sacerdotes, a sus monjes y a los fieles que aceptaran esa ley impía.

Para romper su resistencia, sabiendo la Constituyente que el bajo clero estaba con ella, decidió que en adelante los curas serían elegidos, como todos los otros magistrados comunales, por la asamblea de los fieles, en vez de ser nombrados por el obispo, conforme a las reglas de la Iglesia primitiva.

Desgraciadamente, esta tradición se había perdido desde hacía más de diez siglos; nadie la recordaba, salvo algunos jurisconsultos eruditos.

Y los "no juramentados" estuvieron en condiciones favorables para declarar que la Asamblea atacaba a la jerarquía sagrada, a los santos "cánones", a los sacramentos y al dogma.

El papa declaró excomulgado a cualquiera que aceptara la *Constitución civil* del clero, y—en la misma ocasión —, a cualquiera que se constituyera adquirente de los bienes del clero.

Entonces entró en escena el mito sagrado. Imagínese el estado de espíritu de un buen burgués de aquella época: por una parte se ve tentado a comprar tal o cual terreno o propiedad que pertenece a un convento. Al hacerlo, ayudaría al Estado a salvarse de la bancarrota, y haría a su vez un buen negocio. Pero si cree en el infierno, o si su mujer, sus hijos, sus amigos creen, se considera expuesto a las llamas eternas, o por lo menos a reñir con su familia y sus relaciones.

La mayoría se abstiene. Resultado: la venta

de los bienes de la Iglesia no alcanzó a procurar la suma que se había esperado. El Estado no se salvó de la bancarrota; y además, fué víctima de la guerra civil y de la guerra religiosa.

Todo esto, porque se había dañado, no las tradiciones ni los dogmas sagrados de la Iglesia, sino a la representación mítica que los fieles tenían de ellos en esa época.

LO ABSOLUTO CONTRA LA CIENCIA

Este efecto paralizante se ejerce tanto en el dominio del pensamiento como en el de la acción.

Un mito es siempre una proyección agrandada de nociones familiares: sólo bajo esta condición puede ser comprendido por las muchedumbres ignorantes; se le tacha siempre de antropocentrismo y por consiguiente de anticientífico. Por eso viene siempre a entrabar la libre búsqueda científica y filosófica.

En el siglo V, antes de Jesucristo, Anaxágoras dedujo de la observación de los planetas que la luna era una piedra lisa de las dimensiones del Peloponeso; con esto abría camino a la astronomía moderna; pero fué condenado al destierro, porque esta concepción dañaba la autoridad de los sacerdotes de Diana.

Por la misma razón, la Iglesia en el siglo XVI se negó a admitir que la tierra daba vueltas alrededor del sol, puesto que Josué había dicho: "Sol, detente sobre la colina de Gabaón". El cardenal, que había alentado las investigaciones de Galileo, estaba tan convencido como él del valor de su descubrimiento; pero lo hizo encarcelar por haberlo publicado, pues tendía a debilitar la autoridad de los Libros Santos, y por consiguiente la del clero que hablaba en su nombre.

Por otra parte esta estrechez de pensamiento no es patrimonio de los cuerpos religiosos: aún la hemos visto introducirse en los organismos científicos.

Hacia la mitad del siglo pasado, la mayoría de los sabios y particularmente la Academia de Medicina sostenían como anticientífica la idea de la creación del mundo por un *fiat* de Dios. Y como les era necesario explicar sin intervención divina la aparición de *la vida*, habían construido la teoría de *la generación espontánea*. Reposaba ella sobre el hecho de que en un caldo de cultivos expuesto al aire libre, aparecen al cabo de ciertos días seres vivos infinitamente pequeños; la vida se formaba, pues, por sí misma, por la simple reacción química en medio apropiado. Pues bien, sucedió que habiendo observado Pasteur la presencia en el aire de millones de gérmenes microscópicos, tuvo la idea de que esta hipótesis descansaba en una experiencia mal hecha. Confesó esto a su viejo maestro, el académico Clavière, quien quiso inmediatamente apartarlo de sus investigaciones: —Va usted — le dijo al joven sabio — a tropezar con todos los materialistas, y son numerosos, sobre todo en la Academia de Medicina, que han hecho de la generación espontánea un dogma opuesto al de la Iglesia. El espíritu de partido jugará en pro o en contra suya, y usted sólo conseguirá molestias: más vale que usted se dedique a otros problemas.

Sin embargo, Pasteur persistió; publicó los experimentos famosos que demuestran que la vida no nace nunca en un caldo de cultivo privado rigurosamente de todo contacto con los gérmenes contenidos en la atmósfera. Inmediatamente los partidarios del dogma cristiano se regocijaron como si éste experimento demostrase la existencia de Dios; los demás contestaron con violencia;

Pasteur fué colmado de agravios, aún en plena Academia, y la autoridad del joven sabio estuvo a punto de sucumbir en esta disputa (1).

Prodigiosa contradicción: se vió a sabios famosos levantarse, en nombre de la ciencia, contra los datos de un experimento científicamente inatacable. Pero eran movidos por la pasión política unida al espíritu de corporación, y ello bastó para hacerlos olvidar la única cosa que en la ciencia es verdadero: su método. ¡Tan grande es el poder de obstrucción de un dogma, aún sea laico!

A la larga, por fuerza de su éxito y la autoridad de sus beneficios, el mito llega a ocupar poco a poco todas las avenidas del pensamiento y de la acción. En este período alcanza el máximo de eficacia; pues desde el momento en que todos tienen la misma creencia, la obediencia a las mismas voces de mando, se hace con una precisión casi automática. Sólo que, en razón de este mismo automatismo, el dogma se convierte en fórmula, en cliché; ya no puede modificarse sin perder su eficacia como palanca de comando de los espíritus. Se inmoviliza, se congela, y congela al pensamiento mismo.

Sin embargo, alrededor de él las circunstancias cambian; el mundo económico evoluciona, las condiciones de vida se transforman, surgen nuevos problemas. Se abre una grieta entre las ideas y los hechos que va creciendo con las generaciones; en ella se albergan abusos, más y más monstruosos; el mito los cubre; aparta y ahoga todo lo que podría llevar luz a ese rincón de sombras. Maldición al que se atreva a aventurarse allí; el abuso se hace sagrado; el remedio, sacrilegio. La mentira es divina; la verdad, blasfemia. Y este mismo mito que en otra época fué

(1) Ver Valery Radot: "Vida de Pasteur".

un factor de progreso y de poder, se convierte en un factor de regresión y de decadencia.

¿De dónde proviene el mal? De la creencia que el mito es un *absoluto* que tiene un valor en sí, y que siendo la fuente de toda autoridad, no puede admitir una autoridad diferente ni superior.

CONSERVAR ES EVOLUCIONAR

Ahora bien, 25 siglos de historia muestran que en esta materia, como en todas, nada hay de definitivo ni de inmutable. En las 75 generaciones cuyo recuerdo ha conservado la historia occidental, nuestra civilización ha cambiado por lo menos siete veces el tipo de sus instituciones, y los sistemas que les sirvieron de fundamento sagrado: (La Ciudad antigua, el Imperio, el Cristianismo, el Feudalismo, el Papado, la Monarquía absoluta, la Democracia). Siete veces en 25 siglos, la humanidad ha quemado sus antiguos dioses para adoptar nuevos; y el ritmo va acelerándose.

Sin duda, es suficiente para que consintamos en integrar nuestras instituciones y nuestros actuales mitos dentro del relativismo universal.

La creencia en su absoluto es lo que hace al mito rígido y nocivo. Un gran progreso se realizaría si la élite, al menos, se acostumbrara a mirarlo como un valor relativo y por lo tanto, modificable.

Pero, ¿qué indicios nos permiten reconocer que necesita modificaciones? ¿Qué criterio indicará que ha pasado del período benéfico a la acción perjudicial?

Uno solo, fácil de observar: sus defectos estimulantes o debilitantes sobre las empresas privadas. Y es aquí donde interviene la noción que

hemos definido bajo el nombre de "constante social".

El organismo social es un agregado de emprésas económicas: granjas, fábricas, tiendas, oficios manuales e intelectuales, que aseguran la vida de los individuos y de las familias, y donde se integra su actividad. Son las "células" del cuerpo social. Mantienen en común, bajo el nombre de Estado, ciertos órganos destinados a afianzar su seguridad y la estabilidad de sus relaciones interiores. El Estado vive de ellas, y para ellas. Son a la vez su sostén y su fin. No pueden dejar ellas que se debilite sin poner en peligro su propia existencia. Pero si el Estado se desarrolla a sus expensas, y si las debilita al absorber una parte excesiva de su substancia, se ven a su vez amenazadas de muerte.

Ahora bien, el Estado vive una vida suya, y por la virtud del mito extrae automáticamente de la substancia de las células que lo nutren, una parte que tiende a acrecentarse sin cesar. Si algún organismo parasitario se desliza en la institución, puede ejercer, al abrigo del mito, los peores estragos. Interesa, pues, revisar con frecuencia las instituciones y aun dar periódicamente al mito los retoques y ajustes indispensables.

Pues bien, esto es lo que generalmente los hombres de posición no quieren hacer. La más ligera crítica al mito reinante les parece un acto revolucionario.

Sientan como principio que, sólo los que no poseen nada, y no tienen ninguna responsabilidad social, tienen interés en negar o criticar los principios mismos sobre los cuales descansa la sociedad. Y ciertamente los descontentos no faltan. Hasta lo hacen con violencia. Entonces por un reflejo muy natural, los hombres de posición

resisten y proclaman intangible lo que los demás quieren derribar.

Reacción ciega y peligrosa ya que, al no permitir que se corrijan los verdaderos abusos, termina por acumularlos, y provocar la misma catástrofe que quería evitarse.

Para la mayoría de los "conservadores", conservar quiere decir inmovilizar. ¡Como si fuera posible fijar el curso del tiempo y detener la evolución universal de la vida! Este error es el origen de todas las revoluciones.

EL EJEMPLO DE LA IGLESIA ROMANA Y DE INGLATERRA

Los hombres de élite, en diversas épocas, se han dado cuenta de esto. Se han atrevido a veces a modificar los principios, fundamentos del estatuto social. La Iglesia romana — que es necesario citar siempre, pues presenta la más vasta experiencia de gobierno de los hombres — resolvió varias veces este difícil problema. Fué la principal razón de ser de las grandes Ordenes religiosas. *Cluny*, por un vigoroso esfuerzo de instrucción y de disciplina, arrancó el clero secular de la dominación ávida y brutal de los feudales. Cuando enriquecido por su éxito, se corrompió por sus mismas riquezas, *Citeaux* prosiguió su tarea. Dos siglos después, los monjes de Santo Domingo, al mismo tiempo que defendían la unidad del dogma no dejaron de adaptarlo a las nuevas necesidades del espíritu y de la sociedad, y las violencias de la Inquisición no deben hacer olvidar el hermoso esfuerzo de síntesis de Santo Tomás de Aquino. Finalmente, después de la ruda advertencia de la Reforma, el Concilio de Trento, bajo el impulso de los Jesuitas, procedió a una severa revisión del dogma y de la disciplina.

De siglo en siglo, cada vez que los reformadores, corrompidos a su vez, son impotentes para reformarse a ellos mismos, aparece una nueva milicia, que procede a los ajustes necesarios. A estos ajustes sucesivos se debe que la Iglesia católica haya podido mantenerse a través del derrumbamiento de las sociedades y de los Imperios.

Los sistemas políticos, más estrechamente unidos a las instituciones y a los intereses materiales, han mostrado menos flexibilidad. Algunos, sin embargo, han sabido practicar el mismo método de adaptaciones sucesivas.

Inglaterra, desde Guillermo de Orange, ha sabido, a pesar de las profundas transformaciones, evitar todas las revoluciones. Allí, como en todas partes, la clase dirigente ha acumulado los beneficios que resultan del ejercicio del poder, hasta amenazar el equilibrio social. Pero ha sabido siempre detenerse a tiempo. La Cámara de los Lores se ha abierto a todas las fuerzas nuevas. La vieja aristocracia terrateniente ha dejado entrar a sus filas a los grandes industriales, comerciantes y banqueros, y aún a los grandes intelectuales, que se convirtieron en los mejores defensores de sus privilegios desde el día en que tuvieron participación en sus títulos, escudos y mayorazgos.

¿No hemos visto a un viejo obrero de minas, ir en carroza dorada, con su mujer, a presidir, como Lord Canciller, la Asamblea de la Iglesia de Escocia?

Ha hecho algo más difícil aún que repartir sus privilegios, los ha limitado.

Periódicamente ha dado plenos poderes a uno de los suyos, encargándole de imponerle los sacrificios necesarios; y cuando por casualidad no lo ha encontrado en su propio seno, se la ha visto tomar un pequeño judío, como Disraeli, con-

vertirlo en un Lord Beaconsfield y dejarlo cortar y tarjar ampliamente sus privilegios. Entonces el árbol podado tomó nuevo vigor, y dió poderosas ramas, que han cubierto un imperio "donde no se pone el sol".

A decir verdad, este método exige un valor del cual rara vez son capaces las colectividades. Hay que convenir que su empleo rara vez ha sido espontáneo, y aceptado sólo gracias a los consejos de la sabiduría y de la prudencia. La Iglesia romana no hizo su "reforma" en el Concilio de Trento, sino después que su apego a los antiguos abusos le hizo perder la mitad de Europa. Fueron necesarios los batallones de los "Costillas de fierro", y el hacha de Cromwell, para enseñar a la aristocracia inglesa el arte de las concesiones oportunas. Y fueron necesarios 25 años de guerras civiles y de guerra internacional, el Terror y la dictadura de Napoleón, para persuadir a los nobles y burgueses franceses a aceptar un sistema de transacciones parlamentarias que debía darles, a pesar de todos los cambios de régimen, una estabilidad social incomparable.

Todas estas experiencias han costado caras a los pueblos que las han hecho. Pero ha sido sobre todo la clase dirigente — y resistente — la que ha sufrido más. Es ella la que, más que cualquiera otra, tiene interés en economizar estos "alborotos" periódicos, que ordinariamente se toman por "revoluciones". Por lo tanto es ella la que más que cualquiera otra debe velar por los ajustes necesarios.

Pues bien, he aquí que Europa se encuentra comprometida en la crisis material y moral más grave que ha registrado la historia.

Desde hace años, los gobiernos tratan en vano de resolverla.

En el interior, se han ensayado todos los sis-

temas indicados por las ideologías tradicionales, democracia, dictadura conservadora, dictadura comunista, sin que ninguno haya podido dar *estabilidad* a las empresas.

En el exterior, se han empleado todos los medios compatibles con la *soberanía nacional* — pasando de la acción individual a las Conferencias de Embajadores y a los Consejos Supremos, del arbitraje de la Liga de las Naciones a las ocupaciones militares —, sin lograr asegurar la *seguridad* a los pueblos.

Nada ha dado resultados, el mundo no logra realizar lo que hemos llamado la "constante social"; y el malestar va agravándose.

Entonces nos vemos conducidos a preguntarnos si los principios actuales, en cuyo nombre obran los gobiernos y los pueblos, no están en desacuerdo permanente con los hechos.

Todas las relaciones exteriores entre los Estados están dominadas por el principio de las nacionalidades. Lanzado hace poco más de un siglo, se ha extendido poco a poco en el mundo al extremo de ser aceptada en todas partes como una especie de religión intangible.

Pero, desde hace cien años, la infraestructura económica del mundo se ha modificado profundamente.

¿No habrá acaso desacuerdo entre la realidad material en que se mueven las empresas y la ideología conforme la cual se han modelado las instituciones?

No podremos saberlo sino por un análisis exacto del mecanismo industrial moderno, comparado con los elementos del mito nacional.

Esta confrontación nos permitirá conocer la causa de las dificultades actuales y permitirá entrever la solución.

SEGUNDA PARTE

LA REALIDAD PRESENTE: LA INTERDEPENDENCIA ECONOMICA

CAPITULO IV

LA REVOLUCION DE LOS PRECIOS DE COSTO (1)

El hecho más importante de la historia moderna es la incorporación de la máquina al trabajo. Esto ha convulsionado las condiciones de producción haciendo posible lo que antes parecía una paradoja: alza de los jornales, disminución de los precios de venta, aumento de los beneficios del empresario. Pero este hecho ha venido a modificar también, las relaciones de los hombres entre ellos, de las clases sociales y a transformar la estructura de las naciones. Esto que los economistas han descrito parecen ignorarlo los sociólogos, los políticos, los periodistas, el público en general. Los hombres de hoy continúan pensando según fórmulas sociales y políticas de los tiempos en que la máquina no existía. Por eso, es conveniente que recordemos sus efectos.

---

(1) Desde este capítulo a adelante, se han refundido y compendiado algunos párrafos al hacer la traducción.

Según Carol D. Wright, en 1813 para hacer a mano 20,900 clavos se requerían tres obreros que trabajaran juntos durante 236 horas 25 minutos, por un salario total de 101 fr. 20.

Hoy día, para fabricar a máquina el mismo número de clavos se requieren 83 obreros que trabajan durante 2 horas 15 minutos y reciben un salario total de 1 fr. 45 (1). Por este solo capítulo se realiza ya una economía de 99 frs. 75 por mano de obra, esto es una economía del 98 %.

¿Han disminuido acaso los salarios? Al contrario, si se da fe a la encuesta oficial, pasaron de 0 fr. 43 la hora en 1813 a 0,65 en 1897.

Así en una misma industria y en el mismo espacio de tiempo los salarios pudieron aumentar en un 51 % y los gastos en mano de obra disminuir en un 98 %.

¿Cómo la máquina ha podido realizar este milagro?

Aumentando la producción, simplemente.

En 1813 el industrial que empleaba 83 obreros durante 10 horas por día y 300 días por año a razón de 0 fr. 43 por hora, les pagaba anualmente una suma anual de 107,070 francos.

En 1897, a razón de 0 fr. 65 por hora, les paga 161,850 frs.; esto es una ganancia para los obreros, (y para el patrón un gasto), suplementario de 54,780 francos.

Pero en cambio, de esos 107,070 francos, el fabricante de 1813 recibía solamente 22 millones de clavos (trabajo a mano), mientras que su sucesor en 1897, por 161,850 frs. de salario obtiene dos mil 891 millones.

De donde resulta que en el precio de un millar de clavos, la mano de obra contaba por 4 fr.

---

(1) Conservamos las cifras de la encuesta hecha en 1897. Dejamos ciertamente la responsabilidad al investigador americano. Por lo demás estas cifras son interesantes, porque permiten medir cuánto han variado en un siglo los elementos del precio de costo.

86 en el primer caso, y solamente por 0 fr. 0,56 en el segundo, esto es 86 veces menos.

Y he aquí una curiosa paradoja: gracias a la máquina los salarios pueden aumentar y los gastos de mano de obra disminuir. Singular desmentido a las ideas corrientes: la gente se imagina todavía que el patrón y el obrero no pueden enriquecerse sino el uno a costas del otro.

Pero hay más. La usina moderna al producir anualmente dos mil 891 millones de clavos, en vez de 22 millones, el clavo, objeto relativamente caro en 1813, se ha hecho muy corriente. Una concurrencia cada vez más activa se ha entablado entre los fabricantes para dar salida a una producción siempre creciente; y naturalmente el precio de venta ha disminuido: el millar de clavos se vendía en 1813, según la investigación, a 5 frs. 48, y a 3 frs. 10 solamente en 1897. Una economía de 2 frs. 38 (del 43 %) por mil para el comprador. Como esta producción alcanza a 2 millares 891 millones de clavos, hay una economía de 6,800.000 de francos para el comprador. El consumidor obtiene también, pues, un beneficio.

Sin embargo, la parte que queda al empresario, pagados sus obreros, se ve también aumentada. Era por cada mil de clavos de 5,48 frs. — 4,86 igual 0 fr. 62 para el fabricante de clavos en 1813; es ahora de 3,10 — 0,56 igual 2 frs. 54.

No debemos olvidar sin embargo, que el industrial de 1897 ha debido comprar máquinas costosas que se gastan rápidamente, comprar terrenos, construir vastos talleres, pagar todo un estado mayor de ingenieros y contramaestres, organizar un servicio comercial, cada día más complicado, a fin de alcanzar una clientela más numerosa. Ha necesitado para ello inmovilizar un capital cada día más importante, y, sin duda, contraer empréstitos cuyo interés y amortización debe pagar.

Son estos, gastos que su antecesor, el fabricante de 1813, no conocía; y son considerables. Pero admitiendo que los gastos generales absorben además de los 161,000 francos de salarios, tres cuartos de la "chiffre d'affaires" quedan todavía 2 millones de beneficios con los cuales podrá pagar un 10 % de dividendo, correspondientes a un capital de 20 millones de francos.

En resumen, la introducción del maquinismo en nuestra fábrica de clavos produce, a distancia de un siglo, los resultados siguientes:

Ha dado:

—un aumento anual de salario de los obreros de 54,780 francos;

—al capital un dividendo suplementario de 2 millones;

—a los consumidores, una economía de 6,880 francos anuales.

Siendo más caros todos los elementos de la producción, el precio de costo ha disminuido.

Es lo que un sabio sociólogo, M. Levasseur ha llamado la "paradoja económica". La expresa así: "Hoy día es posible, gracias a la ciencia, crear un producto más barato, con materias primas más caras, salarios más elevados, mayor interés del capital y en definitiva un beneficio más considerable para el empresario" (1).

Y he aquí completamente derribadas las ideas corrientes.

LA MAQUINA EMANCIPADORA

Antes del maquinismo, la economía se encontraba encerrada en el siguiente dilema:

—Si se aumentan los precios de venta, mengua el consumo produciendo un descenso del bienestar general; además, aumenta el costo de la vi-

(1) Ver: Levasseur: "Comparación del trabajo a mano y del trabajo a máquina" (P. 11).

da y se quita en las compras al por menor lo que se acuerda al obrero como aumento del salario.

—O bien, no se aumenta el precio de venta, y se disminuye el beneficio del empresario y del capitalista; lo cual implica quitar alas a la iniciativa individual y destruir el ahorro, bases de todo progreso y de toda civilización.

El anterior dilema parecía condenar al obrero a una perpetua miseria. Lo único que podía mejorar su condición era la limosna particular o la acción social del Estado. Y en realidad, así eran las cosas, mientras el hombre no dispuso para proveer a la satisfacción de sus necesidades de otra energía que la que procuraba el trabajo de sus manos. Para poder levantar las pirámides de Egipto y los partenones griegos y para que Sócrates construyera sus sutiles teorías, era indispensable que seres humanos trabajaran en las canteras como animales de carga. Por eso "la ciudad griega" y la "ciudad romana" fueron tan duras para el obrero manual. "La civilización no puede subsistir sin la esclavitud", decía Aristóteles.

El cristianismo hizo después, de este animal de carga una persona moral, la reyecía le dió algunas garantías, la revolución francesa, derechos. Pero el esclavo, el siervo y el proletario vivieron siempre bajo la "ley de bronce".

Sólo la máquina viene a destruir el dilema y a abrir nuevas posibilidades a la esperanza humana. Mediante ella se crea una riqueza que nada tiene que ver con el trabajo muscular del hombre, y la mano de obra, principal elemento del precio de costo, pasa a tercer plano.

La miseria deja de ser una fatalidad económica. El acceso de la multitud al bienestar y a la cultura ha dejado de ser un sueño de utopistas. Es hoy una posibilidad industrial.

EL OBRERO MANUAL SE TRANSFORMA EN CIUDADANO

Esta posibilidad no es aún una realidad. El maquinismo en un principio pareció empeorar la condición del obrero manual en vez de mejorarla. Poco a poco las cosas han cambiado sin embargo.

Si se considera la vida material de un obrero de hoy, sus alimentos, su vestuario, sus distracciones, su cultura, etc., nos daremos cuenta que ella provocaría envidia a un maestro-artesano de tiempos de Luis XVI. Al mismo tiempo que adquiere comodidades y ocio, recibe un poco de instrucción: sabe leer y escribir, es decir, está en condiciones de ser ciudadano. Ha entrado a la vida pública en una palabra. Tiene el derecho de huelga para defender su salario y el derecho de votar para defender su libertad. Está en idéntico plano que el poseedor. Esto, sin duda el **hecho más** importante de la historia contemporánea, es efecto de lo que Levasseur llamó "la paradoja económica" y que, para comprender todo su alcance social, conviene llamar mejor "la revolución de los precios de costo".

ESPECIALIZACION DE LAS INDUSTRIAS

Las consecuencias sociales de esta revolución sólo vienen a advertirse hacia fines del siglo XIX.

Hasta mediados del siglo último la empresa típica, célula madre de la sociedad europea, fué la empresa agrícola. Se bastaba ella a sí misma. El campesino comía su trigo, bebía su vino, usaba vestidos hechos con la lana de sus ovejas, o el lino de sus campos. Vendía sólo para pagar al fisco y comprar algunas herramientas y objetos de lujo. La "villa romana", el dominio señorial,

con sus servicios y censos en artículos, fueron, durante 20 siglos, unidades económicas completas. Hasta la época moderna la *"aldea"* con su mercado semanal, sus contados oficios, se encontraba concebida sobre el mismo modelo.

Durante 20 siglos de civilización agrícola los estados se encontraban formados por empresas económicamente autónomas, entre las cuales el intercambio de productos era intermitente y accidental.

Tres generaciones de maquinismo han modificado profundamente este estado de cosas. Al exigir instalaciones poderosas y de alto precio para la fabricación de un solo objeto, ha obligado al empresario a especializarse. Hoy día el fabricante de clavos hace sólo clavos. La laminación, la fundición, forman empresas aparte. La hilandería se ha separado de la tejeduría. Algunas hilanderías se han especializado en la fabricación de hilos gruesos, otras de finos y algunas en ciertas especies de hilos extra finos.

Al mismo tiempo el fabricante renuncia a vender sus productos: el productor se separa del comerciante y éste se ha especializado a su vez: comercio al por mayor y comercio al por menor.

Los transportes han sufrido la misma evolución: transportes en camiones, en ferrocarril, en barcos, etc.

Finalmente, la agricultura ha entrado por el mismo camino. Hoy día la granja no se basta ya a sí misma. El campesino compra su vino, su vestido, a veces su pan. No consume ya sus propios productos y produce para vender. El intercambio en vez de ser la excepción se ha convertido en la regla.

Esto ha determinado una interdependencia mutua entre las distintas actividades económicas, de tal manera que una crisis en una empresa repercute inmediatamente en toda la serie. Y desde

entonces la sociedad toma un aspecto nuevo. En vez de ser una yuxtaposición de empresas autónomas, constituye hoy un engranaje de empresas especializadas. La interdependencia es la ley común; la autonomía existe sólo en las regiones retrasadas.

Pero si la especialización crea la interdependencia, esta crea la jerarquía. Así nacen las industrias fundamentales que, unidas, pueden regular la actividad de todas las otras: acero, hierro, carbón, etc., lo cual puede llevar con relativa rapidez a un grupo a dominar sobre la actividad económica general. El maquinismo, que por la difusión del bienestar ha favorecido la expansión de la democracia, por la concentración industrial ha hecho posible la formación de una oligarquía.

INTERDEPENDENCIA DE LAS NACIONES

Pero el proceso de la especialización rebalsa sobre el marco de los países. Potentes industrias, agrupadas en ciertas regiones, han ido absorbiendo la población rural. Insensiblemente, la agricultura se ha atrofiado en Inglaterra y a pesar de sus esfuerzos, es incapaz de alimentar los centros urbanos en Bélgica y en Alemania.

Forzosamente ha debido buscarse remedio a esta situación recurriendo a tierras lejanas: Rusia, Rumania, Canadá, Argentina, Australia. Estos países se han puesto a producir trigo, carne, lana, en cantidades que sobrepasan sus necesidades.

Los pueblos no pueden vivir ya los unos sin los otros, puesto que han concluido por especializarse y la interdependencia se ha convertido en ley para las naciones del mismo modo que para los individuos.

¿En qué queda entonces el dogma de la sobe-

ranía nacional? ¿Cómo conciliar la interdependencia económica de los pueblos con su autonomía política? ¿Cómo conciliar la igualdad democrática de los ciudadanos con la jerarquía de las empresas y la oligarquía de las industrias fundamentales? Pues bien, esta doble antinomia de las instituciones políticas y de las realidades económicas, en el interior y exterior de cada país, parece haber escapado a la mayor parte de la opinión europea. Las consecuencias técnicas de la especialización saltaron pronto a los ojos, pero las consecuencias sociales del mismo hecho se han desarrollado mucho más lentamente.

En efecto, las instituciones políticas y sociales de un pueblo, se encuentran modeladas conforme a un tipo medio de empresas cuya actividad deben proteger o favorecer. La empresa industrial con instalaciones grandiosas y trabajo en serie, durante largo tiempo fué la excepción y tuvo que encuadrarse en marcos antiguos a los cuales de vez en cuando se daba un ligero retoque. Pero la industria especializada se ha convertido en la regla y así se han producido esta contradicción entre los hechos y las ideas, esta confusión extrema en los espíritus, que desde hace años paraliza todos los esfuerzos de reconstrucción mundial.

CAPITULO V

EL INTERNACIONALISMO DE LA PRODUCCION

El aumento de la producción, debido al empleo de la máquina, ha hecho que los países productores no sean capaces ya de abastecerse en materias primas.

Cuando las tejedurías inglesas, por ejemplo, trabajaron a tan bajo precio, recibieron pedidos

no sólo del mercado británico sino también del continente y muy pronto las ovejas inglesas no les dieron abasto. Entonces los buscadores de oro de Australia, los gauchos argentinos, los puritanos del Cabo se hicieron ganaderos. Disponían de inmensas praderas en las cuales los ganados podían pulular al cuidado de un solo hombre. La lana les costaba casi sólo el precio de la esquila. Los granjeros ingleses no pudieron luchar contra ellos y renunciaron a la ganadería. La máquina que desarrollaba tan prodigiosamente la industria de la lana en Inglaterra, aniquilaba la crianza de ovejas.

En cambio, la ha incrementado notablemente en los distintos países del hemisferio sur. Ante las demandas incesantes del Lancashire los rebaños se han multiplicado en el Transvaal, Natal, Patagonia, Nueva de Gales del Sur o Nueva Zelandia. Estos países se han dedicado casi exclusivamente a guardar ovejas, esquilar, vender y expedir la lana. Nadie ha pensado, en cambio, en establecer hilanderías, porque no se dispone de carbón ni de mano de obra calificada. Cada país se ha especializado y esta especialización implica una dependencia mutua. Una enfermedad de las ovejas en la pampa argentina provoca una crisis industrial en el Lancashire y viceversa. Igual cosa se observa respecto del algodón.

Pero el maquinismo exige una metalurgia poderosa. La Inglaterra, en el primer instante se demostró capaz de abastecerse a sí misma y de satisfacer al mundo. Pero pronto se agotaron sus yacimientos de hierro y equipos de cateadores de minas debieron comenzar a explorar todos los rincones del mundo. Hoy día la metalurgia europea trabaja minerales de España, Canadá, Laponia, Algeria. Pero necesita otros metales: cobre, cinc, manganeso, bauxita, que provienen de los más diversos países. A pesar de las victorias y de las

conquistas, ninguna nación industrial podría atender, sin las otras, la fabricación del instrumental que constituye su riqueza en tiempo de paz y su fuerza en tiempo de guerra.

Para mover máquinas es necesario fuerza motriz. Primero apareció como tal el carbón. Y hacia los puntos en que se encontraba, acudieron las materias primas. De todas partes, el algodón, la lana, el fierro, el cobre, acudieron para volver a los distintos rincones del mundo convertidos en productos manufacturados. Así, los centros hulleros se han convertido en centros industriales en los cuales las ciudades se tocan y la población es extremadamente densa. Otras veces ha sido más conveniente desplazar el carbón. En la zona de los minerales de hierro de Lorena se han constituido poderosas aglomeraciones industriales. Finalmente, puede suceder que en una zona densamente poblada y con buenas comunicaciones convenga establecer las industrias junto al mercado consumidor y entonces el carbón, el algodón, la lana, el hierro de los más distintos países acuden allí. Es el caso de Nantes, Rouen, Amberes, Rotterdam, Hamburgo. En cualquier caso, la menor perturbación en el aprovisionamiento de carbón provoca una parálisis general. El pueblo que no posee carbón en su territorio no es dueño de su destino. Y el que lo posee se asegura una verdadera preponderancia. Esto es lo que explica el rango que ocupó Inglaterra durante todo el siglo pasado y primeras décadas del presente.

Por desgracia para los ingleses, el petróleo tiende a suplantar a la hulla. Inglaterra no tiene petróleo. En cambio Estados Unidos, Méjico, disponen de él en abundancia y a su vez entra en dependencia de otros países.

En resumen, el maquinismo ha obligado poco a poco a todas las grandes industrias a salir del marco nacional. Ha agrupado las usinas princi-

palmente alrededor de los centros hulleros, pero éstos deben conseguir sus materias primas en países lejanos. Unos paises complementan a otros, son solidarios; mal les sienta a su orgullo el no ser ya independientes.

LA AGRICULTURA CEDE EL PASO A LA INDUSTRIA

Alrededor de las minas de hulla de los puertos, se agrupan todas las industrias que tienen necesidad de carbón, lo que provoca un intenso aumento demográfico. Londres en un siglo pasa de 950,000 habitantes (1801) a 7,476,000 (1921). París, de 548,000 habitantes a 2,906.000. Berlin cuenta con 3,803.000 habitantes. Hay regiones de Inglaterra, Alemania, Norte de Francia, Bélgica, que dan la impresión de vastas ciudades. La densidad de población alcanza a 255 habitantes por kilómetro cuadrado en Inglatera, 246 en Bélgica, 431 en el Brabante, 301 en Sajonia, 375 en la Prusia renana.

Cuando existe prosperidad, la natalidad crece. Gran Bretaña, que tenia 15 millones de habitantes en 1820, cuenta con 43 ahora. Bélgica pasa de 5,300.000 habitantes a 7,450.000. Alemania que apenas hacia vivir 24 millones en 1816, hoy dia alimenta a 68 millones. En total, Europa que contaba con 180 millones de habitantes en 1800, hoy tiene 450, es decir, debe alimentar una población dos veces más numerosa. Además, el consumo de cada individuo ha aumentado considerablemente, pues el standard de vida ha mejorado.

Pues bien, al mismo tiempo que las necesidades alimenticias aumentaban con tal rapidez, la población agrícola disminuía. Los campesinos, atraídos por los altos salarios, el lujo y las diversiones de las ciudades, abandonaban los campos. Hace un siglo la gran mayoría de la población

urbana apenas llegaba al 10 % del total. La proporción se ha invertido. En Inglaterra, las ciudades encierran el 77 % de la población, Bélgica el 82 %, Alemania el 77 % y Francia el 54 %.

LAS GRANDES NACIONES NO PUEDEN VIVIR YA DE SU SUELO

La primera consecuencia es que las grandes naciones no pueden vivir ya de su suelo. Inglaterra renunció a ello la primera, deliberadamente. La Inglaterra agrícola de hoy no es sino una granja-escuela que se preocupa de proporcionar tipos seleccionados de animales a los granjeros y ganaderos de los dominios y de los países ultramarinos. Son éstos los que alimentan a Gran Bretaña. En 1923 las importaciones de productos agrícolas se elevaron a 472 millones de libras. Bélgica y Alemania, mediante el empleo de maquinaria y de abonos, selección de granos, etc., han tratado de salvar su agricultura. Pero aunque ha doblado su producción, Bélgica importa por 3,500 millones de francos y Alemania por 13,000 millones.

Hasta Francia ha sufrido la suerte común. No produce hoy ni siquiera el trigo necesario para su consumo. Su déficit alimenticio es de 4,000 millones de francos en 1922.

Las naciones europeas han tenido que dirigirse para saldar su déficit alimenticio a los países no industrializados: los países del Danubio, Rusia del Sur, Ohio, Manitoba, Argentina, Australia.

Cualquier suceso que detenga durante un tiempo la llegada de esos artículos, significa el hambre de los países europeos. El maquinismo, al darles un maravilloso desarrollo, los ha hecho solidarios y dependientes de toda una cadena de naciones.

EXPORTAR O PERECER

Si la máquina permite la reducción de los precios es a condición de vender mucho. Los beneficios que obtiene el industrial suscitan la competencia, y una vez entablada, no hay otro recurso para conservar la clientela que bajar más los precios, para lo cual debe atenderse a un mejoramiento del instrumental que sea capaz de aumentar la producción.

En este círculo cerrado, el mercado inglés se saturó muy pronto y tuvo que invadir Europa. Pero a su vez los otros países entraron en competencia e Inglaterra hubo de buscar mercado a sus productos en países lejanos. Estos, por carecer de carbón, técnicos y capitales, no pueden industrializarse, necesitando en cambio para la explotación de sus campos, maquinarias y ferrocarriles. Entonces Manchester, Bradford, Birmingham les envían sus maquinarias. Pero llega el momento en que el mercado interior francés se ve también saturado, y los industriales deben buscar salida a su exceso de producción en esos países y entrar en competencia con Inglaterra.

Así el comercio exterior (importaciones y exportaciones reunidas) ha pasado:

En Francia de 7,408 millones a 15,301 millones (aumento del 206 %).

En Inglaterra, de 654 millones de libras a 1,402 (aumento 214 %).

En Italia, de 2,228 millones de liras a 6,156 (aumento 276 %).

En Alemania, de 6,019 millones de marcos a 20,863 (aumento 347 %).

Bélgica, de 2,408 millones de francos a 8,764 (aumento 365 %).

En Estados Unidos, de 1,025 millones de dólares a 4,149 (aumento 400 %).

En todos los países la parte de la producción absorbida por el exterior es de un quinto para los Estados Unidos, un cuarto para Francia, un medio para Inglaterra, y tres cuartos para Bélgica.

En compensación, los países nuevos envían artículos alimenticios. De este modo, el total de los intercambios en el curso de un año (1924) ha sido calculado en 300,000 millones de francos.

Esta cifra mide la interdependencia de las naciones.

De cualquier manera que ella no se realice normalmente, veremos millones de cesantes en todas partes; la población de Austria medio muerta de hambre, mientras en Kansas y Dakota los granjeros queman su trigo y los plantadores en Brasil tiran su café al mar.

La transformación del mundo significa que ninguna nación puede vivir sin otra. Unidas se enriquecen, separadas mueren.

CAPITULO VI

EL INTERNACIONALISMO DE LOS MERCADOS

El desarrollo del intercambio de productos internacionales ha planteado una serie de problemas técnicos. ¿Cómo transportar de un modo barato tales masas de mercaderías a tan grandes distancias? ¿Cómo cerrar los tratos? ¿Cómo efectuar los pagos y transferir los capitales?

Ha sido necesario crear un instrumento adecuado: las líneas de vapores y de ferrocarriles, cables telegráficos, mercados reguladores, bolsas de valores, etc.

Un mecanismo extremadamente complejo se ha constituido en el siglo XIX. Forma hoy un aparato circulatorio del organismo internacional.

LA NAVE MOVILIZA PRODUCTOS PESADOS DE POCO VALOR

La primera dificultad que vencer era la de transportes. Hacia 1860, se disponía para el intercambio sólo de veleros de reducido tonelaje. Sus tarifas eran por consiguiente, altas y sólo podían transportar mercaderías de alto valor en reducido volumen. El comercio transoceánico se limitaba a algunos productos de lujo: especies, oro en polvo, marfil, seda, té, café, azúcar, etc. Los artículos pesados no se podían transportar, porque los precios de carga habrían duplicado o triplicado su valor.

La navegación a vapor ha modificado sustancialmente esta situación. Los cascos de los navíos alcanzaron a 100, 150 y 200 metros de largo; su altura, la de una casa de 3 y 5 pisos. Si su carga es cien veces más fuerte, cada tonelada de mercaderías tendrá que pagar una suma diez veces menor. La velocidad del transporte ha aumentado. En tres semanas se hacen ahora recorridos que demandaban 3 ó 5 meses, concurriendo también esto a la disminución de los precios de transporte. Debemos agregar todavía la regularidad en la salida y llegada de los barcos que evitan la constitución de grandes stocks. Finalmente, la más preciosa de todas las ventajas, la seguridad. Potentes compañías de seguros reembolsan el valor del buque y de su carga en caso de naufragio.

Las actuales tarifas de transporte (comprendiendo el seguro) son muy reducidas. El diez por ciento para el carbón y el trigo, el uno por ciento para las maquinarias.

De este modo, ha sido posible el formidable tráfico internacional que rápidamente ha especializado la actividad económica de los pueblos. El número de navíos ha aumentado enormemente.

Los mercantes en 1842 hacían un total de 6,763.000 toneladas; alcanzan hoy a 56,802.800 toneladas.

Para construir esta enorme cantidad de navíos se necesitaba fierro y los países que disponían de él se colocaron en primera línea. Inglaterra llevó por largo tiempo la delantera. Sólo Alemania pudo seguirla de lejos y, hacia 1914, su flota rivalizaba con la inglesa. Pero después de la guerra todas las naciones han entrado en abierta lucha por la supremacía marítima. Los fletes, en consecuencia, han bajado enormemente y hoy vemos usinas belgas que transportan sus minerales de España en barcos noruegos.

Pero el buque no es todo. Hay que llevar las mercaderías al interior de los países. Se disponía para ello de los ríos navegables. Donde no los había los transportes debían hacerse por tierra. El ferrocarril ha venido a cumplir en estos casos el papel del buque a vapor. A pesar de los considerables gastos de explotación, el ferrocarril puede transportar hoy por cuatro céntimos lo que en tiempos de las carretas se hacía por 25. Los ferrocarriles y las líneas de navegación constituyen sobre el mundo una red tan cerrada que permite que la hacienda más distante de la pampa argentina o de las montañas de Nueva Zelandia, envíen sus productos a Sajonia o Escocia sin entorpecimientos.

COMO SE CONCLUYE UN TRATO A TRAVES DEL OCEANO

La internacionalización de los cambios de productos ha suscitado un mecanismo internacional de precios y de pagos.

¿Cómo el comprador y el vendedor logran ponerse de acuerdo a través de los océanos? Tomemos el ejemplo del algodón.

En los principales puertos del Golfo de Méji-

co existen corredores, relacionados con las principales casas de comercio locales. Ellos compran en plaza el algodón. Vigilan para que sea cuidadosamente clasificado según sus cualidades homogéneas y de acuerdo con las normas adoptadas por todas las bolsas y sea acondicionado en fardos uniformes, de tal manera que el comprador europeo a quien se le ofrece "good middling N.º 3" sepa exactamente lo que compra.

Al otro lado del Atlántico, en Liverpool, se encuentran los corredores de compra, en constantes relaciones con las firmas importadoras y los dueños de fábricas de tejidos.

Entonces se entabla un debate de un lado al otro del océano. Y según si las órdenes de compra son más numerosas que las de venta, o la oferta superior a la demanda, la cotización baja o sube.

Como, generalmente, los agricultores americanos prefieren vender inmediatamente su cosecha y los tejedores comprar solamente en la medida de sus necesidades, se han creado las ventas a plazo. Los capitalistas compran a los productores certificados que representan los fardos de algodón que quedan en bodega y las venden a un plazo de dos, tres o cuatro meses, etc. Si en el intervalo, las necesidades aumentan, las venden a otros especuladores a mejor precio; si, por el contrario, la actividad industrial parece disminuir o si la próxima cosecha se anuncia abundante, los precios bajan. De este modo los especuladores se ganan dinero unos a otros, según si sus previsiones resultan verdaderas o falsas. Gracias a este sistema, el agricultor puede cobrar inmediatamente todo el precio de su cosecha y el consumidor comprar sólo según sus necesidades.

Es así como se realiza esta singular paradoja: el industrial puede comprar, gracias al mecanis-

mo de las Bolsas de productos, materias primas a leguas de distancia, sin verlas, y vender sus productos en idénticas condiciones, sin conocer a su comprador.

TRANSMISION DE LAS ORDENES POR CABLES Y TELEGRAFOS

Para que el especulador o el corredor puedan atender convenientemente sus negocios y cubrirse a tiempo, deben existir buenos y cómodos medios de comunicación que lo informen en el menor plazo posible sobre las condiciones del mercado, en continua modificación.

Esto no podría realizarse sin la intervención del telégrafo eléctrico. Gracias a él la comunicación con una plaza determinada demora apenas algunos minutos.

Los riesgos que significa la especulación se ven así, enormemente desminuidos.

Posteriormente cables submarinos han atravesado los océanos, y el teléfono últimamente ha venido a hacer más expedita y rápida la comunicación entre los continentes.

Con tales medios de trabajo la confrontación de la oferta y de la demanda no puede verse reducida a una ciudad, a una región o a una nación. Hoy día se realiza a través de los continentes con la misma rapidez con que antiguamente se hacía de una calle a otra.

Gracias a él las transacciones para toda suerte de mercaderías se han hecho extraordinariamente fáciles y seguras. Se han multiplicado pues, acarreando por todas partes el establecimiento de nuevas vías férreas, creación de líneas de navegación, aumento de vapores, agrandamiento de los puertos, etc. Si el barco ha hecho necesario el telégrafo, el telégrafo ha hecho ne-

cesario el gran barco mercante. Y aquí encontramos una nueva aplicación de la interdependencia que rige las industrias de los pueblos.

LOS MERCADOS REGULADORES

Desde todos los países, las ofertas afluyen primero sobre el mercado en el cual la demanda es más fuerte. Para el algodón, por ejemplo, van a Liverpool, porque el Lancashire es el centro hilandero más importante del mundo. Sucede a veces que la cotización es más elevada en Bremen o en El Havre y la corriente se dirige hacia allí; pero las necesidades de los industriales franceses o alemanes se satisfacen luego y las ofertas vuelven a buscar salida en Liverpool. Así el mercado de Liverpool impone su *tendencia* a todos los otros.

Esto no quiere decir que los precios sean iguales en todas partes: existen las diferencias de fletes y de cambio, y principalmente de las tarifas aduaneras, pero ninguna plaza escapa a la influencia del *mercado regulador*. Así como Liverpool es para el algodón, Bradford, es para la lana, Hamburgo, es para el café, Amberes, para el caucho, dependiendo esta ubicación del punto donde se encuentre el centro de consumo más importante.

EL MECANISMO DE LOS PAGOS INTERNACIONALES

Tantas como sean las órdenes que pasan de un mercado a otro, tantos serán los pagos que deben realizarse. ¿En qué moneda?

Hace cincuenta años, los diferentes países tenían sus monedas basadas sobre el padrón de oro o sobre el padrón de plata, sin que pudiera saberse nunca cuál era la correspondencia exac

ta entre ellos, pues la relación entre los metales variaba continuamente. Por eso casi todos los países adoptaron el padrón de oro. Pero es caro enviar oro de un país a otro, pues el expedidor debe pagar el flete, el seguro y sufrir la pérdida del interés durante el transporte que puede durar dos meses, si se trata de un pago en Sidney, Bombay o Valparaíso. Por eso en la práctica se usan *letras de cambio*, siempre que se encuentren referidas al oro.

Un exportador francés obtiene de su cliente una letra en libras esterlinas que hace descontar por su banquero en francos. Este la vende a un importador francés, el cual la envía a su proveedor inglés. Al vencimiento, éste la presenta a su compatriota londinense, quien le entrega el número de libras indicado sobre el documento. Gracias a este ingenioso sistema son los importadores franceses los que pagan a los exportadores franceses, y los importadores ingleses a los exportadores de esa nacionalidad, sin que un gramo de oro haya cruzado la Mancha.

Pero, en la práctica, muy rara vez sucederá que el total de pagos que debe hacer París en Londres sea rigurosamente exacto a los de Londres en París. Entonces obra la ley de la oferta y de la demanda. Si los documentos pagables en libras son escasos en París, el importador francés consentirá en dar mayor número de francos para disponerlos: la libra subirá entonces de 25 francos 30 a 25 francos 80, 26 francos, etc. Y viceversa.

En tiempos normales, mientras la diferencia entre la par y el curso de cambio es pequeña, el importador prefiere pagar las letras un poco más caro, antes que enviar su oro. Pero si la diferencia sobrepasa los gastos de envío del metal, solicitará oro en el Banco de Francia.

A menudo, bajo la presión de importaciones excesivas, el Banco ve sus reservas de oro disminuir tanto que amenaza la seguridad de sus billetes de emisión; alza entonces la tasa de descuento, lo que produce un doble efecto al cabo de cierto tiempo: a) Los importadores, obligados a pagar un interés más elevado, restringen sus compras en el extranjero. b) Los capitales disponibles en el extranjero, atraídos por un interés más alto, afluyen a Francia. Así la tasa de descuento de los Bancos obra como un mecanismo regulador.

Si en un momento determinado Francia no tiene letras para comprar trigo en EE. UU., por ejemplo, puede pagarlo con un excedente de letras sobre el Brasil, por capítulo de venta de artículos de lujo en ese país. Dos cablegramas bastan para realizar este pago *triangular*, de uso corriente entre cambistas.

¿Qué garantía se tiene de que tal letra de cambio, firmada por dos personas desconocidas, sea regularmente pagada? En ello es en lo que intervienen los Bancos. Importador y exportador no operan directamente, sino por intermedio de sus banqueros. Los particulares, por lo general, ignoran el mecanismo de la operación.

Los Bancos, cuando descuentan un documento sobre el extranjero deben proceder con gran cautela, pues avanzan su valor. Lo hacen sólo cuando conocen a uno de los firmantes y están en relaciones comerciales con él. Los ingleses fueron los primeros en establecer sucursales en donde se afilian los Bancos locales de los distintos puntos del globo y pueden constituir valiosos archivos, indicando, para cada comerciante, su situación y crédito, lo que les ha procurado una considerable ventaja.

[stamp]

LONDRES.
CAMARA DE COMPENSACION UNIVERSAL

Todos los Bancos cambian entre ellos los documentos que poseen, gracias a Cámaras de compensación establecidas en los distintos países.

Entre estas Cámaras, como entre las Bolsas de Comercio, se ha establecido una especie de jerarquía. Existe un mercado regulador para estos documentos como para la lana, el algodón, etc., y se ubica en el lugar de mayor demanda. Londres se ha convertido así en el centro del mercado monetario del universo. Debe esta preponderancia a cinco causas fundamentales:

a) Inglaterra es el país industrial más antiguamente especializado, y por consiguiente allí exportaciones e importaciones alcanzan su máximo.

b) Es el término de todas las grandes líneas de navegación, lo que hace que aún las mercaderías destinadas a otros países pasen por los corredores, fletadores o armadores ingleses, quienes deben ser pagados en libras esterlinas.

c) Los Bancos Ingleses con sucursales en todos los países, pueden encontrar con mayor facilidad letras sobre las más diversas naciones.

d) Como Londres es el punto inicial de casi todos los cables submarinos, es allí donde se dispone de las informaciones más rápidas respecto del cambio y la tasa de descuento de todas las plazas del mundo.

e) Finalmente, si existe la necesidad de hacer envíos en oro, es allí donde se encontrará más barato, puesto que dos tercios de la producción del precioso metal provienen de minas situadas dentro de los dominios británicos.

Así los movimientos del mercado en todas las plazas repercuten sobre Londres, y recíprocamente las oscilaciones de las cotizaciones de Londres se propagan por el mundo entero.

LA EMIGRACION Y EL AHORRO

Este doble mecanismo internacional de los transportes y de los pagos ha tenido como consecuencia el enriquecimiento de los países industriales. Cada día, en efecto, obtenían materias primas a precios inferiores, debido a la especialización de los países productores de trigo, lana, cobre, etc. Cada día producían más barato y vendían más. El resultado ha producido considerables beneficios a los que transportan, venden o fabrican conforme a los métodos modernos. A pesar del aumento de confort no se consumieron todos los beneficios, y el ahorro ha crecido en cantidades inimaginables. ¿Qué hacer con estos capitales?

El ahorro también ha saltado por encima de los cuadros de la vida nacional. Las grandes empresas para desarrollar su actividad necesitan capitales enormes. No pudiendo encontrarlos entre algunas familias ricas, decidieron recurrir al público y se inventaron las sociedades anónimas.

Se ofrece al público títulos de reducido valor: 1.000, 500, 100 francos, de manera que aún el más pequeño ahorrador pueda comprarlos. Este no se ve comprometido en el negocio, sino por el valor de sus títulos y puede venderlos en el momento en que pierda confianza en los beneficios de la empresa. Hay bonos para los prudentes que aspiran a obtener un interés bajo, pero sin riesgos; hay *acciones* para los espíritus más atrevidos que desean participar en los beneficios.

El público se dió cuenta que, a menudo, estos

títulos producían interés superior al de la tierra, y se operó una revolución en las costumbres. Las clases acomodadas prefieren comprar títulos a inmuebles y se abalanzan sobre los valores mobiliarios. Las empresas, deseosas de ampliar sus actividades, aprovechan. Los Estados, para facilitar la holgura económica, lanzan a su vez valores cuyo montante lo emplean en la construcción de puertos, vías férreas, canales, etc. Es así como en dos generaciones los países europeos se han transformado.

Sin embargo, sobrevino el día en que las empresas nacionales y el Estado terminaron de equiparse. Los capitales demasiado abundantes vieron bajar su interés; del 6 % bajó al 4, al 3 y aun al 2 1|2 %. Fué entonces cuando empezó a mirarse hacia otros países. Europa Central, Rusia, Estados Unidos, Sud América, deseaban valorizar sus inmensos recursos agrícolas y mineros pero no disponían de capitales. Solicitaron a los Bancos de Londres o de París que colocaran en Inglaterra o en Francia sus títulos de ferrocarriles, acciones de minas, etc. El público atraído por el interés elevado los compró. Hoy día no hay Estado del mundo por muy pequeño que sea, que no haya vendido títulos en los mercados europeos. Antes de la guerra se avaluaba en 38 mil millones de francos la suma de los títulos extranjeros colocados en Francia. En Inglaterra alcanzaban los cien mil millones.

LOS VASOS COMUNICANTES

Naturalmente, empezó a producirse el intercambio de títulos lo mismo que se había producido el de las monedas. El cable, el teléfono, dan los menores cambios de las cotizaciones en todas las plazas. Tan pronto se produce una diferencia

notable entre París y Amsterdam, entra en escena el banquero: compra en la plaza donde se cotiza más bajo y vende en la que se cotiza alto. Un simple telefonazo basta.

Se ha establecido así un equilibrio en los títulos. Las Bolsas son los organismos que permiten que los capitales se deslicen hacia los puntos donde procuran mayor rendimiento. Obedecen a la atracción del interés más fuerte y las fronteras no pueden detener ya sus movimientos.

Vemos hoy constituirse una clase, en verdad muy restringida aún, de hombres ricos provenientes de todas partes, y cuya fortuna está colocada en valores internacionales; van errantes de palacio en palacio, emigrando según las estaciones a Londres, a Ostende, al Cairo, a los Alpes; no poseen en sitio alguno, ni tierras, ni casa, ni tiendas, ni fábricas; no tienen ni morada, ni hogar, y no hacen sino pasear su ocio de un continente a otro. Sin embargo, gozan en todas partes de una enorme fortuna que guardan en una cartera.

El mecanismo de las Bolsas internacionales ha creado este nuevo tipo, *el vagabundo millonario*. Este, mucho mejor que el obrero socialista, ha realizado el internacionalismo. Económicamente, es un sin-patria, ciudadano del mundo.

CAPITULO VII

EL GEONTE

LA COLONIZACION DEL GLOBO

El ingenioso aparato de las líneas de navegación, ferrocarriles, telégrafos, con sus industrias

especializadas, sus Bolsas de Comercio y sus Bancos ha tomado un desarrollo imprevisto.

Limitado al principio a algunos países de Europa se ha extendido rápidamente sobre ambos hemisferios y, en menos de un siglo ha realizado la conquista del planeta.

Basta abrir un atlas de hace cien años para encontrar la mención "*tierra desconocida*" en todas las páginas. Apenas se había explorado la América del Norte. La cuenca del Amazonas, los Andes, las pampas sólo estaban señaladas gracias al itinerario de dos o tres viajeros. El Africa Central y la Australia entera constituían un enigma; la Siberia un desierto. La raza blanca explotaba sólo la pequeña Europa.

Pero he aquí a los países de Europa, bruscamente enriquecidos. Los banqueros no se contentan con prestar dinero a los países de raza blanca: húngaros, serbios, argentinos. Se lanzan empréstitos marroquíes, etíopes, siameses, congoleses, con garantía de los correspondientes estados o sin ella.

Pero no es esto sólo. Un día desembarcan en la rada de un país desconocido, maquinarias y material de construcción: se construye un puerto. Posteriormente llegan rieles, locomotoras y un ferrocarril recorre los territorios salvajes.

La Mesopotamia, la Manchuria, el Indostán, se ven invadidos por el riel, sin que sus habitantes hayan dado un centavo, y apenas hayan recibido unos cuantos pesos de los capitales suscritos en su nombre. Han servido para pagar a los industriales que procuraron los rieles y las locomotoras.

Pero abierto el ferrocarril, se hacen accesibles vastos distritos ganaderos, forestales o mineros. La explotación de estas riquezas va a transformar la técnica y la economía a su vez. Así el

arroz, el trigo, el cacao, el cobre, el algodón, el caucho, afluyen a Europa a precios reducidos, procurando ganancia al industrial, al comerciante y al consumidor. Pero los nativos también reciben nuevos productos: telas de algodón, cacerolas, útiles europeos que aprenden a usar; se crea un mercado consumidor para el industrial europeo. Los ferrocarriles y las compañías de transportes ganan con este movimiento de mercaderías, y este éxito envalentona a otros capitales para entrar en la formación de nuevas empresas.

Tal mecanismo ha permitido en menos de un siglo hacer la completa transformación del globo. La designación "tierra desconocida" ha desaparecido de nuestro atlas. Donde no llega el ferrocarril, llega el telégrafo, la T. S. H., el avión. La pampa es hoy un solo campo de cultivo, el Japón hace competencia a Manchester, la China envía estudiantes a Europa, Siberia, a través del círculo polar, ofrece mantequilla a Europa. La civilización europea, gracias al mecanismo descrito, ha retoñado en todos los continentes. Esta conquista es ciertamente la más grande epopeya de la historia ante la cual palidecen las conquistas de Alejandro, de César o de Napoleón.

DEL POLIPERO AL VERTEBRADO

Antes de la era del vapor, la empresa económica-típica era la explotación agrícola: satisfacía casi todas las necesidades del explotador y de su familia, y fué la célula madre del cuerpo social. Las naciones eran entidades autónomas, poco diferenciadas, simplemente yuxtapuestas. La máquina ha modificado todo esto.

La empresa industrial que en un principio fué la excepción ha llegado a ser la típica; se ha especializado cada vez más y ha obligado a las

otras, aun a la agricultura, a especializarse como ella. Las células del cuerpo social no son ya autónomas, sino especializadas y en mutua dependencia, dependencia que ha sobrepasado por todas partes al marco de las naciones. Ha hecho del globo un todo orgánico, cuyas diversas regiones no son sino miembros complementarios, especializados en ciertas funciones: nutrición, transformación, distribución, etc.

Estas funciones según las leyes biológicas han creado sus órganos. Son:

1.o.— *Un sistema vascular*, compuesto por los ferrocarriles internacionales y las líneas de navegación que a través de mares y continentes unen las regiones complementarias.

2.o.— *Un sistema nervioso*, constituido por la inmensa red de cables submarinos, líneas telegráficas y telefónicas que comunican todos los continentes. Mediante ella, un acontecimiento que se realiza hoy en los antípodas será conocido mañana por los campesinos franceses, alemanes o ingleses.

3.o.— *Los centros nerviosos*: en los puntos de empalme de las grandes arterias comerciales se encuentran establecidas las principales Bolsas de Comercio. Gracias al aparato nervioso que las informa, conocen respecto de cada producto las disponibilidades y las urgencias dentro de grandes radios: ellas las confrontan y establecen las cotizaciones. Al recibir y transmitir órdenes, ponen en circulación el sistema vascular.

4.o.— *Organos de reproducción*: Una gran parte de las riquezas así obtenidas, no la consumen los que la producen. Constituyen reservas que guardan los Bancos, bajo signos monetarios. Reciben las solicitudes de todos los que desean crear empresas nuevas y lanzan emisiones, esto es, desplazan capitales. Se ve entonces prolongar

los ferrocarriles, crearse líneas de navegación y aportar nueva riqueza a empresas nacientes.

5.o.— *Cerebro*: Unidas como vasos comunicantes, sufren todas las Bolsas la influencia del mercado mayor, *mercado regular*, que como el sistema cerebro-espinal transmite las órdenes a todos los órganos.

Como todas las empresas industriales o comerciales se dirigen a los Bancos para sus canjes y pagos, estos llevan una especie de contabilidad de la actividad universal. Pero los Bancos también se ordenan en una jerarquía. En cada país hay un Banco de emisión única que tiene el control de los signos monetarios y mediante el alza o la baja de la tasa de descuento, regula la actividad económica. Tampoco son independientes. Como están en íntima relación, basta que uno alce o baje la tasa de descuento para que los demás se vean obligados a hacer otro tanto. Sucede que el centro regulador se establece donde el tráfico es más importante, y ya hemos visto por qué razones Londres retiene este privilegio. Obra, pues, Londres como el órgano regulador de toda la actividad económica del Universo.

LAS CRISIS INTERNACIONALES

El estudio de una crisis internacional nos puede poner en evidencia esta relación de órgano a órgano.

A entrada del otoño de 1907, los EE. UU. gozaban de una era de prosperidad y de actividad febril. Entre los negocios nuevos la *Westinghouse* era uno de los mejor concebidos. Estaba apoyado por un Banco de una solidez probada: el *Knickerbocker Trust Co*.

El 16 de octubre, uno de los miembros de este

grupo, Heinze, a causa de una mala especulación sobre el cobre, quiebra. Cinco días después el *Knickerbocker*, que lo apoyaba, ve sus papeles rechazados por el *National Bank of Commerce*. A esta noticia todos los imponentes del Banco corren para recuperar sus dineros. Pero, habiendo prestado el Banco su dinero a la *Westinghouse*, se ve obligado a cerrar sus puertas.

Sin saber a dónde va a detenerse la crisis, el público acude a los otros Bancos a retirar su dinero. Estos tratan de vender títulos en la Bolsa para disponer de moneda; los valores bajan y la Bolsa de Pittsburgo tiene que cerrar. El pánico alcanza a Nueva York. Nueve Bancos, imposibilitados de devolver las imposiciones, se ven constreñidos a cerrar.

En este instante el gran banquero J. Pierpont Morgan, J. D. Rockefeller, el rey del petróleo y sus amigos, deciden intervenir y salvar a sus colegas, colocando su filantropía al 22 %. Pero las sumas de que disponen no bastan.

Entonces los capitales europeos, atraídos por l anzuelo de un tan alto interés, acuden. El pánico se detiene en Nueva York el 26 de octubre.

Pero la crisis comienza al otro lado del Atlántico. Capitalistas, especuladores ingleses, franceces, alemanes, han pedido dinero sobre títulos a sus banqueros. Estos, sin poder satisfacer todas las necesidades, tienen que hacer redescontar parte de su cartera en los bancos de emisión, los cuales a su vez deben aumentar la circulación de sus billetes.

Como todo el mundo se dirige al Banco de Inglaterra para tener oro o letras sobre Nueva York, éste desborda. Su encaje disminuye y el monto de billetes aumenta. La tasa de descuento sube al 5%, al 6, al 7.

En Alemania la corrida es tan fuerte que las

reservas de oro sólo representan el 22% del circulante y la tasa del interés sube al 8 1|2%.

Pero en estas condiciones los banqueros ordinarios rehusan renovar los créditos a la industria. Para pagarlos, deben vender títulos en las bolsas; otros, lanzan su mercadería al mercado a precio de pérdida. Muchos quiebran. Y resulta una crisis general en la actividad económica. Huelgas, desocupación, completan el cuadro.

En menos de diez días la crisis había cubierto los dos continentes.

¿Puede tenerse una mejor demostración de la solidaridad que liga todas las actividades en la superficie del Globo?

Hace un siglo el mundo aparecía como un inmenso polípero. Hoy día, por el contrario, el mundo ha tomado la forma de un gran vertebrado, con sus miembros complementarios, sus órganos de nutrición, de elaboración y de distribución, su sistema vaso-motor y nervioso centralizado, mandado por un cerebro único, y en el cual todos los órganos se desarrollan juntos, sufren juntos y mueren si se trata de separarlos.

El globo se ha transformado en un ser único. El Dr. Jaworski ha querido asignarle un nombre a este animal recién evolucionado, cuyas células efímeras somos nosotros: lo ha llamado el Geonte (gn = tierra, or = ser). Este término expresa bastante bien el presente estado de la evolución económica.

EL DIA DE UN BURGUES DE PARIS

No es esta una concepción teórica o poética inventada para llamar la atención. Consideremos el día de un burgués de París.

Después de despertarse M. Durand, se lava

con un jabón fabricado de cacahuetes del Congo, y se seca con un paño de algodón de Luisiana. Después se viste: camisa y cuello de hilo ruso, pantalón y vestón de lana del Cabo o de Australia; en el cuello lleva una corbata de seda, hecha con capullos del Japón, y sus zapatos son de cuero argentino, curtido con productos químicos alemanes.

En el comedor, encuentra su cubierto de *rnolz*, hecho con cobre de Rio Tinto, estaño de los Estrechos y plata de Australia. Ante él se encuentra un pan bien fresco hecho con trigo que, según la época del año, viene de la Beauce, de Rumania o del Canadá. Come huevos recién llegados de Marruecos, una tajada de "pre-salé" (1), que un frigorífico ha traído tal vez de la Argentina. Como postre, se sirve frutas en almíbar, hechas con frutas francesas y azúcar de Cuba, y bebe una excelente taza de café del Brasil.

Así alimentado va a su oficina en un tranvía eléctrico movido por los procedimientos *Thomson-Houston*. Después de haber consultado las cotizaciones de Liverpool, Londres, Amsterdam o Yokohama, dicta su correspondencia, dactilografiada en una máquina de escribir inglesa y la firma con una estilográfica americana. En sus talleres, las máquinas construídas en Lorena, según patentes alemanas, movidas por carbón inglés, fabrican, con materias primas de la más distinta procedencia, artículos de París para clientes brasileros.

Después pasa donde su banquero para depositar un cheque en florines de un cliente holandés y comprar libras esterlinas para pagar un proveedor inglés... En la tarde se dedica a comprar

(1). Corderos, muy estimados por los gastrónomos, criados en praderas salinosas al borde del mar. Gracias a la alimentación la carne es muy sabrosa. (N. del T.).

títulos de la Royal Dutch y de una compañía francesa afiliada a la Standard Oil.

Concluído el día, propone a su mujer ir en la noche al teatro. Se pone ésta su mejor vestido, hecho donde Paquin, su hermosa capa de zorro azul de Siberia, sus diamantes del Cabo. Van a comer a un restaurante italiano y se preguntan si irán a ver los ballets rusos o ir al music hall a oír a Raquel Meller.

Finalmente, después de cenar en un cabaret caucásico, vuelven fatigados a su casa, y M. Durand se duerme bajo su edredón en plumas de patos noruegos y sueña que al fin y al cabo Francia es un gran país, que se basta a sí mismo y puede reírse del resto del universo.

¿Será necesario insistir más? Trátese de alimentación, vestuario, trabajo o placeres, cada uno de nosotros es tributario de todos los países. No podemos hacer un gesto sin mover objetos provenientes de las más lejanas regiones; y recíprocamente todo acontecimiento importante de la superficie del globo, tiene repercusión sobre las condiciones de nuestra vida. El hombre moderno es, en verdad, ciudadano del mundo.

Pero no lo sospecha; y es aquí donde comienza el drama de la conciencia que agita nuestra época y la lanza desde hace diez años a soluciones contradictorias.

EPILOGO

DEL POLITEISMO DE LAS SOBERANIAS AL MONOTEISMO ECONOMICO

EL PROBLEMA ES DE ORDEN PSICOLOGICO

De todo este análisis, dos hechos parecen desprenderse claramente.

La restauración de la máquina internacional de los cambios, su vuelta al estado de marcha normal, es una tarea de un interés vital y urgente. No presenta en sí ninguna dificultad insuperable, puede realizarse por los métodos ordinarios del crédito; no excede los recursos actuales del mundo. Podría consumarse rápidamente si todos los pueblos uniesen sus esfuerzos de igual modo que los ciudadanos de una misma ciudad se unen para sostener con gastos comunes sus servicios de aguas, gas o tranvías.

Desgraciadamente, los pueblos no tienen aun la conciencia de esta solidaridad. Los individuos y las sociedades que han establecido y poseen los diversos órganos del aparato internacional (ferrocarriles, barcos, cables, etc.), dependen de diferentes nacionalidades. Ellos admiten que cada Estado atienda al servicio de las secciones del aparato común que él controla en geneficio pro-

pio, y aun en detrimento de los otros Estados. Para esto, lo compelen a emplear todos los medios de presión o de defensa de que dispone: aduanas, diplomacia, ejércitos.

De este modo nos encontramos en presencia de un problema económico e internacional, y pretendemos resolverlo por medios políticos y nacionales.

Aquí reside el secreto de los impotentes esfuerzos en que se debate el mundo desde hace varios años.

¿Dónde se origina el mal? En nuestra mala manera de interpretar los hechos. La dificultad no está en las cosas, sino en las ideas. No es de orden material; es de orden psicológico (1).

Es este un hecho nuevo, que ni los pueblos ni sus jefes parecen haber notado. Lo que hay que modificar, no es el sistema económico de intercambio internacional, que ha dado al mundo moderno un desarrollo tan maravilloso: abandonado a sí mismo se restablecerá por sus propios medios. Es el sistema ideológico, anterior a su nacimiento y mal adaptado, lo que lo paraliza.

Los hombres, cuando juzgan los acontecimientos de los cuales son testigos, con frecuencia parecen atacados de extraña miopía. Buscan la causa de una catástrofe en los hechos que inmediatamente la preceden. Si, por ejemplo, quieren explicar los orígenes de la gran guerra, analizarán minuciosamente los incidentes de la ruptura entre Servia y Austria; discutirán para saber si la movilización alemana precedió o siguió a la movilización rusa; se compulsará con extremo cuidado los oficios de los embajadores y las deci-

---

(1) Por eso los hombres de negocios americanos, extraños a las ideologías del Viejo Mundo, ven con tanta facilidad los medios prácticos de volver a levantar Europa, y no comprenden nada de las razones sentimentales que nos separan.

siones de los Estados Mayores. Algunos llegarán hasta investigar cuáles podían ser las miras y los planes del conde Tisza, del canciller Bethmann-Holweg o del M. Izwolski. Los más perspicaces se remontarán hasta los programas militares alemanes de 1912, o aún hasta la rivalidad de Inglaterra y Alemania en los mares desde 1898.

Pero a nadie se le ocurrirá que las causas profundas de tal guerra puedan ser anteriores al nacimiento de los hombres que en ella lucharon.

Es que medimos los acontecimientos contemporáneos en escala de nuestra propia vida. Ahora bien, la vida de los pueblos se extiende en largas series de siglos. Cada generación acepta en un principio las instituciones y las ideas que le lega la precedente. Se adapta a ellas mucho más de lo que las adapta. Por eso los cambios que se operan en la estructura de las naciones son muy lentos, y la percepción que se tiene de ellos es más lenta aún. Un invento técnico, un descubrimiento geográfico, un procedimiento de gobierno no desarrollan, con frecuencia, todos sus efectos sino veinte o cincuenta años después que la historia registra su aparición. Y los soldados que se masacran en un campo de batalla representan a veces el quinto acto de una tragedia, cuyo primer acto fué interpretado por sus abuelos.

Por eso es necesario mirar los sucesos contemporáneos con la perspectiva de la historia. Sólo entonces, bajo el azar de las anécdotas y del desorden visible de los incidentes, aparece la lenta curva de las fuerzas que guían a los pueblos y a sus jefes; y el espíritu puede prever la prolongación de la curva en el porvenir.

Desde este punto de vista, el caos actual se aclara singularmente.

En menos de un siglo, la manera como los

hombres "se ganan la vida" se ha transformado profundamente.

LA INFRAESTRUCTURA HA CAMBIADO

La fabricación de un zapato, de un tejido, la misma explotación de una granja son muy diferentes de lo que eran en tiempos de Napoleón I.

Hace cien años, la especialización de los oficios era aún rudimentaria. La interdependencia de las pequeñas empresas no sobrepasaba casi el marco de la aldea, y para las grandes, el de la región. Los intercambios con el extranjero eran muy escasos y sólo se reducían a productos de lujo de los cuales el cuerpo social podía privarse sin peligro. Por eso las naciones se consideraban como individualidades autónomas y soberanas, realmente independientes unas de otras.

Pero en dos o tres generaciones, el desarrollo del maquinismo ha cambiado todo esto. Hoy día ningún pueblo se basta ya a sí mismo. No hay uno que no dependa de los demás por capítulo de artículos necesarios a su alimentación, de materias primas indispensables para su trabajo, o de mercados necesarios para su producción. Ninguna puede aislarse de las demás sin privarse de proveedores o de clientes, y por consiguiente sin arruinarse.

Económicamente, el mundo ha cambiado más en las cuatro generaciones que nos separan del Primer Imperio, que en los veinte siglos transcurridos desde Catón el Antiguo.

Una evolución tan rápida debiera traer profundas modificaciones en las instituciones civiles y diplomáticas.

Pero ni los hombres de Estado ni los pueblos, se dieron cuenta en un principio de esta

necesidad. Desde tiempos inmemoriales, la historia les había dado el espectáculo de numerosos trastornos políticos y sociales; pero nunca les mostró una brusca y total transformación económica. Los raros progresos técnicos registrados desde el Imperio romano no tuvieron sino efectos locales o muy lentos. Los regímenes políticos habían tenido siempre tiempo disponible para adaptarse, en lentos retoques, sin modificar sus principios esenciales. Y nadie concibió la idea de que una máquina pudiera obligar a los hombres a cambiar sus conceptos políticos o sociales.

Por esto la gran revolución técnica del siglo XIX no alcanzó en un principio ninguna influencia sobre las instituciones o las ideas.

En Francia, vivimos siempre bajo el régimen del Código de Napoleón; nuestras administraciones en conjunto permanecen como en la época del Consulado; nuestro régimen democrático se inspira aún en la ideología construida por Juan Jacobo Rousseau; y nuestros métodos diplomáticos proceden del equilibrio de las Potencias, como en tiempos de Richelieu o de Talleyrand.

En todos los países, desde hace un siglo, *la infraestructura* económica se ha transformado completamente, mientras que *la superestructura* política ha quedado más o menos inmutable.

Resultó de esto un desequilibrio creciente que debía terminar a la larga por un cataclismo.

Hoy el desastre de la gran guerra, y la impotencia en que nos encontramos para restablecer la paz, obliga a los espíritus a enfrentarse con este desajuste.

Para ponerle fin, dos actitudes son posibles:

1.— Encerrar las nuevas fuerzas económicas en los marcos del antiguo mito;

2.— O modificar el mito político para adaptarlo al desarrollo de las fuerzas económicas.

¿SUBORDINAR LA REALIDAD AL MITO?

Doblegar los hechos a las ideas, o las ideas a los hechos. Por muy extraño que esto pueda parecer, casi todos nuestros contemporáneos han adoptado en un principio la primera posición.

El mundo intelectual como el mundo físico obedece a la ley de la inercia. Las multitudes interpretan los acontecimientos con ayuda de ideas tradicionales. Olvidan muy luego los hechos que no concuerdan con los conceptos admitidos por todos; sólo retienen aquellos que los confirman. Los políticos comparten gustosos los prejuicios de las masas que representan. Y los hombres de Estado temen ofenderlos, cuando no se sirven de ellos a modo de palanca. Todos siguen la ley del menor esfuerzo.

Aún aquellos que no creen que el mito es en sí una verdad absoluta, lo consideran como una necesidad social.

Todos los ciudadanos tienen conciencia que él establece entre ellos un lazo social indispensable: el mito es el que permite la armonía de las voluntades, este consentimiento de todos, que asegura el buen funcionamiento de las instituciones. Destruir el sistema sería entregar el cuerpo social a la disociación y a la anarquía. La salvación pública parece depender de él. Por eso reviste un carácter sagrado. Cualquiera que lo toque es un sacrílego, un despreciador de las leyes y de los dioses; debe ser castigado. De este modo la idea nacional tomó el carácter intangible de una fé, la intransigencia de un mito religioso. Para estos creyentes, no puede intentarse la modificación del mito nacional.

¿Iban a detener el desarrollo del maquinismo? Algunos "conservadores" lo imaginaron ha-

cia mediados del siglo pasado. Se opusieron con todas sus energías a la penetración de ferrocarriles en los campos. Pensaban que las nuevas vías férreas, al cambiar las condiciones de vida de los labriegos, les darían ideas nuevas, y que el desarrollo del maquinismo sería fatal a los viejos mitos tradicionales. No se equivocaban. Sólo que, cuando vieron, por efecto del nuevo sistema, acrecentar sus rentas y duplicar el valor de sus tierras, el interés personal habló más alto que el prejuicio social; los antiguos opositores fueron los más entusiastas para solicitar la multiplicación de las líneas de interés local, en adoptar el maquinismo agrícola y en especializar sus cultivos.

Esto es lo que hace la fuerza incoercible de la evolución económica. Cada célula social busca primero su bienestar; desde el día en que sintió el beneficio inmediato del maquinismo, lo adoptó con la fuerza ciega de un instinto. Ningún productor querría hoy día renunciar a los progresos técnicos que las investigaciones del sabio y el arte del ingeniero ponen cada día a su disposición; ningún consumidor querría renunciar a la comodidad creciente que ellos le procuran. Sería una regresión universal en la que nadie piensa ya.

Sin embargo, el individuo, al aceptar por sí mismo el maquinismo, la especialización, la interdependencia de las empresas que es la consecuencia de esto, ha querido detener sus efectos en los límites de la Nación. Previó que un pueblo que depende de los demás por algún producto indispensable para su subsistencia, alimento, vestido, combustible, transportes, herramientas, no podría ser plenamente independiente y soberano. Ha tratado de hacer de su país una entidad económica completa. Al cerrar la puerta a los productos extranjeros, estimuló la creación en el in-

terior de industrias ficticias — verdaderas plantas de conservatorio, que no pueden vivir más que al abrigo de "tarifas protectoras". Gracias a ellas, creyó poder dar a su país los productos que el suelo o el clima le habían rehusado.

Sistema oneroso, pues obliga al consumidor a pagar más caro objetos que encontraría en el extranjero a mejor precio. Sistema engañoso, pues no está en poder de ninguna tarifa aduanera hacer crecer el algodón en la Beauce (1), acrecentar la potencia de los yacimientos carboníferos, ni suscitar fuentes de petróleo; y todo el esfuerzo del proteccionismo francés no ha logrado siquiera mantener la producción de trigo a la altura de las necesidades. Económicamente, no hay ya ni una sola nación que se baste a sí misma.

Entonces algunos grandes Estados han imaginado un sistema inverso. Dejar a la nación especializarse, pero adjuntarse, a la vez, por conquista, toda una serie de países cuya producción e industrias le son complementarias. En lugar de detener la interdependencia de las empresas en las fronteras de la Nación, se ha extendido la empresa de la Nación a las dimensiones exigidas por la interdependencia.

Desde hace un siglo todos los pueblos han oscilado entre estas dos concepciones: *el nacionalismo económico y el imperialismo*.

En ambos casos, la competencia benéfica de las empresas tomó forma de querellas entre los Estados; las guerras de tarifas han provocado conflictos diplomáticos; la busca de mercados ha degenerado en expediciones coloniales. Un día llegó en que los intereses económicos de cada pueblo echaron tales raíces en todos los del mundo, que una guerra entre dos grandes naciones arrastró a la lucha a todas las otras. Y se ha terminado

(1) Región triguera situada al S. O. de París. (N. del T.).

en un cataclismo universal, en que los vencedores se han visto tan arruinados casi como los vencidos.

Tal ha sido la esencia de la lección de la Guerra Mundial.

¿O ADAPTAR EL MITO A LA REALIDAD?

Ante este resultado desastroso, algunos espíritus — en verdad muy raros aun — se han preguntado si no debieran rehusarse los principios que llevan a tales consecuencias. Han comprobado que tanto en el mundo de las ideas como en el mundo físico, todo evoluciona. La historia les enseña que en el curso de los siglos no solamente las instituciones han cambiado, sino aún los principios mismos sobre los cuales estaban fundadas. Se han preguntado si el mito nacional, después de haber sido, como todos sus predecesores, un poderoso factor de cohesión interna y de progreso político, no había llegado, como todos los demás, al punto muerto en que su acción deja de ser benéfica, y en que los marcos estrechos en que encierra a los grupos sociales no calzan ya con la medida de las necesidades humanas.

Entonces empezaron a someter el mito sagrado a los exámenes de la crítica.

Esto no es un hecho nuevo ni una actitud destructiva. Cuando, en los siglos II y III, el Imperio romano se convirtió en una oligarquía, más y más restringida, de propietarios que percibían impuestos cada vez más pesados en provecho de un ejército de mercenarios más y más exigentes, los Padres de la Iglesia emprendieron una enérgica crítica del sistema imperial y del mito pagano, el cual le servía de punto de apoyo. Hicieron hábilmente la separación de lo que en las

instituciones romanas valía la pena de conservar, lo que podía, sin peligro, ser destruido. Y el mundo no se encontró mal, según parece, gracias a su transcendental ajuste.

Trece siglos más tarde, cuando las instituciones feudales, después de haber prestado indiscutibles servicios, no fueron más que una traba a las necesidades de orden y de seguridad de la burguesía, los hombres del Renacimiento intentaron poner en discusión los fundamentos míticos de esas instituciones caducas; y su esfuerzo —generalmente mal acogido por las potencias de entonces — es celebrado en todos nuestros manuales escolares como una contribución benéfica al progreso humano.

Doscientos años más tarde, cuando las monarquías absolutas, después de haber cumplido su papel de policía con respecto a los grandes barones, se convirtieron a su vez en una carga excesiva para sus pueblos, los "filósofos" del siglo XVIII empezaron a someter al harnero de la crítica el *derecho divino* de los reyes, que había sido, para los hombres de la edad precedente, un dogma intangible. Y su trabajo — considerado como sacrílego por los poderes de entonces — aparece hoy como la condición primera de las libertades de que gozamos.

Ahora, después de la terrible prueba de la guerra mundial y de la impotencia en que se encuentran para reconstruirse, ¿no debe el mito nacional ser a su vez sometido al libre examen de la crítica?

CONSERVAR LAS NACIONALIDADES

¡No quiere decir esto que sea necesario destruirlo! La unidad de idioma, de tradiciones y de costumbres entre los hombres que viven en vas-

tos territorios, es casi en todas partes, un hecho adquirido. Sin duda, es el producto artificial de un esfuerzo reciente. No es que la raza haya construido la nación, como generalmente se imagina, es por el contrario la necesidad de la agrupación en naciones la que ha impuesto a los hombres que viven en las mismas fronteras, la unidad de lengua, de tradiciones y de costumbres que les ha dado la ilusión de un origen común.

Pero ficticia o no, la unidad nacional no es menos una realidad, y una realidad benéfica. Es ella la que ha permitido el desarrollo de las grandes empresas, que la antigua diversidad de dialectos, de costumbres y de leyes habría hecho imposibles.

Sin duda, los grandes negocios sobrepasan hoy día los marcos de la nación. La uniformidad de las condiciones técnicas de la producción, y la multiplicación de los intercambios entre los países tienden a unificar las costumbres, los hábitos, y las legislaciones de todos los Estados. Pero de ninguna manera es necesario, para la expansión del bienestar general, que las lenguas particulares se borren, y que los "genios nacionales" desaparezcan. La persistencia de los caracteres provinciales en las naciones más perfectamente unificadas, como Francia, no entorpece en modo alguno la actividad política o económica del país. Del mismo modo que la permanencia del culto de Goethe, de Moliére o de Shakespeare no podría impedir la formación de un espíritu europeo.

Por lo demás, nunca un mito social muere completamente; todos sabemos que mucho tiempo después del triunfo del cristianismo, el politeísmo antiguo sobrevive en el culto de los Santos; y nadie niega el considerable aporte de la filosofía griega y de la administración romana a la moral, filosofía e instituciones de la Iglesia.

La jerarquía feudal se mantuvo en la nobleza de corte durante mucho tiempo después de la destrucción de sus fortalezas; persiste, en el estado de órganos-testigos, hasta en el seno de nuestras democracias, que han mantenido los títulos nobiliarios. ¿Y quién podría negar lo que queda de monárquico en nuestras instituciones y aún en nuestras costumbres republicanas?

Cada mito ha sido, en un momento de la historia, un factor de progreso; y cuando la vida se ha retirado de él, ha dejado un lecho de aluviones en el cual el mito siguiente ha echado sus raíces.

Sólo que, cuando un mito está en desacuerdo con la realidad, ¿cómo hacer la separación de lo que ha caducado y de lo que debe conservarse?

Ante todo, el mito debe perder en los espíritus su carácter de *absoluto*.

Digan lo que digan, la idea nacional no es una categoría kantiana. Tampoco es una fuerza de la naturaleza.

Nacida hace siglo y medio, reemplazó a la idea monárquica, como esta había sustituido al sistema feudal. Por una audaz o inconsciente falsificación de la historia se atribuye a Luis XIV, a Juana de Arco, a Felipe-Augusto o aun a Clodoveo las preocupaciones "nacionales" de los hombres de hoy. En realidad, el mito nacional se propagó por el mundo durante el siglo XIX, porque aparecía como el lazo moral más apropiado a las nuevas agrupaciones basadas sobre la propiedad rural liberada. No es un fin, sino un medio. Como toda cosa humana, no tiene en sí nada de absoluto, Nacido de ciertas necesidades, debe desaparecer o modificarse con ellas. No tiene otra razón de ser que su utilidad.

SUPRIMIR LAS SOBERANIAS

Desde este punto de vista la soberanía que se atribuye a la nación aparece ahora como un peligro.

Se puede concebir una soberanía *única*, autoridad suprema que sirve de árbitro entre los pueblos como el Estado sirve de árbitro a los particulares. Es la condición esencial de una paz durable. Roma realizó esta soberanía única en el mundo antiguo. En la Edad Media, el Emperador y el Papa, cada uno por su cuenta, trataron de restaurarla. Pero la falta de medios de comunicación rápidos a larga distancia les impidió tener éxito. Entonces se detuvieron a mitad de camino. Las monarquías fueron lo suficientemente fuertes para suprimir las guerras feudales, cada una en un radio más o menos grande. Se arrogaron la soberanía sobre sus súbditos, pero no admitieron nada encima de ellas. Así se llegó al sistema híbrido de soberanías múltiples.

Desde el momento en que dos individuos o dos Estados profesan que no tienen obligación sino respecto de ellos mismos, que no están obligados siquiera a respetar su propia firma, no puede haber entre ellos más que relaciones de fuerza. Los tratados son "guiñapos de papel". Es la concepción, no siempre confesada, pero siempre practicada por los diplomáticos. Nuestra civilización ha quitado el "derecho del puño" (Faustrecht) a los individuos, para transferirlo a los pueblos. Las soberanías múltiples, es la ley de la selva que rige las relaciones internacionales; es la razón del más fuerte erigida en regla; es el salvajismo conservado entre los pueblos.

Si tal régimen ha podido durar siglos, se debe a que los países y provincias, en el seno de un

mismo Estado, vivían una vida económica independiente, que los estragos de la guerra se limitaban a los sitios de paso o de encuentro de los ejércitos, y que las consecuencias de la victoria y de la derrota no modificaban de un modo sensible las condiciones de vida de las poblaciones, aún cuando ellas cambiaran de soberanos.

Pero hoy día ninguna nación se basta ya a sí misma. Un pueblo que necesita trigo, algodón, lana, carbón o petróleo extranjero, no puede alimentarse, ni vestirse ni trabajar sin la ayuda de los demás. A pesar de las más solemnes proclamaciones, no podrá considerarse como plenamente autónomo.

Aun, a menudo, es incapaz de subvenir a su propia defensa. Los cañones de tiro rápido, las pólvoras especiales, los aviones, etc., exigen instalaciones tan complicadas y capitales tan importantes que sólo siete grandes naciones están en situación de fabricarlos. Los demás no pueden hacerse la guerra sino con su concurso industrial y financiero. No pueden atacar ni defenderse sin su permiso. Son forzosamente los *condottiere* de unas o de las otras; y todo el ejercicio de su soberanía se limita a escoger su amo.

Sólo los grandes pueblos, capaces de fabricar sus armamentos, son plenamente soberanos. Pero precisamente porque son más industrializados que los demás, son más interdependientes. No pueden guerrear entre ellos, sino a condición de arrastrar a la lucha a todos los países complementarios que les aseguran las mercancías y materias primas necesarias a su subsistencia. Y de este modo se llega a la *guerra* total, en que todos los pueblos utilizan todos sus recursos para la destrucción de todos sus medios de producción.

El único resultado que puede obtenerse es la ruina de los vencidos, el empobrecimiento de los

vencedores, y el debilitamiento general del mundo civilizado.

La soberanía nacional, que pareció durante un siglo la suprema garantía de seguridad para las personas y las empresas, es actualmente para unas y otras el supremo peligro.

La interdependencia económica hizo de ella un peligro social.

SEPARAR LA POLITICA Y LA ECONOMIA

Pero si es preciso que la nación subsista al perder su soberanía, ¿dónde se limitará su poder?

El análisis de los hechos, muestra que no hay correlación en todos los pueblos entre la infraestructura económica y la superestructura política. Es ahí, pues, donde debe hacerse la separación.

Todos sabemos que, desde el origen del mito nacional, la Revolución Francesa había distinguido claramente los dos dominios. El Estado exigía la obediencia absoluta del ciudadano, pero dejaba plena libertad al productor. No se inmiscuía en las empresas sino por el sistema fiscal. Para lo demás, los liberaba de toda traba y de toda reglamentación. No se le habría ocurrido proteger un negocio o una industria particular. No tenía otra preocupación que velar por el respeto de los contratos, y por la igualdad en la lucha comercial. Dejaba a cada uno en materia económica todas las ventajas y todos los riesgos de la libertad: "Dejad hacer, dejad pasar".

El sistema industrial, al especializar hasta el exceso las empresas, desarrolló más esta fórmula, y la extendió a las relaciones internacionales. Su doctrina debía ser necesariamente el libre cambio. Fué la fórmula que impuso, desde su advenimiento, a Inglaterra. Y si el maquinismo se

hubiese desarrollado simultáneamente en toda Europa, hubiese llegado a ser, sin duda, la regla universal.

Desgraciadamente, la gran industria se organizó lentamente, en distintas fechas en los diversos países. Los últimos tuvieron que protegerse por medio de derechos aduaneros contra sus competidores más avanzados, que contestaron con otras tarifas. Insensiblemente todos hicieron un llamado al poder del Estado, quien, poco a poco, intervino en todas las ramas de la actividad industrial y comercial. De este modo se operó la soldadura de lo económico y de lo político. En un principio, se realizó inconscientemente y bajo la forma de expediente temporal. En la historia no ha sido más que un accidente.

Los elementos pueden estar, pues, separados, sin perjuicio esencial para uno ni otro.

A este respecto, ¿no vemos a los 48 estados de la Unión americana gozar de su plena autonomía política? Ha bastado que prohibiesen establecer entre ellos tarifas aduaneras, tarifas de transportes diversos, monedas diferentes para que hayan podido vivir en paz y realizar, unos y otros, el máximum de prosperidad. Lo mismo sucedió en los Estados Federales del Brasil, en los Cantones suizos, en los Estados alemanes, etc.

La mismo se puede concebir en Francia, Alemania o Italia, Servia, etc., que conservan su plena autonomía en materia de legislación, de administración de finanzas y de enseñanza. Que consientan en estabilizar, luego en suprimir sus barreras aduaneras, que restablezcan su moneda en una relación fija — cualquiera que sea — con el oro, y que unifiquen sus tarifas de transporte. Inmediatamente todas las naciones de Europa vivirán en paz sin que ninguna de ellas haya re-

negado para nada de su lengua, de sus tradiciones, ni de su genio.

Ninguna necesidad profunda obliga a unir lo económico a lo político. Su soldadura produjo el cataclismo más grande de la historia; su separación será un beneficio. Siempre ha sido un buen método dejar a cada una de las fuerzas sociales seguir la ley de su desarrollo particular. El progreso social como el progreso técnico, consiste en dar a cada función su órgano.

L aEdad Media vió al Papa, a los Emperadores y a los Reyes tratar de reunir en una misma mano el poder espiritual y el poder temporal: fué la causa de conflictos, persecuciones y trastornos sin fin. La separación de lo *temporal* y de lo *espiritual* trajo consigo el término de las guerras de religión. La separación de lo *económico* y de lo *político* pondrá fin a las guerras de negocios.

RESISTENCIAS Y AJUSTES NECESARIOS

En verdad, el mundo parece hoy muy distante de tal concepción. La guerra mundial, hecha en nombre del principio de las nacionalidades, sobreexcitó en todas partes el sentimiento nacional. Al liberar a los "pueblos oprimidos" multiplicó las fronteras. El mecanismo internacional de los intercambios se trastornó; las variaciones del cambio han provocado la inestabilidad de las tarifas aduaneras. En todas partes las empresas, para defenderse contra las probabilidades exteriores han hecho un llamado a la protección del Estado. Nunca las fuerzas económicas han estado más estrechamente unidas al poder político. Cada pueblo se ha replegado sobre sí mismo. En lugar de buscar a males comunes un remedio común, cada uno ha acusado al vecino de la crisis que sufría: se acusó al egoísmo británico, a la

mala fe alemana, a la versatilidad italiana, a la indiferencia americana, al imperialismo francés... Como antes de la guerra, la aspereza de la lucha industrial ha suscitado desconfianza, provocado intrigas diplomáticas, alianzas secretas, armamentos y ocupaciones militares. Más que nunca asistimos a los conflictos de los nacionalismos exasperados.

Pero el exceso del mal puede acelerar la curación. En los últimos años del reinado de Luis XVI, la nobleza reforzaba en todas partes el ejercicio de sus derechos feudales, y se podía creer en una consolidación del Antiguo régimen. Algunos años después, era derribado para siempre, y el esfuerzo que se había hecho para afirmarlo aceleró ciertamente su destrucción.

Desde hace varios años la política del "egoísmo sagrado" sólo ha dado a los pueblos resultados engañosos: crisis económica prolongada, crisis políticas y sociales múltiples, crisis de finanzas de Estado y aniquilamiento de contribuyentes, inseguridad tanto interna como externa. Pero he aquí que, ya, los pueblos cansados del recurso de la fuerza, se inclinan hacia las soluciones de armonía.

Sin duda, aun no se dan cuenta clara que el tan deseado desarme militar no podrá hacerse sino cuando abandonen las armas económicas con que se "protegen" unos contra otros.

Pero ya los principales beneficiados por el régimen, empiezan a sentir sus peligros.

El nacionalismo económico ha hecho nacer en cada país industrias ficticias, mal adaptadas al suelo y al clima, y que sólo se mantienen gracias a la protección aduanera. Naturalmente están muy ligadas al intervencionismo del Estado, sin el cual no podrían vivir. El proteccionismo, al excluir la competencia extranjera, les permite

alzar sus precios; pero disminuye otro tanto el poder de compra del consumidor nacional, y por consiguiente, las ventas de las industrias protegidas.

Estas, para realizar el mismo beneficio total sobre una cifra de negocios menor, se ven impulsadas a reclamar periódicamente un aumento de tarifas, que provoca una nueva alza de precios, pero también una nueva disminución de ventas. Empobrecen así la nación sin enriquecerla. Y la exageración de la "vida cara" los conducirá infaliblemente a una crisis de mercados complicada con una crisis social, en que zozobrará su privilegio aduanero.

La crisis de cambios ha creado otra categoría de privilegiados. Las industrias y los comercios de exportación que venden sus productos en dólares, en libras, en florines o en marcos, que pagan sus salarios y sus gastos generales en francos, o en liras, disponen, gracias a la depreciación de la moneda nacional, de una gran facilidad de ganancias. Le aprovechan para bajar sus precios en el mercado internacional, a fin de quitar la clientela a sus competidores, cuyas monedas son sanas, lo que no les impide elevar sus precios en el mercado interior al nivel de los precios de exportación. Realizan así una doble ganancia, en detrimento a la vez de sus competidores extranjeros y del consumidor nacional.

Los grandes *"conzern"* alemanes fueron los primeros en hacer este juego, ¡ya sabemos con qué audacia y con qué éxito! Pero no puede ser aprovechable sino a condición de que la depreciación de la moneda nacional sea continua. Si se detiene, el costo de la vida sube lentamente en el interior reduciendo las ventas en el país mismo. Alcanza poco a poco el nivel de los precios en el extranjero suprimiendo la prima en la expor-

tación. Las industrias interesadas se encuentran entonces con instalaciones enormes frente a un mercado restringido. Sufren a su vez la huelga y la ruina, y se ven obligados a hacer un llamado al capital extranjero para reconstituir sus fondos de gastos corrientes desaparecidos. Este es hoy el epílogo de la descabellada aventura de los "*conzern*" alemanes.

Los Krupp, los Sichel se vieron reducidos a mendigar los créditos ingleses y americanos. Hace cinco años partieron a la conquista del mundo, expulsando de todos los mercados a sus rivales anglo-sajones; actualmente ven sus propias fábricas a merced del capital extranjero. Hasta el gigantesco "trust vertical" de Hugo Stinnes se derrumbó, ¡coloso con pies de arcilla levantado sobre la arena moviente de la inflación!

Nadie necesita ser un gran profeta para predecir el mismo fin a sus imitadores de Francia, de Bélgica o de Italia.

Tarde o temprano, proteccionistas y exportadores perderán las ganancias que han sacado de la intervención del Estado o de sus faltas. ¿Qué les queda hoy a las grandes firmas de los enormes beneficios realizados durante la guerra? Del mismo modo desaparecerán rápidamente las fortunas sacadas del desorden economico de postguerra. No se funda nada durable sobre lo anormal y lo excepcional. Y aun aquellos que han extraído estos grandes beneficios — si tienen cuidado de conservarlos — deben desear la vuelta a la normalidad y prepararse para ello.

No se trata, en verdad, de imponer esta vuelta por medidas brutales, que, deteniendo bruscamente empresas en plena actividad, provocarían ruinas y desórdenes análogos a los que se quiere impedir.

Se puede estabilizar el franco y la lira a un

valor tal que deje a los exportadores tiempo para adaptar sus productos a las nuevas condiciones.

Se puede estabilizar por tratados de comercio las tarifas protectoras, y reducirlas poco a poco a cero, a fin de dejar a las empresas ficticias tiempo para transformar sus instalaciones o amortizar su capital. Pero es de importancia el mayor libre juego a la interdependencia económica. Es necesario que cada país deje de gravar al consumidor nacional para permitir a ciertas industrias privilegiadas eliminar de él o combatir en el exterior las industrias extranjeras.

Es este un sistema de guerra económica, oneroso para las masas, peligroso para la nación, y cuyos mismos beneficiados terminarían fatalmente por ser las víctimas.

Tal es la tesis de los evolucionistas. ¿Será aceptada por las muchedumbres?

En verdad, no hay que desentenderse de que está muy alejada de las tendencias actuales de las clases dirigentes. A pesar de su moderación, parecerá a muchos "conservadores" como singularmente inoportuna y aún subversiva.

CONSERVANTISMO DINAMICO O ESTATICO

Los *hombres establecidos*, los que han tomado la responsabilidad de un hogar o de una empresa, necesitan ante todo estabilidad. Aceptan gustosos los cambios económicos que les son de provecho. Pero no toleran que se toque el sistema político y social que les garantiza el libre goce de sus ganancias.

Toda crítica de la ideología que asegura el buen funcionamiento de las instituciones comunes les parece como una amenaza directa y un peligro personal. Los más innovadores en nego-

cios son los más conservadores en política. Quieren cavar profundamente el subsuelo, si esperan descubrir allí tesoros, pero no toleran que cambien las murallas de su casa, ni aún que modifiquen la disposición de los muebles del salón.

Para ellos, conservar es inmovilizar. La evolución de la historia tiene como punto de término el sistema social que ha permitido su éxito. No debe ir más lejos. Dirían gustosos como Josué: "Sol, detente sobre la colina de Gabaón".

Mas ¡ay!, a pesar de las voces de mando de los Josué de la política, el sol "no se detiene"; las fuerzas económicas prosiguen su lenta evolución, y los hombres imprudentes que se ponen al través, tarde o temprano son arrastrados.

Turgot advirtió a los privilegiados del Antiguo Régimen que debían renunciar a una parte de sus privilegios caducos, si deseaban conservar su fortuna y su prestigio social. Pero, fuertes en sus poderes seculares, no quisieron cambiar nada de los principios que habían hecho su poderío, y por haber querido oponerse a las fuerzas irresistibles, vieron abolidos sus privilegios, confiscados sus bienes, y sus cabezas obstinadas rodaron sobre el cadalso revolucionario.

La misma desgracia les sucedió a los Grandes duques rusos. A pesar de numerosas advertencias, al mismo tiempo que permitieron la industrialización de la Rusia, pretendieron mantenerla bajo la teocracia absoluta del Zar, y conservar las ventajas de un sistema político que había sido muy útil en tiempos de la invasión mongólica. Por no haber sabido ajustar la antigua ideología a las necesidades nuevas, lanzaron a su país a la revolución y perdieron a la vez sus privilegios, sus bienes y sus vidas.

En todos los tiempos, los conservadores de este género han desencadenado las revoluciones.

Algunos espíritus han terminado por darse cuenta de ello.

Después de la ruda experiencia de Carlos I, decapitado y Jacobo II, destronado, las clases dirigentes inglesas fueron las primeras en comprender que, tanto en las sociedades humanas como en la naturaleza, nada es inmutable. Unos después de otros, los reyes abandonaron su poder al Parlamento; los *landlords* concedieron el libre cambio a los industriales; los grandes patrones transigieron con los sindicatos; la metrópoli acordó a sus colonias una autonomía más y más completa. Y es así como Inglaterra ha conservado su Imperio; la burguesía industrial, su poder, los *landlords* su fortuna, y el rey su corona.

Conservar, es *evolucionar*. Tal es la lección constante de la historia.

Pero es necesario confesar que, fuera del Reino Unido, parece haber sido poco comprendida. En el continente europeo, las clases dirigentes parecen muy apegadas aún al "Inmovilismo", que tantos desastres suscitó en el pasado por todas partes.

La nación soberana, último engendro de los grandes mitos sociales, les parece tan intangible como a sus abuelos el "derecho divino" de los reyes. Y el mismo industrial que hila en Roubaix o en Dresde el algodón americano o la lana argentina, con destino a Turquía o a China, profesa que Francia o Alemania son autónomas y soberanas, y se declara pronto para hacer la guerra a sus proveedores y a sus clientes bajo pretexto de asegurar la prosperidad de su empresa.

Henos aquí, pues, en presencia de dos tesis: una que pretende mantener intacto e inmutable el mito nacional, otra que pretende subordinarlo y ajustarlo a las realidades. Ambas se estiman

conservadoras, pero una concibe la conservación en la inmovilidad, la otra en el movimiento.

Entre estos dos "conservantismos", uno dinámico, otro estático, ¿quién decidirá?

SE ORGANIZA LA INTERDEPENDENCIA

En esta materia, no hay más que un solo criterio. Un sistema social es bueno en la medida en que afianza la seguridad de las personas y la estabilidad de las empresas. Mientras satisfaga estas dos necesidades, la ideología mítica que la hace accesible al espíritu de las masas, aparece como intangible y sagrada. Pero a la larga sucede siempre que el marco de las instituciones, que es fijo, no se encuentra ya en armonía con las necesidades sociales, que son cambiantes. Al abrigo del mito sagrado se acumulan los privilegios y los abusos, tanto más difíciles de reconocer cuanto que han sido útiles y legítimos en un momento.

Entonces los pueblos empiezan a sufrir; pero como continúan interpretando sus nuevas necesidades con ayuda de las ideas tradicionales, agravan los mismos males que quieren curar, y el mito agrega al desorden que reina en los hechos, la confusión que reina en los espíritus.

El mito nacional ha llegado hoy día a este punto crítico.

Después de cinco años de destrucciones y de varios años de esfuerzos impotentes para reconstruir, la experiencia está hecha. Las crisis económicas se agregan a las crisis sociales y políticas. No hay una empresa, un comercio, una renta que esté seguro del día de mañana; no hay un pueblo que se sienta en seguridad. Las múltiples soberanías combatidas con el nacionalismo económico constituyen para las personas y para los bienes el supremo peligro.

En lo sucesivo, quieran o no, el universo estará profundamente internacionalizado. La inmensa red de líneas férreas y de navegación, que atraviesa los continentes y los mares, penetra hasta el fondo de los países más lejanos, extrae las materias primas y artículos alimenticios; los lleva hacia los centros industriales que los transforman y adaptan a las necesidades humanas, luego los vuelven a mandar a los hombres de todas las civilizaciones, bajo todos los climas. Los mercados locales cotejan en todo momento la oferta y las necesidades de millares de hombres; las grandes bolsas reguladoras coordinan y unifican los precios; los telégrafos y cables submarinos permiten recibir de todas partes las informaciones y transmitir las órdenes a todas partes. Los bancos avenan las reservas de capitales y las trasladan a las regiones que hay que fecundar.

Ya nada ni nadie puede mantenerse fuera de la corriente. El más aislado de los campesinos bretones bebe hoy el café del Brasil, lleva una camisa de algodón americano, cosecha con una máquina de Chicago, vende en Londres la mantequilla de sus vacas y las papas de sus campos. La célula más sencilla vibra al ritmo de la vida universal.

He aquí un hecho que ningún hombre de Estado ni ningún ciudadano puede ignorar ya.

La interdependencia económica es actualmente una realidad no sólo para las naciones en conjunto, sino para la más pequeña de las empresas individuales.

Y desde este momento, bajo el empuje de las necesidades, empieza ella a crearse órganos apropiados a sus funciones.

Al día siguiente de la gran guerra, todos los pueblos sintieron confusamente que sus sobera-

nias absolutas y múltiples constituían para ellos un peligro. Pidieron que se instituyera por encima un árbitro supremo. Los autores del Tratado de Versalles se vieron obligados a crear la Liga de las Naciones. En vano limitaron sus poderes hasta reducirla casi a la impotencia, la máquina de arbitraje existe, y los gobiernos más hostiles, más de una vez se sintieron felices de encontrar su ayuda. A medida que las soluciones de fuerza parecen más ineficaces y peligrosas, el papel de la S. D. N. se extiende; su prestigio se agranda. Y cuanto más se levanten contra ella las soberanías orgullosas, tanto más la impotencia de éstas para hacer la paz, acelerará su triunfo.

Del mismo modo, empiezan a darse cuenta que la continua batalla entre patrones y obreros no es ya un simple asunto doméstico que cada nación pueda arreglar a su manera. Por el solo hecho de que un gobierno adopte una reforma social cualquiera (jornada de ocho horas, seguros, retiros, etc.) grava otro tanto los precios de costo de su industria, y corre el riesgo de verla aventajada en la competencia de los mercados mundiales. Es de importancia, pues, que todos los Estados progresen, tanto como sea posible, con igual paso en la vía de las reformas sociales. Por esta razón se creó la *Oficina Internacional del Trabajo*, donde patrones, obreros y gobiernos tratan de ajustar internacionalmente sus intereses.

Finalmente, tenemos que los grandes industriales, comerciantes y banqueros de todo el mundo se han dado cuenta que la infinita diversidad de las legislaciones y de las costumbres, era un serio obstáculo para el desarrollo de los negocios. A su vez y por su sola autoridad, constituyeron por su propia cuenta un organismo de arbitraje en el seno de su Cámara de Comercio Internacional.

Es curioso observar que estas tres instituciones han nacido de la Gran Guerra, y que fueron creadas o aceptadas por las agrupaciones más conservadoras y por los más apasionados del "nacionalismo".

Pero si unos y otros tuvieron conciencia de la solidaridad que los une por sobre las fronteras, se lo deben a sus intereses profesionales. Y es este un hecho nuevo en la historia.

EL PRODUCTOR CONTRA EL CIUDADANO

Una institución no vive sino en función de las agrupaciones cuyas necesidades expresa.

La antigua monarquía se apoyaba únicamente en las agrupaciones de individuos que tenían una personalidad feudal: nobleza, clero, ayuntamientos. Las naciones han sido agrupaciones de ciudadanos unidos para la defensa del "suelo sagrado".

La gran industria hizo nacer la agrupación profesional: obreros y campesinos, intelectuales y funcionarios, comerciantes industriales y banqueros están en la actualidad reunidos en sindicatos, en federaciones y confederaciones de sindicatos. Los hombres se clasifican ahora no sólo según las líneas de los partidos políticos, sino según las líneas de los oficios.

Ahora bien, a medida que se eleva en la jerarquía de las empresas o en jerarquía sindical, cada profesional toma una conciencia más y más amplia de sus intereses de oficio, y, mediante la interdependencia, llega a mirar por encima de las fronteras.

Así se explican las Federaciones internacionales de obreros, de funcionarios, de intelectuales, y la Cámara de Comercio Internacional.

Toda agrupación profesional, quiera o no, se ve llevada a pensar internacionalmente.

Por desgracia, la mayoría de sus miembros no han llegado aún a este período.

La enseñanza profesional es exclusivamente técnica; no se eleva hasta marcar el papel del oficio en el conjunto de la actividad económica. En cuanto a la educación de las escuelas públicas, es sobre todo política. Tiende a formar ciudadanos, y coloca por encima de todo el interés nacional.

Resulta de esto que el individuo no tiene idea clara de su papel y de su lugar en el conjunto de la producción universal.

O bien, se deja guiar por el interés inmediato y, por ejemplo, no vacila en comprar un producto alemán o inglés, si lo encuentra mejor y a mejor precio. O bien piensa en el interés colectivo, pero su visión no sobrepasa las fronteras, y se le ve tolerar en beneficio de la industria "nacional" tarifas protectoras, sin comprender que la nación y él mismo son los únicos que sufren las consecuencias.

Resulta en las masas y en sus jefes, una extrema confusión, una política contradictoria en que el interés particular y el interés colectivo están constantemente en desacuerdo.

En cada uno de nosotros, el *homo politicus* y el *homo economicus* se contradicen y se combaten. La crisis actual en que se debate el mundo es en verdad una crisis de conciencia individual.

Es necesario resolverla.

UN VALOR NUEVO

Para que una sociedad dure y prospere, es necesario que cada una de sus necesidades per-

manentes corresponda a instituciones distintas. Pero éstas no pueden dar su pleno rendimiento sino cuando cada individuo tiene una idea clara del lazo que une las instituciones a su interés particular.

Es esta noción simple, clara, admitida por todos, lo que permite a la institución imponer al individuo los sacrificios necesarios a su funcionamiento, y le asegura el respeto y la obediencia de las masas.

Para el cristiano, es la idea de que su *salvación* depende de ciertas creencias, de ciertos preceptos morales y de ciertos ritos, de los cuales el clero es el único depositario y el único intérprete. Por esto, la Iglesia romana, sin tierras, ni fiscalización, ni policías se conserva como una fuerza formidable de gobierno.

Para el ciudadano, es el dogma de la igualdad de todos ante la ley hecha por todos. Porque asocia a la institución parlamentaria la idea de su libertad, soporta sin quejarse las innumerables reglamentaciones del Estado democrático.

Para el patriota, es la defensa del "suelo sagrado": porque asocia a la bandera la idea de su seguridad personal, acepta sin murmuración la pesada carga del servicio militar y los terribles sufrimientos de la guerra.

Ahora bien, desde hace tres generaciones, al salir el productor del aislamiento, a medida que su actividad se especializaba más, se persuadió que las fuerzas ofensivas y defensivas de la nación bastarían para asegurar la estabilidad y la prosperidad de sus empresas. Sufre hoy las consecuencias de este error. Pero no ve aún que su vida material depende del universo entero.

Tiene que aprender; mientras no tenga conciencia de ello, los organismos supranacionales de

arbitraje político, social y económico, ya constituidos, no harán sino vegetar.

El mundo recuperará su equilibrio sólo cuando, en el espíritu de cada productor, la idea de interdependencia haya tomado el mismo rango que para el cristiano "la salvación", para el demócrata, la igualdad, y para el ciudadano, la Patria.

¿Cómo dar a las masas esta conciencia? Este es el problema vital que se plantea hoy al espíritu de cualquiera que ve algo más que la superficie de los acontecimientos.

¿Verá surgir un nuevo mito? Tal vez. Pero no hay que esperar que emerja hecho del cerebro de algún sociólogo genial. Los mitos populares son creaciones espontáneas. Hechos por las muchedumbres, salen de su propio fondo. La literatura, la filosofía y el arte no hacen más que limpiarlos, clarificarlos, darles una forma que impresione las imaginaciones.

Sin duda, desde este punto de vista, la ciencia y la razón pueden hacer un papel muy útil: la primera haciendo ver la realidad, la segunda reduciendo a su valor relativo las ideologías caducas. Hay en esto un trabajo de información y de crítica indispensable. Pero no se puede contar con que sólo esto bastará para destruir o modificar principios que han tomado apariencia de necesidades de salvación pública.

¿Se hará un llamado al interés? Obra con fuerza sobre el individuo cuando es inmediato y fácil de comprender. Pero cuando se trata de vastas agrupaciones el interés común es una mediana que es bien difícil despejar; y por muy poco lejano que esté el resultado del esfuerzo que hay que hacer, la masa de los prejuicios e ideas falsas impide que se le realice.

En cuanto a llamar en ayuda a la fuerza inteligente de un dictador, ¿cómo no ver en eso

algo más que un expediente temporal, generador de nuevos abusos? En realidad, lo hemos visto, todo poder personal establecido por la violencia, en cuanto cumple su papel de policía y aplaca la crisis que lo hizo nacer, busca invenciblemente un punto de apoyo en las antiguas instituciones.

El conservantismo estático es su única probabilidad de duración y es tanto más apasionado por la inmovilidad cuanto que las fuerzas que lo han llevado al poder son más mudables.

¿Hay que resignarse a ver nuestro Viejo Mundo debatirse durante una generación más en el desorden y la impotencia?

No. Queda una esperanza de pronta liberación.

EL SUFRIMIENTO EDUCADOR

En todo ser viviente, en cualquier periodo de su evolución que esté, existe una fuerza obscura y esencial que es la *voluntad de vivir*. Con mucha frecuencia es inconsciente y ciega; pero tiene cerca de ella un aparato anunciador, el sufrimiento. En cuanto el ser se aparta de la línea invisible y cambiante que representa para él la salud y el desarrollo de su fuerza, experimenta un malestar y, si persiste, un dolor. Mientras más grande y durable es la separación, más violento se hace el mal, hasta la fiebre, invadiendo el organismo entero, lo obliga a detenerse. Entonces, colocado en la alternativa de modificar sus costumbres o de perecer, el instinto vital, a falta de razón, lo obliga a renunciar a los antiguos procedimientos.

"El hombre es un aprendiz y su maestro el dolor", ha dicho el poeta.

Esto es tan cierto respecto de las sociedades como de los individuos. Hay para ellas momentos de sufrimiento colectivo: las crisis económicas, las crisis sociales son advertencias de que el régimen tradicional no está adaptado a las nuevas necesidades y que deben modificarse los viejos principios.

Antaño, cuando el mundo económico era aún un polipero, donde cada empresa, o al menos cada aldea o provincia, se bastaba a sí misma, y vivía una vida casi independiente sobre el arrecife común, una grieta en la roca sólo interesaba a los vecinos más próximos al accidente, y la vida del conjunto no se sentía por esto modificada.

Pero en un siglo y medio, el polipero ha llegado a ser semejante a uno de esos vertebrados superiores, en el cual todos los órganos se encuentran bajo un mando común. Cuando el empuje de los egoísmos ciegos provoca una ruptura del equilibrio en algún punto del organismo, el miembro enfermo comunica inmediatamente su fiebre a todas las células; no hay empresa que no sienta subir o bajar su temperatura con la del conjunto. Sus fuerzas se gastan y se consumen después de una exaltación temporal.

Entonces, el cuerpo social entero se esfuerza por eliminar los gérmenes perjudiciales, y sus reacciones son tanto más vivas cuanto que el sufrimiento es más fuerte; sus transformaciones tanto más rápidas y profundas cuanto que su organismo está más centralizado.

Ahora bien, el mundo ha llegado hoy a un estado de concentración económica extrema. E

planeta se ha convertido en un ser vivo con un sistema vascular de ferrocarriles y de barcos, con un sistema nervioso de telégrafos y cables, con sus aparatos de transformación (centros industriales) y de reproducción (bancos), con sus centros nerviosos (mercados locales), colocados bajo el control de los mercados reguladores y de los bancos de emisión, verdadero cerebro donde se coordinan los movimientos de todos los miembros.

EL DIOS DESCONOCIDO

El *Geonte* está ahí; existe; vive en nosotros. No somos más que una de sus células. Pero no lo sabemos; queremos ignorarlo. Cada miembro tiene la pretensión de ser independiente de los demás, y el desorden que causa al organismo entero, el organismo se lo devuelve con usura. El Dios desconocido se impone a nuestra conciencia haciéndonos sufrir.

Cuando San Pablo — dicen los *Actos de los Apóstoles* — llegó a Atenas, quedó sorprendido de la multitud innumerable de dioses que daban a los paganos buena o mala suerte. Notó aún que los griegos, gente advertida, temiendo haber olvidado alguno, que se vengara de su descuido enviándoles alguna plaga, habían erigido un altar al "Dios desconocido". Entonces San Pablo, les dijo: "He aquí el Dios desconocido. Les traigo su palabra". Pero le arrojaron piedras.

No por eso el Dios dejó de seguir su camino. Después de tres siglos de perturbaciones inútiles y de persecuciones impotentes, había derribado a todos los demás, y los mismos Emperadores debieron inclinarse ante él.

Igualmente los hombres de hoy, dominados

por los politeismos nacionales, se niegan a reconocer el Dios único. Pero ya ha penetrado por toda la tierra. Quieran o no quieran, él inspira y dirige la actividad económica de todos los pueblos, y castiga a aquellos que lo desconocen. La primera vez manifestó su fuerza enviándoles el azote de la Gran Guerra. En lugar de las breves campañas "frescas y alegres", limitadas a algunos pueblos y que sólo alcanzan al organismo político y administrativo de los Estados, les impuso la "guerra total", universal y despiadada.

Sin embargo, no lo han comprendido aún. Agitados un momento por la lucha hasta poner en común sus intereses, han caido de nuevo, desde el armisticio, en sus egoismos nacionales. Entonces el Dios desconocido los ha arrinconado en una paz absurda, tan nefasta como la guerra.

—Os había dado — dice — un mundo económico unificado, donde los productos, los capitales y las personas circulaban sin mayores trabas. Habéis querido repartirlo entre vuestros dioses nacionales y sólo habéis llegado a soluciones contradictorias y ruinosas...

"Habéis querido emancipar las "nacionalidades". Pero para darles los medios de vida, habéis tenido que procurarles "pasillos". Habéis puesto alemanes en Polonia y en Checoeslovaquia, italianos en Yugoeslavia, eslavos en Grecia, griegos en Turquía. Así con el pretexto de liberar los pueblos oprimidos, habéis multiplicado los irredentismos.

"Habéis vencido a los pueblos enemigos; pero para esto ha sido necesario arruinarlos. Ahora bien, ellos eran a la vez vuestros proveedores y vuestros clientes. Habéis reducido, por lo tanto, vuestras ventas y vuestras compras. Y aquí tenéis vuestras fábricas, con una maquinaria acrecentada, sin pedidos, millones de obreros sin traba-

jo, y vosotros os halláis empobrecidos por vuestra propia victoria.

"Habéis querido que el vencido repare las destrucciones que ha causado, y le habéis impuesto una indemnización formidable de 132 billones de marcos-oro. Pero cuando, después de cinco años de disputas y de conflictos, os habéis puesto de acuerdo sobre la suma y su reparto, os habéis dado cuenta que, para que pague, es necesario que venda el excedente de su producción, y que no puede vender sin hacer competencia a vuestros propios productos, ya sea en el mercado nacional, ya sea en el mercado internacional. Entonces habéis terminado por admitir que guarde en su país una parte de los billones que os debe."

"Sin embargo, los aliados ricos han requerido de los aliados pobres el pago de las sumas prestadas durante la guerra. Pero los deudores sólo pueden liberarse compitiendo en todos los mercados con sus acreedores; y para evitar este peligro estáis escalonando los pagos a tantos años, reduciendo de tal manera las anualidades, que el prestamista no experimenta ningún alivio.

"Al menos, vuestros industriales han creído librarse para siempre de la competencia alemana. Le habéis quitado al Reich sus minas de fierro y sus mejores altos hornos, una parte de su carbón y de sus fábricas, todos sus barcos, la mayoría de sus vagones, sus capitales colocados en el extranjero, todas sus colonias, y casi todos sus mercados, y le habéis impuesto por dos generaciones las cargas fiscales de una indemnización enorme. De este modo — pensabais — no se volverá a levantar jamás. Pero entonces sus industriales, aprovechando la depreciación de su propia moneda, vendieron en todas partes sus productos a mejor precio que los vuestros; y los habéis visto restablecer su supremacía en los mer-

cados del mundo, gracias a las mismas medidas que debían excluirlos. Finalmente, para deshaceros de un competidor más temible que nunca, habéis tenido que restablecer por vuestro crédito la moneda y el presupuesto del Reich, y contribuir con vuestro propio dinero al restablecimiento del adversario que habíais querido arruinar.

"Por fin, para dar satisfacción a los pueblos que proclamaban la paz, habéis constituído la Sociedad de las Naciones. Pero, cuidadosos de guardar celosamente vuestras "soberanías", no habéis dado a este árbitro supremo ni poder legislativo, ni medios para hacer respetar sus sentencias. Además, habéis atribuido la preponderancia en el Consejo sólo a los Imperios victoriosos (aún el más poderoso no figura). De tal modo que cada gobierno no acepta sino las decisiones que le convienen, la diplomacia secreta continúa sus intrigas, los armamentos son cada vez más pesados. Las grandes potencias continúan haciéndose la guerra por intermedio de las pequeñas. Y la inseguridad general es tan grave como antes de esta guerra mundial que debía ser la última.

"Sin embargo, satisfechos de vuestra obra, y convencidos de que la reconstrucción del mundo iba a ser para vosotros una nueva fuente de ganancias, habéis vuelto cada uno a vuestro país cantando "el himno a la producción". Habéis roto todos los acuerdos económicos que habían hecho vuestra fuerza durante la guerra; os habéis encerrado en la vieja fórmula del "sagrado egoísmo". Mientras que unos restablecían sus monedas y sus finanzas, otros caían en la inflación. Pero pronto, por un extraño giro de las cosas, los pueblos de monedas depreciadas han invadido con sus productos baratos sus rivales más ricos, condenándolos a la cesantía. Para defenderse contra el vecino, cada uno se ha encerrado en barreras

aduaneras siempre muy elevadas. Las corrientes del comercio internacional han sido cortadas; los negocios paralizados bruscamente; los pueblos pobres, arruinados por la carestía de la vida, los pueblos ricos, por la falta de trabajo. Finalmente, todo el mundo se encuentra empobrecido, unos por haberse apartado de los buenos métodos financieros, otros por haber vuelto a ellos aisladamente.

"Hoy día, después de años de esfuerzos contradictorios, no se han pagado las reparaciones; las deudas son postergadas o reducidas; la lucha económica es más áspera que nunca; las Tesorerías están abrumadas de deudas, los contribuyentes aniquilados, y los pueblos vencedores, admirados de verse siempre en armas, contemplan con inquietud su "victoria en derrota".

"Esta es la consecuencia lógica de vuestra ceguera. ¿Hubo jamás una demostración más brillante de que vuestro método es malo, de que vuestras ideas tradicionales son caducas?

"¿No habéis sufrido aún bastantes desastres para convenceros de vuestros errores?

"La causa de tanto desorden está en vosotros. Porque no habéis reconocido la interdependencia que os liga, cada uno de vosotros se ha herido creyendo herir al vecino. Y seguirá siendo así mientras no adquiráis la plena conciencia de vuestra solidaridad económica. Si ni la razón ni el interés bastan, el simple juego de las fuerzas irresistibles sabrá obligaros.

"Hasta entonces, no os dejaré un momento de reposo. Mientras no hayáis sustraído al dominio de los antiguos dioses la máquina económica que es vuestro bien común, os reduciré a las medidas contradictorias y a la ruina. Y os azotaré con huelgas, quiebras, cesantía, hambres, crisis económicas, crisis sociales, guerras, revoluciones.

hasta que no hayáis inclinado ante la Majestad de lo Real vuestras nacionalidades destronadas.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION.— La guerra de las ideas contra los hechos (1918-1925)	7
PRIMERA PARTE.— Bosquejo de una Mitología Política.	
Capítulo I.— La palanca de comando de los espíritus	20
Capítulo II.— La propagación y defensa del Mito	54
Capítulo III.— Grandeza y decadencia de los Mitos	74
SEGUNDA PARTE.— La realidad presente: la interdependencia económica	
Capítulo IV.— La revolución de los precios de costo	107
Capítulo V.— El internacionalismo de la producción	115
Capítulo VI.— El internacionalismo de los mercados	121
Capítulo VII.— El Geonte	132
EPILOGO.— Del politeísmo de las soberanías al monoteísmo económico	141

¿Sabe Ud. lo que es EL SOCIALISMO?

¿Su origen, su historia, sus luchas, sus hombres?

¿Y sabe usted lo que es el anarquismo, el sindicalismo y sus relaciones con otras teorías sociales modernas?

¿Conoce a Carlos Marx y a Bakunin?
¿Sabe que fueron contemporáneos y que, a causa de diferencias ideológicas, aparecieron siempre como enemigos irreconciliables?

Bien, si no puede responder a ninguna de estas preguntas y a miles más que podríamos hacerle, recurra al libro del gran pensador moderno

BERTRAND RUSSELL

"Los Caminos de la Libertad"

que ha editado la **EMPRESA LETRAS** magníficamente completo y por sólo

$ 3.60

Pedidos contra envío del valor, a

Casilla 3327 - Huérfanos 1041
SANTIAGO